

# ignacianos

8

Pastoral Universitaria

cuadernos



2010

AUSJAL - Universidad Católica Andrés Bello



PASTORAL UNIVERSITARIA

**CUADERNOS IGNACIANOS No. 8**



AUSJAL  
Universidad Católica Andrés Bello  
Caracas, 2010

CONSEJO EDITORIAL

DIRECTOR: OSCAR BUROZ, S.J.

EDITOR: EMILIO PÍRIZ PÉREZ

VOCALES:

JOSÉ FRANCISCO ARANGUREN, S.J.

SHEILA GONCALVES

ERARDO HERNÁNDEZ, S.J.

Compañía de Jesús

Universidad Católica Andrés Bello

Montalbán, La Vega. Apartado 29068

Caracas - Venezuela

Diseño y edición: PUBLICACIONES UCAB

Diagramación: MERY LEÓN

Diseño de portada: ISABEL VALDIVIESO Y GUSTAVO PORTELA

Corrección de texto: JOHANNA MARGHELLA F.

Impresión: EDITORIAL TEXTO C.A.

© Universidad Católica Andrés Bello

Caracas, 2010

Hecho el Depósito de Ley



Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

# ÍNDICE

## Presentación

*Oscar E. Buroz Echenagucía, s.j.*..... 5

## La pastoral en el ámbito universitario

### Reflexiones y propuestas para una inculturación del Evangelio

*Cláudia Mora Motta - Gabriel J. Pérez Montoya, s.j.*..... 11

## El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos (2000)

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*..... 31

## La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano (2001)

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*..... 51

## Anotaciones sobre la pastoral educativa universitaria

*Álberto Parra s.j.*..... 71

## Orientaciones de la Iglesia y de la Compañía para la pastoral universitaria de AUSJAL

*Valentín Menéndez, s.j.*..... 85



## **PRESENTACIÓN**

*Oscar E. Buroz Echenagucía s.j.*

No es una novedad el afirmar que nos encontramos en un mundo que se nos presenta marcado por desafíos nuevos, numerosos, así como complejos, en el ámbito cultural, espiritual y sociopolítico. Conscientes de la responsabilidad que esto implica, la Compañía de Jesús, en su Congregación General 35, quiso dar una respuesta positiva a estos retos, en fidelidad a lo que ha sido su modo de proceder. En este sentido, afirma lo siguiente: “Es evidente que la Compañía no puede dejar pasar este momento histórico sin dar una respuesta que esté a la altura del carisma eclesial de San Ignacio. El sucesor de Pedro nos ha manifestado la confianza que deposita en nosotros; de nuestra parte, como cuerpo apostólico, deseamos sinceramente responder a su llamada con el mismo calor y afecto que él nos ha demostrado y afirmar de manera decidida lo que tiene de específico nuestra disponibilidad al “Vicario de Cristo en la tierra”. La Congregación General 35 expresa su adhesión total a la fe y a la enseñanza de la Iglesia tal como llegan hasta nosotros, en estrecha unidad entre Escritura, Tradición y Magisterio”<sup>1</sup>.

La Compañía de Jesús ha sido confirmada y enviada en misión. Esta es “expresada con toda claridad y firmeza: defensa y propagación de la fe que nos haga descubrir nuevos horizontes y llegar a las nuevas fronteras sociales, culturales y religiosas que, por ser fronteras –recordaba el P. Adolfo Nicolás en sus palabras de saludo al Papa– pueden ser lugares de conflicto y tensión que ponen en peligro nuestra reputación, tranquilidad y seguridad”<sup>2</sup>.

---

1 Congregación General 35, Decreto 1, n. 8.

2 Congregación General 35, Decreto 1, n. 6.

Una de estas fronteras, sin lugar a dudas, es el ámbito universitario, vinculado íntimamente con la Compañía de Jesús, desde su génesis como instituto, cuando los primeros compañeros se encontraban en París. La institución universitaria, nacida del corazón de la Iglesia, es el ámbito privilegiado para el debate de ideas, así como el desarrollo y difusión de nuevas propuestas para la sociedad.

Los obispos latinoamericanos reunidos en la Conferencia de Aparecida (2007) se expresaron sobre las universidades de orientación católica, de la siguiente manera:

Según su propia naturaleza, la Universidad Católica presta una importante ayuda a la Iglesia en su misión evangelizadora. Se trata de un vital testimonio de orden institucional de Cristo y su mensaje, tan necesario e importante para las culturas impregnadas por el secularismo. Las actividades fundamentales de una universidad católica deberán vincularse y armonizarse con la misión evangelizadora de la Iglesia. Se llevan a cabo a través de una investigación realizada a la luz del mensaje cristiano, que ponga los nuevos descubrimientos al servicio de las personas y de la sociedad. Así, ofrece una formación dada en un contexto de fe, que prepare personas capaces de un juicio racional y crítico, conscientes de la dignidad trascendental de la persona humana. Esto implica una formación profesional que comprenda los valores éticos y la dimensión de servicio a las personas y a la sociedad; el diálogo con la cultura, que favorezca una mejor comprensión y transmisión de la fe; la investigación teológica que ayude a la fe a expresarse en lenguaje significativo para estos tiempos. La Iglesia, porque es cada vez más consciente de su misión salvífica en este mundo, quiere sentir estos centros cercanos a sí misma, y desea tenerlos presentes y operantes en la difusión del mensaje auténtico de Cristo<sup>3</sup>.

Dadas estas afirmaciones, es pertinente enfocar la mirada a la Pastoral Universitaria<sup>4</sup> y discernir cómo ella está ayudando o podrá ayudar a concretar

3 Documento de Aparecida n. 341.

4 “La pastoral universitaria es aquella actividad de la Universidad que ofrece a los miembros de la Comunidad la ocasión de coordinar el estudio académico y las actividades para-académicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe. Dicha pastoral concretiza la misión de la Iglesia en la Universidad y forma parte integrante de su actividad y de su estructura. Una Comunidad universitaria preocupada por promover el carácter católico de la institución, debe ser consciente de esta dimensión

esta misión. Este proceso reflexivo pasa por responder algunas interrogantes: ¿cómo operacionalizar la definición expresada en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* sobre Pastoral Universitaria? ¿Cómo dar el tono distintivo de esta pastoral, con el fin de diferenciarla de una pastoral parroquial-sacramental, una pastoral juvenil o una pastoral de eventos en el ámbito universitario? ¿Cómo contribuir en el diálogo Fe-Academia? ¿Cómo pasar, en el caso de las unidades responsables de coordinar la Pastoral universitaria, de ser instancias que proponen una sumatoria de actividades desconectadas de orientación católica (¿piadosas?) al año, a instancias que logran encontrar su razón de ser organizacional (entendido y aceptado, además, por el resto de las instancias de la institución universitaria) con propuestas sistemáticas, orgánicas, respaldadas consistentemente a nivel presupuestario?

En el caso de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús: ¿cómo contribuye la pastoral universitaria a construir la identidad ignaciana? ¿Cómo está favoreciendo a la vinculación de la comunidad universitaria con la misión Fe y Justicia de la Compañía de Jesús? ¿Lo que en la actualidad se está realizando, es lo que se debiera estar haciendo? ¿Qué cambios son necesarios? ¿Existe el sujeto apostólico para llevarlos a cabo? ¿Qué competencias debe tener ese sujeto apostólico para asumir el diseño y ejecución de una pastoral universitaria?

Tras un receso en la continuidad de sus publicaciones, tenemos el gusto de ofrecerles el siguiente número de Cuadernos Ignacianos el cual, tal como se puede deducir del devenir de la presentación, estará dedicado al tema de la Pastoral Universitaria.

El conjunto de interrogantes –pudieran haberse planteado muchas más–, cuestionan sobre los *cómo*, los *quiénes*, los *qué* y los *para qué* de la Pastoral Universitaria. En esta edición de *Cuadernos Ignacianos* se publican cinco ponencias que ofrecen luces para responder estas preguntas. En ellas se encuentran planteamientos conceptuales y propuestas para líneas de acción que bien pueden iluminar a los interesados en este tema.

La primera ponencia, titulada “*La pastoral en el ámbito universitario*”, fue realizada en el marco de la VIII Reunión del Sector de Pastoral –AUS-JAL, en la Pontificia Universidad Javeriana– Cali, julio de 2005. Elaborada por la Dra. Claudia Mora y el P. Gabriel Jaime Pérez s.j. En ella se explora, tal como ellos mismos lo expresan, a partir de documentos del magisterio de

---

pastoral y sensible al modo en que ella pueda influir sobre todas sus actividades”. Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, n. 38.



la Iglesia y de la Compañía de Jesús, cinco preguntas básicas: qué entienden por pastoral universitaria en el contexto académico, por qué y para qué se hace necesaria una reflexión sobre ella en las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, y cómo debe plantearse y desarrollarse con respecto a las personas (quiénes son los sujetos implicados en ella), los lugares (dónde) y los tiempos (cuándo).

La segunda ponencia es el famoso discurso del P. Peter-Hans Kolvenbach s.j., realizado en octubre 2000, en la Universidad de Santa Clara (California), titulado: “*El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos*”.

Fue realizado para conmemorar el 25º aniversario del Decreto 4 de la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús, y reflexionar sobre su impacto en el apostolado universitario de la Compañía en Estados Unidos. Constituye un referente imprescindible para el desarrollo de un marco conceptual de una Pastoral Universitaria.

Establece la relación entre el binomio Fe-Justicia y la misión universitaria. En el discurso se expresa lo que, en opinión del P. Kolvenbach, es el auténtico criterio para evaluar a las universidades de la Compañía de Jesús. Es una aguijoneante idea que debe inquietar sanamente a aquellos responsables de las tomas de decisiones en las instituciones universitarias que se entienden como ignacianas.

La tercera ponencia también le pertenece al P. Kolvenbach, y fue titulada “*La universidad de la Compañía de Jesús a la Luz del Carisma ignaciano.*” Se realizó en Roma (Monte Cucco), mayo de 2001. En ella se presenta la forma en que la Compañía de Jesús se fue involucrando con la institución universitaria y las razones que han motivado este apostolado.

Un interesante punto, dadas sus implicaciones, lo constituye el tema de la colaboración Jesuitas-laicos. Para este aspecto, el P. Kolvenbach esboza algunas recomendaciones prácticas que pudieran convertirse en líneas de acción para un plan de pastoral universitaria.

La cuarta ponencia le pertenece al P. Alberto Parra s.j. Se tituló “*Anotaciones sobre la Pastoral Educativa Universitaria*”. Fue realizada en el marco de la VIII Reunión del Sector de Pastoral –AUSJAL, en la Pontificia Universidad Javeriana– Cali, en julio de 2005.

El P. Parra s.j. reflexiona el papel de la Pastoral en la casa de la Ciencia. Según él, no toda actividad pastoral que se realice en la universidad debe ser

considerada pastoral universitaria. En este sentido, la dirección correcta debe apuntar más hacia el diálogo Fe-Academia. Si bien, la segunda es productora de saberes, la primera ofrece los horizontes epistemológicos que brinda el cristianismo. Saber qué hacer con lo que se sabe.

Finalmente, la última ponencia le pertenece al P. Valentín Menéndez s.j. Fue titulada “*Orientaciones de la Iglesia y de la Compañía para la Pastoral universitaria de AUSJAL*”. Fue realizada en el marco del V Encuentro del Sector de Pastoral - AUSJAL, en Recife-Brasil, mayo de 1999.

El P. Menéndez s.j., presenta una visión que va de lo más general a lo más particular, en lo que a Pastoral universitaria se refiere. Comienza analizando la “Carta Magna” de las universidades católicas, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*. Luego, pasa a la exhortación post-sinodal *Ecclesia in America*, posteriormente, las conferencias generales del Episcopado latinoamericano Medellín, Puebla y Santo Domingo, para finalizar con el aporte ignaciano que brindan los Ejercicios Espirituales, así como la Congregación General 34.

Al culminar cada uno de los análisis, el P. Menéndez s.j. enuncia lo que, en su opinión, son las aplicaciones prácticas para la pastoral. La variedad, cantidad y pertinencia de las propuestas constituyen una fuente muy prolíja en ideas, para aquellos que tienen la responsabilidad de desarrollar un plan de pastoral universitaria.

No queremos dejar pasar la oportunidad, en el contexto de la temática que ocupa esta publicación y dadas las interrogantes enunciadas al inicio de esta presentación, para hacernos eco de lo planteado por los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Aparecida, y que por fechas de publicación no aparece reflejado en las ponencias: “Es necesaria una pastoral universitaria que acompañe la vida y el caminar de todos los miembros de la comunidad universitaria, promoviendo un encuentro personal y comprometido con Jesucristo, y múltiples iniciativas solidarias y misioneras”<sup>5</sup>.

Para finalizar, *Cuadernos Ignacianos* desea expresar su agradecimiento a la Dra. Mora y a los padres Pérez s.j., Parra s.j. y Menéndez s.j., por darnos su autorización para publicar sus ponencias.

---

5 Documento de Aparecida n. 343.



# **LA PASTORAL EN EL ÁMBITO UNIVERSITARIO REFLEXIONES Y PROPUESTAS PARA UNA INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO\***

*Claudia Mora Motta - Gabriel J. Pérez Montoya, s.j.<sup>1</sup>*

VIII Reunión del Sector de Pastoral - AUSJAL  
Pontificia Universidad Javeriana - Cali - Julio 20 a 23 de 2005

## **Introducción**

La intención del presente trabajo es proponer algunas pistas que contribuyan a la caracterización y al desarrollo en las instituciones de AUSJAL, de la pastoral universitaria entendida como una forma específica de realizar la misión de la Compañía de Jesús, consistente en el *servicio de la fe* y la *promoción de la justicia* que implica dicho servicio como exigencia intrínseca, mediante una *comunicación dialogal* que haga efectiva la *inculturación* del Evangelio en la realidad concreta de las personas y sus contextos sociales.

Cuando tratamos de relacionar la *pastoral* con la *academia*, corremos el riesgo de caer en una concepción dualista similar a la que considera al ser humano en términos de una yuxtaposición de *alma* y *cuerpo*, como dos elementos separables el uno del otro. Para evitar este peligro nos parece preferible hablar de *la pastoral en el ámbito universitario* desde un enfoque integral, teniendo en cuenta que, si bien debemos reconocer las respectivas

---

\* El texto corresponde a una ponencia realizada por la Dra. Claudia Mora y el P. Gabriel Jaime Pérez s.j., realizada en la VIII Reunión del Sector Pastoral - AUSJAL, en la Pontificia Universidad Javeriana - Cali. del julio 20 a 23 de 2005, y fue publicada en la revista Theologica Xaveriana. Iglesia, Estado y Política. abril-junio 2006 N° 158/2 de la Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá.

1 Claudia Mora, Decana del Medio Universitario, Facultad de Ingeniería, PUJ - Cali.  
Gabriel Jaime Pérez, s.j., Vicerrector del Medio Universitario, PUJ - Cali.

autonomías de la fe, por una parte, y de las ciencias y las artes, por otra, como campos distintos del saber, del sentir y del actuar humanos –tal como ha reconocido estas autonomías el Concilio Vaticano II–, la relación entre ellos en una universidad católica no puede darse constructivamente si se los considera como compartimentos estancos.

Considerar por un lado la academia y por el otro la pastoral, o por un lado lo intelectual y por el otro lo espiritual, sería seguir alimentando una es-cisión que, en lugar de contribuir a una formación verdaderamente “integral”, lo que promueve es una existencia desintegrada, con todas sus consecuencias deshumanizadoras en términos de divorcio entre razón y fe, entre intelecto y afecto, entre conocimiento inmanente y conciencia trascendente.

Para el desarrollo de este trabajo hemos revisado algunas orientaciones del magisterio de la Iglesia y de las directrices institucionales de la Compañía de Jesús (por parte de la Congregación General 34, de su Prepósito General P. Peter Hans Kolvenbach y de los documentos de AUSJAL. También hemos tenido en cuenta los planteamientos de varios integrantes de las distintas unidades académicas de la PUJ - Cali que reflejan concepciones y expectativas acerca de la pastoral universitaria.

Con base en tales aportes, ofrecemos unas cuantas reflexiones y propuestas sobre el tema desde nuestra experiencia académica universitaria, en el marco de la estructura que nos ha parecido más conveniente darle a nuestra exposición con base en cinco preguntas básicas: *qué* entendemos por pastoral universitaria en el contexto académico, *por qué* y *para qué* se hace necesaria una reflexión sobre ella en las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, y *cómo* debe plantearse y desarrollarse con respecto a las personas (*quiénes* son los sujetos implicados en ella), los lugares (*dónde*) y los tiempos (*cuándo*).

## 1. ¿Qué entendemos por pastoral en el ámbito universitario?

La pregunta sobre lo que se entiende por pastoral en el ámbito universitario ha acompañado las reflexiones que adelanta desde hace varios años la Red AUSJAL de Pastoral.

No pretendemos señalar aspectos novedosos e incluso tal vez podamos ser percibidos como repetitivos. Sin embargo, nuestra intención es resaltar los

referentes contextuales que, según nuestra apreciación, marcan un derrotero. Para ello hemos tenido presentes los siguientes interrogantes:

¿Cuál es la prioridad de la universidad católica? ¿De qué manera las universidades de la Compañía de Jesús han asumido la propuesta de integración entre fe, razón, estética y vida? ¿Existen políticas claras en las universidades católicas para que sea efectivo el trabajo mancomunado de personas de distintas formas de pertenencia a la Iglesia e incluso no pertenecientes a ella? ¿Tiene la pastoral universitaria un lugar privilegiado en la estructura organizacional de nuestras universidades? ¿En nuestras universidades hay un debate amplio sobre las implicaciones de la cultura y el influjo de los medios de comunicación masivos y globalizados en las opciones relacionadas con lo trascendente?

### 1.1. *¿Qué entiende por pastoral universitaria el Magisterio de la Iglesia Católica –en la Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae–?*

La universidad en general se caracteriza conceptualmente por su autonomía institucional, que debe garantizar sus funciones fundamentales y sustantivas de investigación, docencia y servicio a la sociedad. La universidad católica comparte con todas las demás universidades –como escribió Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE)– “aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el *gozo de buscar la verdad*, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento”, pero

su tarea privilegiada es la de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la Verdad<sup>2</sup>.

La universidad católica tiene el propósito fundamental de garantizar su presencia cristiana en el mundo universitario frente a los problemas de la sociedad y la cultura; según la ECE, “para ello debe poseer las siguientes características que explicitan su carácter católico: una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la comunidad universitaria como tal; una reflexión continua a la luz de la fe católica sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones; la fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por

2 Juan Pablo II, Constitución Apostólica sobre Universidades Católicas *Ex Corde Ecclesiae*, 1990, No. 1.

la Iglesia –que no consiste en un apego a la letra de unos enunciados como “verdades” abstractas, sino un esfuerzo crítico y constructivo de comprensión de su sentido en contextos situacionales concretos–; el esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida”<sup>3</sup>. Estas cuatro características de la universidad católica marcan la diferencia y cualifican las funciones sustantivas de nuestras universidades en tanto católicas, al situar su quehacer académico en el horizonte del diálogo entre fe y razón.

Otro planteamiento importante de la ECE es el siguiente: “Dados los íntimos nexos entre la investigación y la docencia, y mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la interdisciplinariedad, apoyada por la filosofía y la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la sociedad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual. En la comunicación del saber se resalta cómo la razón humana en su reflexión se abre a cuestiones cada vez más vastas y cómo la respuesta a las mismas proviene de lo alto por la fe”<sup>4</sup>.

Por otra parte, se requiere que profesores y estudiantes logren una integración real entre ciencia y fe, así como entre fe y vida, entre fe y cultura, entre fe y justicia; la universidad católica contribuye a la evangelización de manera tanto más efectiva cuanto en más alto grado logre la formación de personas ilustradas que incidan positivamente en la construcción de una sociedad justa y solidaria.

La comunidad educativa en una universidad católica debe caracterizarse por una actitud de servicio y respeto recíproco, de modo que el diálogo y la construcción de redes de solidaridad se vayan tejiendo lentamente en el intercambio cotidiano entre todas las personas que la constituyen. Tal vez este es el mensaje más directo que se pueda dar en el ámbito de la universidad católica: ayudar a todos sus miembros a alcanzar la plenitud humana.

Ahora bien, con respecto a la pastoral universitaria en cuanto tal, encontramos en el documento al que hemos hecho referencia –ECE– una serie de lineamientos para nuestra reflexión sobre lo que propiamente la caracteriza:

- La pastoral universitaria es aquella actividad de la Universidad que ofrece a los miembros de la Comunidad la ocasión de coor-

---

3 ECE, No. 13.

4 ECE, No. 20.

dinar el estudio académico y las actividades para-académicas con los principios religiosos y morales, *integrando de esta manera la vida con la fe*<sup>5</sup>.

- Dicha pastoral concreta la misión de la Iglesia en la Universidad y forma parte integrante de su actividad y de su estructura. Una comunidad universitaria preocupada por promover el carácter católico de la institución, debe ser consciente de esta dimensión pastoral y sensible al modo en que ella puede influir sobre todas sus actividades<sup>6</sup>.

Si bien podría discutirse el concepto de lo “para-académico”, que parece dar lugar a una visión de la pastoral y de otras actividades universitarias como marginales y yuxtapuestas con respecto a la academia, nos llama la atención positivamente lo que se plantea en este párrafo de la ECE en términos de la integración entre el estudio académico, la vida y la fe. En todo caso, lo que se espera de una universidad católica es que las iniciativas y acciones que se realicen en ella logren una propuesta eficaz de fortalecimiento de la formación cristiana entre los integrantes de la comunidad educativa, y la madurez de su compromiso social con los más necesitados y excluidos.

Por otra parte, no debemos perder de vista que en nuestras universidades pueden estar trabajando y se educan personas de otras religiones e iglesias e incluso agnósticas o no creyentes, lo cual exige evidentemente el respeto tanto por las diferentes opciones; sin embargo, la universidad debe garantizar para todos, sin distinción, espacios adecuados para el desarrollo espiritual y para las reflexiones éticas propias de la formación humana y profesional.

## 1.2. *Qué entiende la Compañía de Jesús por pastoral universitaria*

Aunque podríamos remontarnos a múltiples documentos que dan cuenta de ello en la historia de la Compañía, vamos a centrarnos sólo en algunos de los más recientes y que nos parecen significativos para el tema que nos ocupa: la Congregación General 34 (1995), las orientaciones del P. General Peter Hans Kolvenbach y los planteamientos de AUSJAL.

---

5 ECE, No. 38.

6 *Ibidem*.



- *La Congregación General 34:*

La historia de la Compañía de Jesús ha estado ligada a la universidad. Ignacio de Loyola rompió los límites que en aquella época se imponían para la vida universitaria, y animó a sus compañeros a insertarse en el campo de la educación como una forma de servicio a la Iglesia y a Dios. “Ignacio intuyó ese amplio impacto cultural cuando decidió enviar jesuitas a las universidades como a sitios donde podía conseguirse un bien más universal. Durante toda nuestra historia hemos seguido reafirmando esta fundamental intuición ignaciana”<sup>7</sup>.

Se ha reconocido el campo de la educación como un lugar privilegiado desde el cual se puede incidir en las dinámicas sociales, políticas y económicas, y sobre todo marcar el sentido de la vida humana. La universidad confiada a la Compañía de Jesús debe estar alerta para que tanto el sustantivo “universidad” como el adjetivo “jesuítica” siempre estén presentes y sean percibidos como tales. Esto quiere decir que la investigación, la docencia y los servicios enmarcados en sus condiciones culturales deben conjugarse armónicamente con el servicio de la fe y la promoción de la justicia establecidos por el decreto 4º de la CG 32.

El objetivo último de la educación en las instituciones católicas regentadas por la Compañía de Jesús es el crecimiento integral de la persona, que lleva a la acción inspirada en el espíritu y la presencia de Jesucristo, hijo de Dios, hombre para los demás. Su ideal de persona se resume en la permanente búsqueda de la excelencia en su realización como persona, y asimismo en el conocimiento, la acción y el servicio que privilegian el encuentro con los otros para construir comunidad y convivencia. “Una universidad de la Compañía ha de distinguirse también por su oferta de formación humana, social, espiritual y moral, así como por la atención pastoral a sus alumnos y a los diversos grupos de personas que en ella trabajan o que con ella se relacionan”<sup>8</sup>.

- *El P. General:*

Al retomar en este ensayo algunas ideas del actual General de la Compañía de Jesús, padre Peter Hans Kolvenbach, nos centramos en un interrogante que ha atravesado sus intervenciones en las universidades

7 Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, 1995, 17-1.

8 CG 34, 17-11.

de América: “¿Cómo pueden expresar las universidades y centros de estudios superiores de la Compañía (...) su preocupación por la justicia que brota de la fe, en lo que son en cuanto centros académicos cristianos de enseñanza superior, en lo que hace su profesorado, y en lo que llegan a ser sus estudiantes?”<sup>10</sup>.

La orientación de la Compañía ha estado dada en los últimos años en función de la formación de hombres y mujeres para servir a los demás<sup>11</sup>, para respaldar intelectualmente a los excluidos y ayudar a encontrar caminos de promoción de la justicia. Los *tiempos* y *lugares* determinan los acentos que se requieren en la formación de nuestros estudiantes como *personas*: “la educación jesuita ha buscado educar *a toda la persona*, a la persona completa, tanto intelectual y profesionalmente, como psicológica, moral y espiritualmente<sup>12</sup>”. Es decir, se requiere, siguiendo al P. General, “una conciencia instruida de la sociedad y de la cultura”, porque “la persona completa debe tener una *solidaridad bien informada*<sup>13</sup>”.

La universidad debe dejarse tocar e interpelar por las múltiples y, con frecuencia, dolorosas realidades sociales de su interior y de su entorno, para lo cual se requiere del “contacto” más allá de las “nociones”, sentir y enfrentar, pensar críticamente y comprometerse de forma constructiva con el sufrimiento de los demás. El papel de los profesores en esta misión es crucial; si bien la docencia y la investigación no pueden desligarse de la rigurosidad técnica y disciplinaria, también deben tener presente siempre la pregunta por el sentido mismo de su acción.

9 Los puntos suspensivos entre paréntesis corresponden a “en los Estados Unidos”, dado que el P. General se dirige a una universidad estadounidense, pero consideramos que el interrogante es igualmente válido para todas la Universidades confiadas a la Compañía en América Latina.

10 Kolvenbach, Peter Hans, *El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos*. Universidad de Santa Clara, California, U.S.A., Octubre de 2000, p. 1.

11 Esta idea hace parte del discurso que dio el padre Arrupe en el Congreso Europeo de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús (año 1973): “(...) Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí mismos, sino para Dios y su Cristo, para aquel que por nosotros murió y resucitó; hombres para los demás, es decir, hombres que no conciban el amor de Dios sin amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa”.

12 Kolvenbach, P. H., carta citada.

13 *Ibidem*.

Lo anterior quiere decir que nuestras universidades deben asumir el reto de conjugar eficazmente la investigación y la docencia con la compasión. En este sentido, *com-padecer* no significa tener lástima de los demás desde la posición cómoda y neutral de quien que no se involucra, sino sentir conjuntamente con el otro, para buscar con él soluciones efectivas a sus problemas reales. “La pastoral universitaria tiene mucho que hacer para fomentar tal compasión inteligente, responsable y activa, que es la única compasión que merece el nombre de solidaridad”. “La ‘persona completa’, ideal de la educación jesuítica durante más de cuatro siglos, será en el futuro una persona competente, consciente, capaz de compasión y bien educada en la solidaridad” -he aquí las tres “c” de la persona integralmente formada: competencia, conciencia social, compromiso solidario-<sup>14</sup>.

El indicador que muestra con mayor claridad y contundencia la labor que realizan nuestras universidades lo indica el P. General así: “El auténtico criterio para evaluar las universidades de la Compañía no es lo que nuestros estudiantes hagan, sino lo que acaben siendo y la responsabilidad cristiana adulta con la cual trabajen en el futuro a favor de sus prójimos y de su mundo”<sup>15</sup>.

- *La Red Pastoral de AUSJAL:*

En los últimos años las reuniones de la Red Pastoral de AUSJAL se han movido en torno a la definición de un lugar universitario, unas líneas de acción y unos perfiles para la acción y los agentes de pastoral. Actualmente dicha red se propone desarrollar e integrar el trabajo pastoral de todas las universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina, y así mismo promover un espíritu de compromiso al servicio de la fe y de la justicia, arraigado en la espiritualidad ignaciana.

AUSJAL ha caracterizado tres rasgos fundamentales de la pastoral universitaria: 1. El reconocimiento del pluralismo religioso con una visión de fe y una búsqueda sincera de Dios. 2. El diálogo como elemento fundamental de convivencia entre las diferentes religiones y posiciones con respecto a lo trascendente. 3. El compromiso integral, liberador y pacificador, en un mundo real y con una opción clara especialmente de cara a los sectores más pobres de América Latina.

---

<sup>14</sup> *Ibidem.*

<sup>15</sup> Kolvenbach, P. H., carta citada.

La tarea de la Red de Pastoral de AUSJAL está dirigida al fomento de la formación integral cristiana de inspiración ignaciana de los agentes de pastoral, de los jóvenes estudiantes comprometidos en la labor de animación de otros grupos, del personal académico y administrativo. En este sentido, AUSJAL plantea cinco líneas de acción de una auténtica pastoral universitaria acorde con los principios educativos de la Compañía de Jesús: (1) conocer al joven, (2) formación ignaciana, (3) crear redes de apoyo, (4) propiciar la experiencia de Dios, (5) *integrar lo académico con lo pastoral*.

En el marco anteriormente indicado resalta la caracterización de la acción pastoral en las instituciones de AUSJAL como un modo específico de entender, promover y vivenciar la dimensión espiritual, la propuesta del evangelio, la vivencia de la fe y la promoción de la justicia social en el contexto universitario, caracterizado por las actividades académicas de docencia, investigación y servicio. El interrogante del para qué del conocimiento y de la formación profesional debe estar presente en todos y cada uno de nuestros estudiantes y profesores.

Así, pues, a la luz de las directrices del magisterio eclesial, de los documentos de la Compañía de Jesús y de la reflexión de AUSJAL, las actividades de pastoral deben contribuir explícita y efectivamente a la formación religiosa y moral de la comunidad universitaria, y tienen que ver con actividades que dan sentido a la vida humana y que ayudan al crecimiento y a la maduración espiritual, así como a la integración entre la fe y la vida de los miembros de ella. Deben ayudar a formar hombres y mujeres que sean colaboradores de Dios, que comprendan y vivan sus profesiones u oficios como una misión y una oportunidad de servicio, que existan para los demás no buscando ni anteponiendo en forma egoísta su propia realización ni su prestigio individual a la construcción de una sociedad justa y solidaria.

La pastoral universitaria debe continuar respondiendo a los retos de la formación integral o de la formación de la persona completa. Como bien dice Alberto Gutiérrez: “La pastoral universitaria es un postulado de la formación integral y debería ser considerada y ofrecida como una necesidad del proceso que cumplen los profesores y estudiantes”<sup>16</sup>.

---

16 Gutiérrez, Alberto, s.j. *El bienestar integral de la comunidad universitaria*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1995, Capítulo IX: “La pastoral universitaria como evangelización de las personas y de la cultura”.

La universidad jesuitica, por ser confesional, está enmarcada en la fe que proclama la Iglesia católica, que en su relación imprescindible con la cultura busca el desarrollo de las ciencias y las artes en función de la realización integral de las personas, a la luz del Evangelio. A partir de esto, cobra sentido una serie de acciones como son: la reflexión acerca del sentido último de la ciencia y la tecnología, el conocimiento de los principios fundamentales de la religión católica, el compromiso con los más necesitados y la consolidación de una comunidad universitaria capaz de lograr un servicio cualificado a la humanidad.

Para hacer realidad este criterio, la pastoral en el ámbito universitario está llamada a trabajar decidida e integralmente en la formación de tres virtudes que caracterizan la educación jesuitica<sup>17</sup>:

- *La reflexión: un hábito de la mente.* Ignacio de Loyola aprendió el valor del silencio y el cuidadoso conocimiento de sí mismo y de Dios. La oración, los retiros y los ejercicios espirituales muestran un camino para conectarse y reconocer la acción de Dios en nuestras vidas. “La experiencia de los ejercicios espirituales es un acto de fe basado en la convicción de que el amor de Dios las dirige, e introduce a nuestros estudiantes y colegas en el corazón del proceso de discernimiento (...)”<sup>18</sup>.

- *La gratuidad: un hábito del corazón.* La educación de los jesuitas muestra su valor en el sentimiento de la gratuidad; de ahí que cobre especial atención el trabajo con los estudiantes en la apreciación de la ciencia, el arte y la vida humana. La tradición de los jesuitas promueve la solidaridad, la vocación de servicio a los más necesitados y el fortalecimiento de las relaciones personales. “Para Ignacio éste fue el gran regalo que encontró al final de los ejercicios espirituales. Comúnmente se conoce como la contemplación para alcanzar amor; el amor a Dios es gratitud por todo lo que nos da (...)”<sup>19</sup>. La gratuidad se va generando en la medida en que el corazón se abre a la vida, a las experiencias y al amor de Dios que está en todas las cosas.

---

17 Breslein, J., “The dialogue between faith and culture: the role of campus ministry in Jesuit higher education”, en *Tripole*, M. Promise Renewed, Chicago, Loyola Press 73-84, 1999. Consideramos apropiada esta cita, porque nos parece que logra expresar el sentido que tiene para la Compañía de Jesús el concepto de formación integral en función del desarrollo de la “persona completa” a la cual se refiere el P. General en el documento anteriormente citado.

18 *Ibidem* p. 77.

19 *Ibidem* p. 79.

- *El servicio: un hábito de la voluntad.* Aquí cobra especial atención el sentido de la formación universitaria cuando aparece el interrogante del para qué se está estudiando una carrera profesional, en una realidad social concreta. “En los Ejercicios Espirituales, Ignacio hace del servicio a la Divina Majestad la primera condición para seguir el curso de su acción (...). El servicio para Ignacio comprendía la conexión entre dos mundos: lo divino y lo humano, dicho de otro modo el servicio de la fe y la promoción de la justicia (...)”<sup>20</sup>.

En tal perspectiva, las distintas modalidades de presencia activa en los sectores necesitados del entorno social, y entre ellas de manera especial el voluntariado, integran el circuito de reflexión, gratitud y servicio. Es necesario que estas tres virtudes se potencien mutuamente en todo proceso de formación integral.

## 2. ¿Por qué y para qué es necesaria una reflexión sobre la pastoral en el ámbito universitario?

Los factores que hacen necesaria hoy una reflexión sobre el ser y el quehacer de la pastoral universitaria en el contexto académico de las instituciones de educación superior confiadas a la Compañía de Jesús, corresponden a una problemática que es inherente a las universidades pero que también desborda su ámbito y se respira en el ambiente sociocultural en el que ellas están situadas. Esta problemática, que constituye un conjunto de desafíos para nuestra creatividad evangelizadora en el contexto universitario, se caracteriza por los siguientes fenómenos:

### 2.1. *El contexto contemporáneo de la cultura –y dentro de éste el fenómeno de las culturas juveniles–*

Por una parte, la crisis de la modernidad y su coexistencia híbrida, en esta parte de nuestro continente, con la premodernidad centrada en el culto a la autoridad y al poder de lo sagrado, por una parte, y el auge cada vez más notorio de una posmodernidad desacralizadora que relativiza toda pretensión de certezas y verdades absolutas.

Las tendencias llamadas “posmodernas” presentan como características: (a) la desilusión con respecto a las utopías basadas en ideologías uniformadoras y sacrificadoras del individuo en aras de la colectividad, (b) la fragmentación de las formas de ver la vida y el mundo, reflejada en la

---

20 *Ibidem* p. 81.

conciencia de la relatividad y su incidencia sobre los valores, y (c) el predominio del sentimiento sobre el intelecto, del afecto sobre el concepto, de lo sensible concreto ligado a las experiencias vivenciales, de tipo narrativo y circular, sobre el razonamiento abstracto ligado a la palabra escrita, de tipo especulativo y lineal.

## 2.2. *El desafío de la comunicación en la aldea global*

Uno de los desafíos más importantes de la pastoral en el ámbito académico universitario es el de la comunicación. Este desafío implica la exigencia ineludible de conocer, comprender y emplear adecuadamente los lenguajes de la cultura contemporánea, en el contexto específico local y regional, y dentro de esa misma cultura el lenguaje propio de las culturas juveniles y de la “aldea global”.

El mundo actual, y en particular el de los jóvenes, se caracteriza por un predominio de la cultura de la imagen audiovisual ligada al uso cotidiano de la telemática (es decir, la conjunción tecnológica de las telecomunicaciones satelitales con la informática) y a la necesidad de un diálogo horizontal que dé lugar a una participación equitativa y efectiva de todos en la búsqueda conjunta de respuestas a los interrogantes cruciales sobre el sentido de la vida personal y social y del mundo del cual todos formamos parte. Para que todo ello sea efectivo en términos de la *inculturación* del evangelio, este diálogo, por una parte, supone unos códigos comunes de significación tanto verbal como no verbal, y por otra, una tensión entre lo sutil –implícito y discreto– y lo directo –explícito y concreto–, que debe ser asumida positivamente para poder marcar rumbos y plantear compromisos decisivos.

Teniendo en cuenta lo anterior, el diálogo evangelizador debe hacerse contando con los medios de comunicación que pueden existir en nuestras universidades –y ojalá que los tengan todas–: periódicos tanto impresos como electrónicos (en Internet), emisora de radio, productora e incluso canal de televisión si es posible, cine con cine-foros, todo ello ligado a las actividades académicas, no sólo en el campo de la comunicación como programa profesional –que existe en no pocas de las instituciones de AUSJAL–, sino también en otros que se relacionan con las humanidades, las artes, las ciencias sociales, económicas, naturales y tecnológicas.

### **2.3. Los problemas de la exclusión y la violencia, de los cuales la inequidad social es la fuente generadora y la forma primordial**

Estos problemas, que han alcanzado su máxima expresión en el contexto global del neoliberalismo imperante, constituyen un desafío a la pastoral universitaria en el sentido de la exigencia de promoción de la justicia implicada esencialmente en el servicio a la fe mediante la proclamación del Evangelio, que conlleva la denuncia y el anuncio como elementos inseparables de la construcción de una nueva sociedad basada en la reconciliación y en la solidaridad, con una opción preferencial por el pobre.

En este sentido, la universidad jesuítica tiene que cumplir un papel de compromiso real con los excluidos, entendiendo por tales tanto los que carecen de recursos económicos suficientes para vivir dignamente –que son la mayoría–, como las minorías étnicas y sociales, y también las víctimas actuales y potenciales de la violencia en todas sus formas. Una labor imprescindible de la pastoral universitaria a este respecto tiene que ser entonces la construcción de la convivencia desde el reconocimiento efectivo de la dignidad y los derechos humanos de todas las personas, lo cual implica a su vez asumir la pluralidad y promover el respeto por las diferencias.

### **2.4. El reto de superar la marginalidad de la pastoral con respecto a las actividades académicas y administrativas**

A este respecto podemos y debemos hacernos los siguientes interrogantes: ¿Es tenida en cuenta la pastoral, no sólo en teoría sino también en la práctica, como una instancia verdaderamente importante, tanto por parte de las directivas como de quienes se ocupan de las actividades académicas universitarias de docencia, investigación y servicio? ¿Hasta qué punto la pastoral está considerada o no como elemento que cuenta en la valoración del quehacer educativo en nuestras universidades? ¿Es tomada en cuenta la perspectiva que se plantea desde la pastoral a la hora de planear y tomar decisiones institucionales? Este problema implica un desafío tanto mayor cuanto las actividades pastorales estén más divorciadas de las académicas.

Pero este mismo desafío se plantea también, en la otra cara de la moneda, desde una perspectiva complementaria, en términos del reto que se le presenta a la pastoral universitaria de *inculturarse* en el ámbito académico, de modo que sus ofertas o propuestas respondan a las necesidades propias de las personas y los grupos que integran la comunidad educativa en relación con lo propiamente universitario, es decir, con la educación en lo superior y para lo superior. Se requiere una afectación de los planes de estudio para que se



pueda abordar de manera significativa todo el proceso formativo curricular con sentido cristiano.

Estos cuatro tipos de problemas que constituyen desafíos de primer orden para las universidades jesuíticas de América Latina, tienen que ser abordados conjuntamente por toda la comunidad educativa, sin separatismos entre lo pastoral y lo académico. Sin embargo, para responder a tales desafíos es preciso evitar el peligro de confundir la universidad con un centro de espiritualidad, con una comunidad religiosa, con una parroquia, con una obra social de la Iglesia o con un colegio de educación básica y media. La pastoral en una universidad confiada a la Compañía de Jesús tiene que respetar la identidad universitaria de la institución de educación superior en la que está inserta, pero a su vez tiene que contribuir a que ésta realice su misión en coherencia con su naturaleza confesional.

El dilema es con frecuencia difícil de resolver, pero he ahí precisamente el reto. Ahora bien, para que la pastoral asuma el papel que le corresponde en un escenario como el universitario, deberá pasar de ser un agregado a ser un *medio*, un *ambiente* que influya realmente en la vida y en la formación humana de las personas. Por la misma razón de estar inserta en una estructura universitaria, la pastoral debe situarse al interior de las diversas dimensiones constitutivas de la *formación integral* en el proyecto educativo universitario. Todo ello con sentido ético, de excelencia y de servicio a la sociedad, de la que recibe su nutrimento y para la cual existe.

### 3. ¿Mediante qué estrategias y líneas de acción debe plantearse y desarrollarse la pastoral en el ámbito universitario?

Ignacio de Loyola, en sus escritos acerca de la formación y la acción apostólica en las instituciones de la Compañía, señala los tres factores esenciales sin los cuales no podría ser efectiva ninguna tarea de evangelización: las *personas*, los *lugares* y los *tiempos*.

#### 3.1. Con respecto a las personas

¿Quiénes son los sujetos de la pastoral en la comunidad educativa de una universidad confiada a la Compañía de Jesús? Si la pastoral universitaria es entendida como una dimensión imprescindible de nuestras universidades, las personas que la realizan no pueden ser sólo quienes pertenecen laboralmente a un “sector” o a una unidad específica dentro de la organización institucional.

Los jesuitas –así como los miembros de otras congregaciones religiosas masculinas y femeninas que pueden estar trabajando o estudiando en nuestras universidades–, los laicos –hombres y mujeres–, todos los integrantes *creyentes* de la comunidad educativa (directivos, profesores, empleados administrativos, estudiantes) estamos llamados a colaborar activamente en una evangelización inculturada. Especificamos la condición de *creyentes* teniendo en cuenta que también puede haber en nuestras universidades personas de otras confesiones religiosas distintas de la católica. Consideramos creyentes no sólo a los católicos –entre los cuales puede haber posturas diversas–, sino también a quienes comparten la fe en Jesucristo perteneciendo a iglesias distintas, o incluso a quienes creen en Dios o en un ser superior desde diferentes ámbitos religiosos no cristianos.

Pero también existen o pueden existir en nuestras universidades personas *no creyentes* –agnósticas o ateas–, lo cual es admisible en una institución de educación superior abierta a la pluralidad, y que por lo mismo no condicione el desarrollo del saber académico a la profesión de una creencia determinada, siempre y cuando el comportamiento de todos sus miembros respete los principios de la institución.

Ahora bien, hay temas que pueden ser asumidos conjuntamente por creyentes y no creyentes: aquéllos que corresponden al desarrollo de la espiritualidad como dimensión de la vida humana, a la promoción de la justicia social y al diálogo abierto en torno a problemas de carácter ético, social y político, en el sentido amplio de la construcción común de la convivencia. Por ello, todas las formas de espiritualidad que existan, provenientes tanto de occidente como de oriente y que ayuden a cultivar el reconocimiento de la presencia de Dios y el crecimiento interior incluyendo la dimensión del compromiso social en la vida de profesores, estudiantes y administrativos, pueden y deberían integrarse al trabajo pastoral.

Por otra parte, es preciso también que nos preguntemos por el entorno social de nuestras comunidades educativas. En la perspectiva del proyecto educativo de cada una de nuestras instituciones –en el cual deben conjugarse la investigación, la docencia y la interdisciplinariedad con los conceptos de construcción de comunidad educativa, de formación integral y de compromiso social–, ¿cómo debe ser la relación de la pastoral universitaria con las familias de nuestros estudiantes, profesores y empleados administrativos, con nuestros egresados –y asimismo con sus familias–, y con los distintos sectores de la sociedad local, regional, nacional, global, especialmente con

los más necesitados en términos de su situación de pobreza, discriminación o exclusión?

Algunas líneas de acción que cabe proponer, entre otras, son la siguientes:

- Conocer la realidad situacional y la problemática de los estudiantes, profesores y administrativos en relación con lo espiritual y religioso, para lo cual es preciso realizar sondeos y estudios sistemáticos.
- Constituir y consolidar un equipo interdisciplinario de trabajo conformado por jesuitas y laicos (e incluso, si se da la oportunidad, también por presbíteros y diáconos diocesanos, como también por religiosos y religiosas de otras congregaciones), en el cual estén representados tanto el personal administrativo como el profesorado y los estudiantes, que sean capaces de dinamizar el sentido de la pastoral en el ámbito universitario. Quien tiene a su cargo la dirección de este equipo debería participar de modo significativo en la toma de decisiones institucionales, involucrándose así en la reflexión sobre la misión de la universidad y su puesta en práctica.
- La vinculación de agentes de pastoral con la actividad académica. Aquí cabe plantear la relación entre los servicios de docencia y de investigación interdisciplinaria que presta la teología como campo académico del saber, y los de promoción y acompañamiento que ofrecen las actividades pastorales en el campo de las vivencias espirituales y religiosas. Es importante que los agentes de la pastoral universitaria estén de algún modo significativo vinculados a las actividades académicas, lo cual supone replantear la relación entre los distintos tipos de actividades, de modo que no se presente, como suele suceder, un aislamiento de la pastoral.

Para que esto sea posible, sería conveniente pensar en distintos perfiles de agentes de evangelización: unos más dedicados a actividades pastorales distintas de las propiamente académicas, y otros más involucrados en la investigación y la docencia de modo que puedan colaborar en la construcción de comunidades socialmente comprometidas a partir de su contacto con los profesores como colegas y los estudiantes como discípulos. En el mundo universitario la cátedra es el eje de intercambio e interacción de los miembros de la comunidad educativa.

- La constitución y consolidación de grupos intergeneracionales, con el fin de innovar y proponer diversas formas de integrar el servicio de la fe con la promoción de la justicia y el diálogo intercultural. Esto garantizará la comprensión de diversos lenguajes propios de los jóvenes y adultos que constituyen la comunidad educativa. Mantener presente la premisa de “joven le llega al joven” es conveniente en estos tiempos donde el mundo juvenil, por el lenguaje propio que utiliza y las representaciones sociales que tiene, suele dejar de lado a los adultos. De igual manera los adultos requieren de referentes que los convoquen de forma explícita.
- La formación permanente de todos los integrantes de la comunidad educativa en el conocimiento y la vivencia de la espiritualidad ignaciana, de los principios educativos de la Compañía de Jesús y de sus implicaciones sociales. Esta formación exige a su vez un trabajo personalizado para descubrir y animar a los sujetos que puedan constituirse en líderes y gestores formales e informales de propuestas y actividades grupales dentro de la universidad y en relación con su entorno. En este sentido, el Sector o Centro de Pastoral Universitaria tiene que trabajar en equipo con otras instancias ligadas a la promoción cultural y a la proyección social.

### 3.2. Con respecto a los lugares

La pastoral universitaria tiene un lugar natural de desarrollo y consolidación: la universidad. Desde este lugar se plantea un modo específico de entender, promover y vivenciar la dimensión espiritual, la propuesta del evangelio, la vivencia de la fe y la promoción de la justicia social. Es decir, nuestras universidades tienen como misión la evangelización del saber y deben enmarcarse dentro del proyecto apostólico de la Compañía universal y de cada una de sus circunscripciones, salvaguardando los principios de la autonomía de la educación superior.

Con respecto a los *lugares* del ámbito universitario, la acción de la pastoral se circunscribe a varios escenarios:

#### *Dentro del campus universitario*

Para desarrollar las actividades de pastoral dentro del campus universitario, de acuerdo con las características culturales y de organización de cada institución, se requiere que ésta asigne los recursos y espacios necesa-

rios, de modo que el equipo de pastoral pueda impregnar toda la estructura universitaria<sup>21</sup>.

Ahora bien, el lugar básico en donde se juega el reto de una evangelización verdaderamente integrada a la academia, es el aula de clase, sea esta un escenario físico o incluso virtual –al ser las redes telemáticas espacios de la educación a distancia–. En ella se da la relación primordial entre el maestro y sus discípulos, y por lo mismo ella se constituye en la oportunidad por excelencia para entablar y desarrollar formas de interacción que promuevan el desarrollo integral de las personas y la construcción de la convivencia.

- En cuanto al *servicio de la fe*, se requiere un equipo de pastoral con una formación amplia y continua que pueda promover dentro de la universidad actividades sacramentales, de asesoría espiritual, talleres y cursos, ejercicios espirituales y retiros, comunidades de vida cristiana, grupos apostólicos, campamentos misión, y la formación de la solidaridad.

- En cuanto a la *promoción de la justicia*, la pastoral universitaria tiene como una de sus funciones esenciales animar en el contexto académico institucional, desde la fe, el compromiso social y la defensa de la vida desde la opción preferencial por los pobres y excluidos de la sociedad. Asimismo, le corresponde involucrar a toda la comunidad educativa (académicos, administrativos, estudiantes) en proyectos de impacto social como voluntariados y campamentos misión, entre otros, generar un acercamiento con los centros y obras sociales de la Compañía de Jesús y de la Iglesia, las ONG y otras entidades análogas, e intercambiar experiencias con todas ellas para lograr un fortalecimiento mutuo.

- En cuanto al diálogo ecuménico, interreligioso e intereclesial, en el campus universitario pueden coincidir y de hecho coinciden personas de distintos credos religiosos y culturas. Es una exigencia imprescindible en las circunstancias actuales de pluralidad, fomentar un diálogo permanente con las distintas iglesias, confesiones religiosas y culturas para generar lazos de solidaridad y respeto.

#### *Fuera del campus universitario*

Este otro escenario hace referencia a las actividades de pastoral que se realizan en el ámbito social externo y que se derivan de la promoción, sensibilización y formación que se da en el contexto universitario.

21 V Encontro do Setor de Pastoral da AUSJAL, Unicap – Recife – Brasil. 17 – 21 de mayo de 1999: “*Alguns princípios e linhas pastorais para uma universidade em missão*”.

- La pastoral universitaria debe concretarse en la acción de servicio y en el desarrollo de proyectos sociales con comunidades específicas, partiendo de la opción por los más necesitados y por la formación de los dirigentes y profesionales en función de la transformación de las estructuras sociales excluyentes. Desde la pastoral universitaria se puede y conviene tener relaciones con diferentes organizaciones sociales, políticas, eclesiales y económicas que logren cambios estructurales importantes.

- En coherencia con la misión de la Compañía respecto de la *inculturación*, se requiere una pastoral universitaria que reconozca la diversidad cultural de nuestros países latinoamericanos y sea capaz de promover acciones que favorezcan contactos directos con diversos grupos étnicos locales, regionales y nacionales, con toda la realidad de la cultura popular rural y urbana propia de nuestros países.

- La pastoral universitaria, como parte integrante de una institución que por esencia debe estar abierta al diálogo con el mundo, tiene que hacerse presente en los medios de comunicación social (prensa, radio, televisión, Internet). Como nuevos “areópagos”, ellos son escenarios del foro abierto de la discusión y de la opinión pública, en los cuales podemos y debemos predicar al “Dios desconocido”, como nos cuenta el libro de los Hechos que lo hizo el apóstol san Pablo (Hechos de los Apóstoles 17, 16-34).

- La Compañía de Jesús procura cumplir su misión mediante distintas obras pastorales, educativas y sociales. Superando las polarizaciones políticas que se dieron en el pasado –sobre todo en los años setenta–, o que pudieran estar todavía presentes en la actualidad, es hora de definir caminos efectivos de trabajo mancomunado entre los centros de investigación y acción social y las universidades, en tanto ambas son obras apostólicas dirigidas por la Compañía, para que el desarrollo de sus respectivos campos del saber y del hacer tenga un impacto mayor en la transformación constructiva de nuestra realidad a la luz del Evangelio.

### 3.3. Con respecto a los tiempos

La vida universitaria tiene sus tiempos. Estos deben ser considerados tanto en la perspectiva *cronológica* (*cronos*: tiempo físico), correspondiente a períodos, fechas conmemorativas de la Iglesia, de la Compañía, del país, de la región, de la ciudad y de la Universidad), como en la *kairológica* (*cairos*: tiempo vital), relativa a los procesos y momentos significativos de la vivencia personal y comunitaria. Esto supone y exige, por una parte, una planificación

cronológica lo más completa posible, y por otra una atención constante a las coyunturas kairológicas que permita la presencia de acciones oportunas de evangelización en los momentos requeridos.

Los tiempos tienen que ver a su vez con los ritmos de la vida, que suelen estar ligados a lo que en antropología se denomina “ritos de paso”. Estos ritos son oportunidades importantes para darles una significación celebrativa desde la fe, sin imposiciones pero también mediante ofertas propositivas que sean realmente motivadoras. Momentos como los de las inducciones institucionales tanto de los estudiantes como de los integrantes de personal académico y administrativo recién vinculados a la Universidad, el comienzo y el final de un período académico, las graduaciones, pueden y deben ser aprovechados como ocasiones de dar un contenido espiritual a los procesos y vivirlos desde la fe.

La pastoral universitaria tiene que asumir a fondo la exigencia de una constante actualización, para lo cual es necesaria la atención a los “signos de los tiempos”. No podemos pretender dar respuestas eficaces a las preguntas de hoy si no nos preocupamos por conocer y afrontar los interrogantes y cuestionamientos que, desde los distintos ámbitos de la cultura contemporánea, y especialmente desde la ciencia en sus múltiples manifestaciones y búsquedas, le están siendo planteados a la fe y a la moral, a la religión y a la Iglesia.

Este reto implica la necesidad, para todos los agentes de pastoral cuya labor se sitúa en el contexto de la universidad como institución esencialmente académica, de leer e investigar, de estudiar y debatir, de profundizar individualmente y en grupo, con una perspectiva interdisciplinaria, acerca de los temas y problemas que se le presentan a la sociedad y al conocimiento y que constituyen motivos ineludibles de reflexión para una evangelización realmente inculturada.

Finalmente no le es posible evangelizar eficazmente hoy a quien no es capaz de orar y predicar, por así decirlo, con la Biblia y el Magisterio de la Iglesia en una mano, y las publicaciones periodísticas, artísticas y académicas en la otra, conjugando e integrando los contenidos del discurso de la fe con los de la razón en el contexto contemporáneo de la discusión sociopolítica, cultural, científica y tecnológica.

Cali-Colombia, julio 2005.

# **EL SERVICIO DE LA FE Y LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA EN LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE ESTADOS UNIDOS (2000)**

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*

## **Introducción**

Esta Conferencia sobre el compromiso con la justicia en la Educación Superior de la Compañía de Jesús de Estados Unidos llega en un momento importante de la tan rica historia de los veintiocho universidades y centros de estudios superiores representados aquí esta tarde. Hoy nos unimos también a la celebración de los 150 años de la fundación de la Universidad de Santa Clara.

Tan significativo como el momento histórico, lo es también nuestra situación espacial. El Valle de Santa Clara, cuyo nombre viene del templo de la misión situado en el corazón del campus, es conocido en todo el mundo como “Silicon Valley”, la “cuna del microchip”. Ciertamente que cuando el P. Nobili, fundador de esta universidad, contempló las ruinas de la iglesia y del conjunto de edificios de la antigua misión franciscana, nunca hubiera podido soñar con que este valle se convertiría en el centro de una revolución tecnológica de alcance planetario.

Esta yuxtaposición de misión y microchip es emblemática de todos los centros educativos de la Compañía. Fundados originalmente para servir a las



necesidades educativas y religiosas de las poblaciones de pobres inmigrantes, han llegado a ser instituciones de enseñanza altamente sofisticadas, completamente rodeadas de un mundo de riqueza, poder y cultura de un alcance global. El cambio de milenio las sorprende en toda su diversidad: son mayores, están mucho mejor equipadas, son más complejas y profesionales que nunca lo fueron; y además están más preocupadas por su identidad católica y jesuita.

En la historia de la educación superior de la Compañía en América, hay mucho que agradecer, en primer lugar a Dios y a la Iglesia, pero sin duda también a los muchos profesores, estudiantes, personal de administración y bienhechores que han logrado hacer de ella lo que hoy es. Pero esta conferencia les reúne a Vds. de lo ancho y largo de los EE.UU con invitados de universidades jesuitas de otras partes, no para congratularnos unos a otros, sino con una intención estratégica. En nombre de las complejas, profesionales y pluralistas instituciones que representan, están Vds. aquí para afrontar una cuestión tan difícil como central: ¿cómo pueden expresar las Universidades y Centros de Estudios Superiores de la Compañía en los EE.UU su preocupación por la justicia que brota de la fe, en lo que son en cuanto centros académicos cristianos de enseñanza superior, en lo que hace su profesorado, y en lo que lleguen a ser sus estudiantes?

Como una contribución a su respuesta yo quisiera (I) reflexionar con Vds. sobre lo que la fe y la justicia han significado para los jesuitas desde 1975, y después (II) prestar atención a las circunstancias concretas de hoy día, (III) sugerir lo que una justicia enraizada en la fe puede significar en la educación jesuita superior de América y (IV) concluir con una agenda para la primera década del 2000.

## I. El compromiso jesuita con la fe y la justicia, novedad de 1975

Empiezo recordando otro aniversario que esta conferencia también conmemora. Hace 25 años, 10 años después de la clausura del Concilio Vaticano II, se reunían los delegados jesuitas de toda la Compañía en la Congregación General (CG) 32 para considerar cómo estaba respondiendo la Compañía de Jesús a la profunda transformación de la vida de toda la Iglesia, iniciada y promovida por el Vaticano II.

Después de mucha oración y deliberación, la Congregación fue cayendo en la cuenta lentamente de que toda la Compañía de Jesús, en todos sus

muchos ministerios, estaba siendo llevada por el Espíritu de Dios a tomar una orientación nueva. El fin principal de la Compañía de Jesús, el “servicio de la fe”, debía incluir también “la promoción de la justicia”. Esta nueva orientación no era sólo para aquellos que trabajaban ya con los pobres y marginados, en lo que se llamaba “el apostolado social”. Más bien, este compromiso tenía que ser “una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras tareas apostólicas”<sup>1</sup>. Esta unión de la fe y de la justicia era tan central a la misión de toda la Compañía que se habría de convertir en “el factor integrador de todos los ministerios”<sup>2</sup> de la Compañía; a esta luz se debería prestar “particular atención” a la evaluación de todos los ministerios, incluyendo las instituciones educativas<sup>3</sup>.

Yo mismo asistí a la CG 32, representando a la Provincia del Próximo Oriente, donde, durante siglos, la actividad apostólica de los jesuitas se había centrado en la educación, en una famosa universidad y en algunos colegios notables. Por supuesto que algunos jesuitas trabajaban en pueblos muy pobres, en campos de refugiados o en cárceles, y que otros luchaban a favor de los derechos de los trabajadores, inmigrantes y extranjeros; pero esto no siempre se consideraba un trabajo nuclear o típico de jesuitas. Nosotros, en Beirut, éramos muy conscientes de que nuestra facultad de medicina, con muy santos jesuitas al frente, estaba produciendo, al menos en aquel tiempo, algunos de los ciudadanos más corruptos de la ciudad, pero ya contábamos con ello. La atmósfera social explosiva del Próximo Oriente no permitía una lucha contra las estructuras injustas y pecadoras. La liberación de Palestina era la cuestión social más importante. Las iglesias cristianas se habían embarcado en muchas obras asistenciales, pero el compromiso por la promoción de la justicia hubiera supuesto que se las asociase con los movimientos de izquierda o con el desorden político.

La situación que describo del Próximo Oriente no era excepcional en la Compañía universal de aquel tiempo. No era yo el único delegado que ignoraba las cuestiones sobre justicia o injusticia. El Sínodo de Obispos de 1971 había declarado proféticamente que “la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia en favor de la redención de la humanidad y la liberación

---

1 CG 32, D. 4, n. 47.

2 CG 32, D. 2, n. 9.

3 CG 32, D. 2, n. 9 y D. 4, n. 76.

de toda situación opresiva<sup>24</sup>. Sin embargo, pocos de nosotros sabíamos lo que esto significaba en nuestras circunstancias concretas.

Ya antes, en 1966, el Padre Arrupe había llamado la atención de los provinciales de América Latina sobre cómo la situación socioeconómica de todo aquel continente contradecía al Evangelio: “de aquí se sigue (decía) la obligación moral de la Compañía de repensar todos sus ministerios y apostolados y de analizar si realmente responden a los requisitos de la urgencia y prevalencia de la justicia y aun de la equidad social”<sup>25</sup>. Muchos de nosotros no alcanzamos a ver el alcance de este mensaje en nuestra situación concreta. Pero ruego se fijen en que el Padre Arrupe no pedía la supresión del apostolado de la educación en favor de la actividad social. Al contrario, afirmaba que “incluso un apostolado tan sinceramente querido por la Compañía y de cuya trascendencia nadie duda, como es la educación en sus distintos niveles, debe ser sometido a reflexión en su forma concreta actual a la luz de las exigencias del problema social”<sup>26</sup>.

Quizás la incomprensión o la resistencia de algunos de nosotros, los delegados, fue una de las razones por las que la CG 32 tomó finalmente una postura radical. Con una pasión tan inspiradora como desconcertante, la CG acuñó la fórmula “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”, y la utilizó inteligentemente para impulsar a que toda obra jesuita y todo jesuita en particular hiciera una opción que dejaba poca escapatoria a los de corazón cobarde. Muchos, dentro y fuera de la Compañía, se sintieron indignados con la “promoción de la justicia.” Como el Padre Arrupe percibió acertadamente, sus jesuitas estaban entrando, como colectivo, en un más duro camino de la cruz, que indefectiblemente llevaría consigo incomprensiones y hasta oposición de parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, de muchos buenos amigos y de algunos de nuestros propios compañeros. Hoy, veinticinco años más tarde, esta opción se ha convertido en elemento integrante de nuestra identidad jesuita, de la conciencia de nuestra misión y de nuestra imagen pública, tanto en la Iglesia como en la sociedad<sup>7</sup>.

La expresión resumen (“servicio de la fe y promoción de la justicia”) tiene todas las características de un eslogan con capacidad para conquistar el mundo, que usa un mínimo de palabras para inspirar una visión dinámica de

4 Sínodo Universal de Obispos 1971, “Justicia en el mundo”.

5 Pedro Arrupe, s.j., “Sobre el apostolado social en América Latina” (12 diciembre de 1966). Cf. Acta Romana XIV, 791.

6 *Ibid.*

7 Cf. Peter-Hans Kolvenbach s.j., “Sobre el apostolado social”, enero 2000, n. 3.

grandes dimensiones, pero con el peligro inherente de la ambigüedad. Examinemos primero el servicio de la fe, después la promoción de la justicia.

### A. El servicio de la fe

Desde nuestros orígenes en 1540, la Compañía recibió el encargo solemne y oficial de “la defensa y propagación de la fe”. En 1975 la Congregación reafirmó que, para nosotros jesuitas, la defensa y propagación de la fe es una cuestión de vida o muerte, aun cuando las mismas palabras puedan cambiar. Fiel al Concilio Vaticano, la Congregación quiso que nuestra predicación y enseñanza tuviese como meta, no hacer prosélitos ni imponer nuestra religión a otros, sino más bien presentar, con un espíritu de amor hacia todos, a Jesús y su mensaje del Reino de Dios.

Precisamente cuando el Vaticano había abandonado el nombre “Propaganda Fidei”, la CG 32, pasaba de la propagación al servicio de la fe. En el Decreto 4, la Congregación utilizó la expresión, que a mí me gusta más, de “proclamación de la fe”<sup>8</sup>. Sin embargo, en el contexto de siglos de espiritualidad jesuita, “el servicio de la fe” no puede significar otra cosa que llevar a nuestro mundo el don contracultural de Cristo<sup>9</sup>.

Pero ¿por qué “el servicio de la fe”? La misma Congregación responde a esta pregunta utilizando la expresión griega “*diakonia fidei*”<sup>10</sup>. Con ella se refiere a Cristo el Siervo sufriente que lleva a cabo su “*diakonia*” en un servicio total a su Padre hasta dar la vida por la salvación de todos. Por lo tanto, para un jesuita, “no sería adecuada una respuesta cualquiera a las necesidades de los hombres y mujeres de hoy. La iniciativa debe venir del Señor que labora en los acontecimientos y en las personas aquí y ahora. Dios nos invita a unirnos a Cristo en sus trabajos, con sus condiciones y a su manera”<sup>11</sup>.

Pienso que nosotros, los delegados de la CG 32, no éramos conscientes de las dimensiones teológicas y éticas de la misión de servicio propia de Cristo. Si hubiésemos prestado más atención a la “*diakonia fidei*”, quizá hubiésemos evitado algunos malentendidos provocados por la expresión “promoción de la justicia”.

8 “La evangelización es proclamación de la fe que actúa en el amor de los hombres (Gal 5,6; Ef 4,15): no puede realizarse verdaderamente sin promoción de la justicia”. (CG 32, D. 4, n. 28).

9 Cf. CG 34, D. 26, n. 5.

10 En castellano “servicio de la fe” [Nota de los traductores]. Por ejemplo, CG 32, D. 11, n. 13.

11 CG 34, D. 26, n. 8.

## B. La promoción de la justicia

Esta expresión es difícil de traducir a muchas lenguas. Los delegados estábamos familiarizados con el departamento de promoción de ventas de unos almacenes o con la promoción de amigos o enemigos a un puesto o cargo más elevado; pero no nos sonaba nada eso de promoción de la justicia. Para ser justos, hay que recordar que una Congregación General no es una academia científica bien dotada para distinguir y definir, para clarificar y clasificar. Frente a necesidades apostólicas radicalmente nuevas, optó por inspirar, enseñar y aun profetizar. En su deseo de ser más incisiva en la promoción de la justicia, la Congregación evitó términos tradicionales (como caridad, misericordia o amor), ya pasados de moda en 1975. Tampoco satisfacía filantropía, ni siquiera desarrollo. La Congregación prefirió utilizar la palabra “promoción” con su connotación de estrategia bien planificada para hacer al mundo justo.

Ya que San Ignacio quería que el amor se expresará no solo en palabras sino en hechos, la Congregación comprometió a la Compañía en la promoción de la justicia como una respuesta concreta, radical y adecuada a un mundo que sufría injustamente. Fomentar la virtud de la justicia en los individuos no bastaba. Sólo una justicia sustantiva podía producir los cambios de actitudes y de estructuras que se precisaban para eliminar las injusticias pecadoras y opresivas que son un escándalo contra la humanidad y contra Dios.

Esta clase de justicia requiere un compromiso orientado a la acción en favor del pobre desde una valiente opción personal. Esta expresión relativamente suave, “promoción de la justicia,” sonaba en los oídos de algunos a lenguaje revolucionario, subversivo e incluso violento. Por ejemplo, no hace mucho tiempo el Departamento de Estado Norteamericano acusó a algunos jesuitas colombianos de ser fundadores (con mentalidad marxista) de un movimiento guerrillero. Cuando se pidieron explicaciones al Gobierno americano, se limitó a excusarse por este error, lo que mostraba que algún mensaje de este tipo le había llegado.

Así como en la *diakonia fidei* la palabra fe no está definida, también queda ambiguo el término justicia al hablar de “promoción de la justicia”. La Congregación 32 no habría aprobado el Decreto 4 si la justicia socioeconómica hubiese sido excluida, pero tampoco si no se hubiera incluido la justicia del Evangelio. Una postura casi ideológica en favor de la justicia social y, simultáneamente, una opción fuerte por la “justicia evangélica que es como

un sacramento del amor y la misericordia de Dios”<sup>12</sup>, eran ambas indispensables. Al negarse a clarificar la relación entre las dos, la CG 32 mantuvo su radicalidad, limitándose a yuxtaponer “*diakonia fidei*” y “promoción de la justicia”.

En otros Decretos de la misma Congregación, cuando las dos dimensiones de la única misión de la Compañía se colocaban juntas, algunos delegados intentaron lograr una expresión más integrada, proponiendo enmiendas como el servicio de la fe a través de o en la promoción de la justicia. Expresiones así podían reflejar mejor la identificación que hacía el Sínodo de 1971 de “la acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio”<sup>13</sup>. Pero se puede comprender el temor de la Congregación de que un tratamiento demasiado preciso o matizado pudiera debilitar la llamada profética o aguar el cambio radical en nuestra misión.

Mirando hacia atrás, esta simple yuxtaposición llevó a veces a una lectura “truncada, parcial o desequilibrada” del Decreto 4<sup>14</sup>, subrayando unilateralmente “un aspecto de esta misión en detrimento de otro”<sup>15</sup>, considerando la fe y la justicia como alternativas o como rivales en el apostolado. “Dogmatismos o ideologías nos han llevado a veces a tratarnos más como adversarios que como compañeros. La promoción de la justicia ha quedado a veces separada de su auténtica fuente, la fe”<sup>16</sup>.

De un lado, la dimensión de fe se daba por supuesta y quedaba implícita, como si nuestra identidad de jesuitas fuese suficiente. Otros, en cambio, se lanzaron precipitadamente a la promoción de la justicia sin mucho análisis o reflexión y con referencias sólo ocasionales a la justicia del Evangelio. Estos parecían que relegaban el servicio de la fe a un pasado condenado a morir. Mientras tanto, aquéllos se aferraban a un cierto estilo de fe y de Iglesia: daban la impresión de que la gracia de Dios sólo tenía que ver con la vida futura y que la reconciliación divina no llevaba consigo ninguna obligación de poner en orden las cosas de aquí en la tierra.

---

12 CG 33, D.1, n. 32.

13 Sínodo Universal de Obispos 1971, “Justicia en el Mundo”.

14 Pedro Arrupe, s.j., *Arraigados y cimentados en la caridad* (6 febrero 1981), n. 67. Cf. *Acta Romana XVIII*, 465..

15 CG 33, D. 1, n. 33.

16 CG 34, D. 3, n. 2.

En este diagnóstico sincero he empleado, no tanto mis propias palabras como las de las Congregaciones siguientes, para compartir con Vds. el arrepentimiento de toda la Compañía por todas las deformaciones o excesos ocurridos y para mostrar cómo, a lo largo de los últimos veinticinco años, el Señor nos ha estado enseñando pacientemente a servir a la fe que obra la justicia de una manera más integrada.

### C. El ministerio de la educación

Inmersos en afirmaciones radicales e interpretaciones unilaterales a propósito del Decreto 4, muchos cuestionaron si debíamos continuar manteniendo grandes instituciones educativas. Insinuaban, si es que no afirmaban, que el trabajo social directo entre los pobres y el tomar parte en sus movimientos debía ser prioritario. Hoy día, sin embargo, el valor del apostolado de la educación es reconocido de forma generalizada, y es el sector al que se dedica mayor cantidad de jesuitas y de recursos de la Compañía, siempre con la condición de que transforme sus metas, contenidos y métodos.

Ya antes de la CG 32, el Padre Arrupe había perfilado el significado de la “*diakonia fidei*” en el apostolado de la educación cuando, en el Congreso Europeo de Antiguos Alumnos de 1973, dijo: “Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí mismos, sino para Dios y su Cristo, para aquel que por nosotros murió y resucitó; hombres para los demás, es decir, hombres que no conciban el amor a Dios sin amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa”<sup>17</sup>. El discurso de mi predecesor no fue bien recibido por muchos antiguos alumnos del encuentro de Valencia, pero la expresión “hombres y mujeres para los demás” ayudó realmente a que la instituciones educativas de la Compañía se planteasen cuestiones serias que les llevaron a su transformación<sup>18</sup>.

El P. Ignacio Ellacuría, en su discurso en 1982, en la Universidad de Santa Clara, expresó elocuentemente su convencimiento en favor de la promoción de la justicia en el apostolado de la educación:

Una universidad cristiana tiene que tener en cuenta la preferencia del evangelio por el pobre. Esto no significa que sean

17 Pedro Arrupe, s.j., Alocución al X Congreso de la Confederación Europea de Asociaciones de Antiguos Alumnos de Jesuitas, agosto 1973, en *Hombres para los demás*, Barcelona: Diafora, 1983, 159.

18 Cf. *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, Madrid: Comisión Nacional de Educación s.j., 1986.

los más pobres los que deban entrar a cursar sus estudios en la universidad, ni que la universidad deba dejar de cultivar toda aquella excelencia académica que se necesita para resolver los problemas reales que afectan a su contexto social. Significa más bien que la universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón<sup>19</sup>.

En estos dos testimonios, descubrimos la misma preocupación por ir más allá de un espiritualismo desencarnado o de un activismo social secularista, con el fin de renovar el apostolado de la educación, tanto con la palabra como con la acción, al servicio de la Iglesia en un mundo de increencia y de injusticia. Tenemos que estar muy agradecidos por todo lo que se ha hecho ya en este apostolado, conjugando la fidelidad a las características de 400 años de educación ignaciana y la apertura a los cambiantes signos de los tiempos. Hoy, una o dos generaciones después del Decreto 4, nos encontramos ante un mundo que tiene todavía más necesidad de la fe que obra la justicia.

## II. Una “composición” de nuestro tiempo y lugar

Los veinticinco años de historia que hemos vivido y que, brevemente, acabamos de repasar, nos han traído hasta el momento actual. Ignacio de Loyola empieza muchas meditaciones de los Ejercicios Espirituales con una “composición de lugar”, un ejercicio de imaginación para situar la oración de contemplación en circunstancias humanas concretas. Dado que este mundo es el lugar de la presencia y actividad de Dios, Ignacio piensa que podemos encontrar a Dios si nos acercamos al mundo con fe generosa y con un espíritu de discernimiento.

Encontrarse en Silicon Valley nos trae a la mente no sólo la convergencia de misión y microchip, sino también el dinamismo e incluso la posición hegemónica que caracterizan a los EEUU de hoy. En este país se ha concentrado mucho talento y una prosperidad sin precedentes, que engendran 64 nuevos millonarios cada día. Aquí se encuentran los cuarteles generales de la

---

19 Ignacio Ellacuría, s.j., “La tarea de una universidad católica”, Discurso en la Universidad de Santa Clara, 12 junio 1982 véase el texto en “Una universidad para el pueblo”, *Diakonia* n. 23 (agosto-octubre 1982) 81-88.



nueva economía que se extiende por todo el globo y está transformando los cimientos mismos de los negocios, del trabajo y de las comunicaciones. Miles de inmigrantes llegan de todas partes: empresarios de Europa, profesionales de tecnología punta del Asia Meridional, que se colocan en las empresas de servicios, pero también trabajadores de América Latina o del Sudeste Asiático que realizan el trabajo físico; en conjunto, una diversidad notable de razas, culturas y clases.

Al mismo tiempo, EE.UU. luchan con las nuevas divisiones sociales agravadas por la “frontera digital”, entre los que tienen acceso al mundo de la tecnología y los que se quedan fuera. Este abismo, causado por diferencias de clase, raciales y económicas, tiene su raíz última en las diferencias crónicas de la calidad de educación. Aquí en el Silicon Valley, por ejemplo, florecen algunas de las universidades más destacadas en el mundo de la investigación junto a escuelas públicas donde estudiantes afro-americanos e inmigrantes abandonan masivamente sus estudios. A escala nacional, uno de cada seis niños está condenado a la ignorancia y la pobreza.

Este valle, esta nación y el mundo entero son hoy muy distintos a lo que eran hace veinticinco años. Con la caída del comunismo y el fin de la guerra fría, las políticas nacionales y aun internacionales se han eclipsado ante un capitalismo emergente sin rival ideológico. La Unión Europea atrae lentamente a los que antaño fueron rivales en el continente hacia una comunidad que es, al mismo tiempo, fortaleza. El antiguo “segundo mundo” lucha para reparar el daño humano y ambiental que dejaron tras sí los llamados sistemas socialistas. Hay fábricas que se trasladan a naciones más pobres, no para distribuir riqueza y oportunidades, sino para explotar la ventaja relativa de bajos salarios y legislaciones medioambientales poco exigentes. Muchos países se hacen todavía más pobres, especialmente allí donde prevalece la corrupción y la explotación sobre la sociedad civil y donde continúan estallando conflictos violentos.

Esta composición de nuestro tiempo y lugar abarca a seis mil millones de personas con sus rostros jóvenes o viejos, unos naciendo y otros muriendo, unos blancos y muchos otros morenos, amarillos y negros<sup>20</sup>: todos ellos, cada uno desde su singularidad individual, aspirando a vivir la vida, a usar sus

---

20 Ver “Contemplación de la Encarnación”: Ignacio De Loyola, *Ejercicios Espirituales*, nn. 101-109.

talentos, a sostener a sus familias y cuidar de sus niños y ancianos, a disfrutar de la paz y la seguridad, y a construirse un mañana mejor.

Gracias a la ciencia y a la tecnología, la humanidad es hoy capaz de solucionar problemas tales como la alimentación de los hambrientos, la vivienda de los sin techo o el desarrollo de condiciones más justas de vida, pero se resiste tercamente a hacerlo. ¿Cómo es posible que una economía boyante, más próspera y globalizada que nunca, mantenga todavía a más de la mitad de la humanidad en la pobreza? La CG 32 hace con sobriedad su propio análisis y formula su juicio moral: “las desigualdades y las injusticias no pueden ya ser percibidas como el resultado de un cierta fatalidad natural: se las reconoce más bien como obra del hombre y de su egoísmo... a pesar de las posibilidades abiertas por la técnica se hace más claro que el hombre no está dispuesto a pagar el precio de una sociedad más justa y más humana”<sup>21</sup>.

La injusticia hunde sus raíces en un problema que es espiritual. Por eso su solución requiere una conversión espiritual del corazón de cada uno y una conversión cultural de toda la sociedad mundial, de tal manera que la humanidad, con todos los poderosos medios que tiene a su disposición, pueda ejercitar su voluntad de cambiar las estructuras de pecado que afligen a nuestro mundo. El Informe anual sobre el Desarrollo Humano de las Naciones Unidas es un reto recurrente a considerar críticamente las condiciones básicas de vida en EE.UU y en las 175 restantes naciones que comparten nuestro único planeta<sup>22</sup>.

Así es el mundo en toda su complejidad, con grandes promesas globales e innumerables y trágicas traiciones. Así es el mundo en el que las instituciones de educación superior de la Compañía están llamadas a servir a la fe y a promover la justicia.

### III. Educación superior jesuita en América a favor de la fe y la justicia

Dentro del contexto complejo de tiempo y espacio en el cual estamos y a la luz de las últimas Congregaciones Generales quiero desarrollar algunas características ideales tal como se presentan en tres dimensiones complementarias de la educación universitaria de la Compañía: qué llegan

21 CG 32, D. 4, nn. 27, 20.

22 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Informe sobre el desarrollo humano, anual desde 1990.

a ser nuestros estudiantes, qué hacen nuestros profesores, y cuál es el modo de proceder de nuestras universidades. Cuando hable de ideales, algunos de ellos pueden ser fáciles de alcanzar, mientras que otros se mantienen como un reto permanente: pero unos y otros sirven para orientar nuestras instituciones universitarias y, a la larga, para dotarlas de identidad. Al mismo tiempo los provinciales de EE.UU han constituido recientemente un importante Comité para la Educación Superior encargado de proponer criterios para la contratación de personal, para el liderazgo y para el patrocinio de la Compañía en nuestras Universidades y Centros de Estudios Superiores<sup>23</sup>. Ojalá que estos criterios ayuden a llevar a la práctica las características ideales sobre las que ahora vamos a reflexionar juntos.

### *A. Formación y aprendizaje*

La ideología que predomina hoy reduce el mundo humano a una jungla globalizada, cuya ley primordial es la supervivencia de los más preparados. Los estudiantes que comparten esta visión desean verse equipados a la última en lo profesional y en lo técnico para poder competir así en el mercado y asegurarse uno de los relativamente escasos y disponibles puestos de trabajo que puedan satisfacer sus aspiraciones y resultarles lucrativos. Este es el éxito que esperan muchos estudiantes (¡y padres!).

Todas las universidades americanas, incluidas las nuestras, están sometidas a una presión tremenda para optar decididamente por un éxito así entendido. Ahora bien, lo que nuestros estudiantes desean (y merecen) comprende este “éxito mundano” que gira sobre las habilidades propias del mercado, pero va más allá. El criterio real de evaluación de nuestras universidades jesuitas radica en lo que nuestros estudiantes lleguen a ser.

Durante 450 años, la educación jesuita ha buscado educar “a toda la persona”, a la “persona completa”, tanto intelectual y profesionalmente, como psicológica, moral y espiritualmente. Pero en este mundo globalizado emergente, con sus inmensas posibilidades y sus profundas contradicciones, la “persona completa” se entiende de modo diferente a como se entendía en la contrarreforma, en la revolución industrial o en el siglo XX. Y la “persona completa” del mañana no podrá ser “completa” sin una conciencia instruida de la sociedad y de la cultura, con la que contribuir generosamente en el mundo

23 En febrero de 2000, la Conferencia Jesuita (EE.UU) formó una Comisión para la Educación Superior de cinco personas que preparasen propuestas con respecto: 1) patrocinio por parte de la Compañía de Jesús de EE.UU de centros universitarios; 2) destino de personal a esas instituciones; 3) selección de Presidentes para estas instituciones (especialmente de presidentes no jesuitas).

tal cual es. La “persona completa” del mañana debe tener, por resumirlo, una solidaridad bien informada.

Por esta razón debemos elevar nuestro nivel educativo jesuita hasta “educar a la persona completa en la solidaridad para con el mundo real”. La solidaridad se aprende a través del “contacto” más que de “nociones”, como nos recordaba recientemente el Santo Padre en un mensaje a una universidad italiana<sup>24</sup>. Cuando la experiencia directa toca al corazón, la mente se puede sentir desafiada a cambiar. La implicación personal en el sufrimiento inocente, en la injusticia que otros sufren, es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y a la reflexión moral.

Los estudiantes a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos. La pastoral universitaria tiene mucho que hacer para fomentar tal compasión inteligente, responsable y activa, que es la única compasión que merece el nombre de solidaridad.

Nuestras universidades se glorían también de una espléndida variedad de programas de actividades complementarias en las que el estudiante presta un servicio, de programas de extensión y de inserción, de contactos más allá del campus y de cursos prácticos. Todo esto no debería ser sólo algo opcional o periférico, sino quedar incluido en el núcleo mismo del programa de estudios de toda universidad de la Compañía.

Nuestros estudiantes se implican en todo tipo de acción social (ayuda a los que fracasan en la escuela, la manifestación en Seattle, servicio en comedores para pobres, promoción del derecho a la vida, protestas contra la Escuela de las Américas), y de todo ello nos sentimos orgullosos. Pero el auténtico criterio para evaluar las universidades de la Compañía no es lo que nuestros estudiantes hagan, sino lo que acaben siendo y la responsabilidad cristiana adulta con la cual trabajen en el futuro en favor de sus prójimos y de su mundo. Las actividades en las cuales se comprometen en el presente, por muy buenos que sean sus efectos, serán siempre actividades para su formación. Esto no convierte a una universidad en un campo de entrenamiento para activistas sociales. Más bien lo que los estudiantes necesitan ahora es

---

24 Juan Pablo II, Mensaje a la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Milán, 5 mayo de 2000, n. 9.

un compromiso cercano con el pobre y el marginado, para aprender de la realidad y llegar a ser un día adultos en solidaridad.

### **B. Investigación y enseñanza**

Si el criterio de evaluación y el proyecto de nuestras universidades radica en lo que lleguen a ser sus estudiantes, es claro que el profesorado está en el corazón de dichas instituciones. Su misión es buscar incansablemente la verdad y hacer de cada estudiante una persona completa y solidaria para tomar sobre sí la responsabilidad del mundo real. ¿Qué es lo que los profesores necesitan para realizar esta vocación esencial?

La investigación realizada por el profesorado, que “debe ser rigurosa en su racionalidad, firmemente enraizada en la fe y abierta al diálogo con todos los hombres de buena voluntad”<sup>25</sup>, no sólo ha de atenerse a los cánones de cada disciplina, sino adentrarse en lo más profundo de la realidad humana, para ayudar a hacer del mundo un lugar más habitable para los 6.000 millones que vivimos en él. Quiero dejar claro que todo el conocimiento que se adquiere en la universidad es valioso en sí mismo, pero es además un conocimiento que tiene que preguntarse a sí mismo, “en favor de quién y en favor de qué” está<sup>26</sup>.

Normalmente solemos hablar de los profesores en plural, pero lo que está en juego es más que la suma de los compromisos y esfuerzos personales de muchos individuos: es un diálogo interdisciplinar sostenido de investigación y reflexión, un continuo poner en común los conocimientos de todos. Su intención es asimilar las experiencias y las intuiciones de las diferentes disciplinas en “una visión del conocimiento que, muy consciente de sus limitaciones, no se satisfaga con los fragmentos, sino que intente integrarlos dentro de una síntesis sabia y verdadera”<sup>27</sup> de la realidad de nuestro mundo. Desgraciadamente muchos profesores no se sienten todavía, académica, humana y, me atrevería a decir, espiritualmente, preparados para un intercambio de tal envergadura.

En algunas disciplinas, como las ciencias del hombre, las ciencias sociales, el derecho, la economía o la medicina, las conexiones con “nuestro tiempo y lugar” pueden parecer más obvias. Sus profesores aplican su especialización en tales materias a temas de justicia e injusticia cuando investigan o

---

25 *Ibid.* n. 7.

26 Cf. CG 34, D. 17, n. 6.

27 Juan Pablo II *Lc.*, n. 5.

enseñan sobre la asistencia médica, la asistencia legal, la política pública y las relaciones internacionales. Pero cada campo o rama del saber tiene valores que defender, tiene repercusiones éticas. Cada disciplina, más allá de su necesaria especialización, tiene que comprometerse de forma adecuada con la sociedad, con la vida humana, con el ambiente, teniendo siempre como preocupación moral de fondo cómo deberían ser los hombres para poder vivir juntos.

Todos los profesores, a pesar del cliché de torre de marfil, están en contacto con el mundo. Pero ningún punto de vista es neutro o prescinde de los valores. En nuestro caso de jesuitas, el punto de vista, por preferencia y por opción, es el de los pobres. Por eso el compromiso de nuestros profesores con la fe y la justicia conlleva un desplazamiento significativo del punto de vista y de los valores elegidos. Al adoptar la perspectiva de las víctimas de la injusticia, nuestros profesores buscan la verdad y comparten esa búsqueda y sus resultados con nuestros estudiantes. Una pregunta legítima para cada uno de los profesores, aunque no resulte académica, sería: “cuando investigo y enseño, ¿dónde y con quién está mi corazón?”. Esperar que nuestros profesores hagan una opción tan explícita y hablen sobre ella, no es nada fácil y tiene sus riesgos. Pero estoy firmemente convencido de que esto es lo que los educadores jesuitas han proclamado públicamente, tanto en la Iglesia como en la sociedad, como el compromiso que nos identifica.

Para asegurar que las necesidades reales de los pobres encuentran su sitio en la investigación, los profesores precisan de una colaboración orgánica con aquellos que, en la Iglesia y en la sociedad, trabajan entre los pobres y en favor de ellos, buscando activamente la justicia. Deberían implicarse con ellos en todos los aspectos: presencia entre los pobres, diseño de la investigación, recogida de datos, profundización en los problemas, planificación y acción, ejecución de la evaluación y reflexión teológica. En cada Provincia de la Compañía donde existen universidades nuestras, habría que dar prioridad a las relaciones de trabajo del profesorado con los proyectos del apostolado social jesuita (en temas como pobreza y exclusión, vivienda, SIDA, ecología y deuda del Tercer Mundo) y con el Servicio Jesuita de Refugiados (JRS), que ayuda a los refugiados y a los desplazados por la fuerza.

Del mismo modo que los estudiantes tienen necesidad del pobre para aprender, los profesores necesitan compartir con el apostolado social para investigar, enseñar y formar. Tales lazos no convierten a las universidades de la Compañía en sucursales de los ministerios sociales o en instancias de cambio social, como cierta retórica del pasado llevó a algunos a temer. Son, más bien,

como una garantía verificable de la opción del profesorado y una ayuda real para, como se dice coloquialmente, “¡estar siempre en la brecha!”.

Si los profesores adoptan perspectivas incompatibles con la justicia del Evangelio y consideran que la investigación, la docencia y el aprendizaje pueden ser separadas de la responsabilidad moral y de sus repercusiones sociales, están transmitiendo un mensaje a sus estudiantes: les están diciendo que pueden desarrollar sus profesiones y sus propios intereses sin referencia alguna a ningún “otro” fuera de ellos mismos.

Por el contrario, cuando los profesores optan por el diálogo interdisciplinar y por la investigación socialmente comprometida en colaboración con las plataformas del apostolado social, están ejemplificando y modelando un tipo de conocimiento que es servicio. Y eso es lo que aprenden los estudiantes imitándolos en cuanto “maestros de vida y de compromiso moral”<sup>28</sup>, como dijo el Santo Padre.

### C. Nuestro modo de proceder

Si el auténtico criterio de evaluación de nuestras universidades consiste en lo que los estudiantes lleguen a ser, y si el profesorado es el corazón de todo ello, ¿qué nos queda por decir? Quizá sea este tercer punto, el carácter de nuestras universidades (cómo funcionan internamente y qué impacto tienen en la sociedad) el más difícil.

Nos hemos detenido ya en la importancia de la formación y del aprendizaje, de la investigación y de la enseñanza. La acción social que emprenden los estudiantes y el trabajo relevante desde el punto de vista social que los profesores realizan, son vitalmente importantes y necesarios, pero no dan cuenta cabal del carácter de una universidad de la Compañía, ni agotan su compromiso con la fe y la justicia, ni cumplen del todo con sus responsabilidades para con la sociedad.

¿Qué es pues lo que constituye este carácter ideal? ¿Y qué es lo que contribuye a su percepción pública? Tratándose de la universidad de la Compañía, este carácter tiene que ser la misión, que ha sido definida por la CG 32 y reafirmada por la CG 34: la *diakonia fidei* y la promoción de la justicia como el modo de proceder y de servir a la sociedad característicos de una universidad de la Compañía.

<sup>28</sup> Juan Pablo II, Discurso a la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Roma, 28 junio 1984, n. 4.

En palabras de la CG 34, una universidad de la Compañía tiene que ser fiel, al mismo tiempo al sustantivo “universidad” y al adjetivo “jesuita”. Por ser universidad se le pide dedicación a “la investigación, a la enseñanza y a los diversos servicios derivados de su misión cultural.” El adjetivo “jesuita” “requiere de la universidad armonía con las exigencias del servicio de la fe y promoción de la justicia establecidas por la CG 32, Decreto 4”<sup>29</sup>.

El primer modo en el que históricamente empezaron nuestras universidades a llevar a cabo su compromiso con la fe y la justicia fue a través de sus políticas de admisión, de su acción de apoyo a las minorías y de sus becas para estudiantes en desventaja<sup>30</sup>. Todos estos siguen siendo instrumentos eficaces. Una expresión todavía más elocuente de la naturaleza de la universidad de la Compañía radica en las políticas de contratación y nombramiento de profesores. Como universidad, es necesario que respete las normas establecidas en lo académico, en lo profesional y en lo laboral; pero, como jesuita, le es esencial ir más allá de ellas y encontrar los modos de atraer, contratar y promover a aquellos que comparten activamente la misión.

Pienso que hemos hecho esfuerzos considerables y laudables para profundizar e ir más allá en lo jesuítico: hemos tratado de incidir con nuestra espiritualidad ignaciana, nuestra capacidad de reflexionar y nuestros recursos internacionales. Algunos buenos resultados son evidentes, como por ejemplo el decreto “La Compañía y la vida universitaria” de la última CG, y esta misma Conferencia sobre “el compromiso con la justicia en la educación superior de la Compañía”; y se pueden esperar también buenos resultados de la Comisión mencionada que está trabajando sobre los criterios de la Compañía en la educación superior.

Parafraseando a Ignacio Ellacuría, pertenece a la naturaleza de toda universidad ser una fuerza social, y es nuestra particular vocación como universidad de la Compañía asumir conscientemente esa responsabilidad para convertirnos en una fuerza en favor de la fe y de la justicia. Todo centro jesuita de enseñanza superior está llamado a vivir dentro de una realidad social (la que vimos en la “composición” de nuestro tiempo y lugar) y a vivir para tal realidad social, a iluminarla con la inteligencia universitaria, a emplear todo el peso de la universidad para transformarla<sup>31</sup>. Así pues, las universidades de la Compañía tienen razones más fuertes y distintas a las de otras instituciones

29 CG 34, D. 17, nn. 6, 7.

30 “[Las universidades] sirven como cauces singulares para el progreso social de las clases pobres” (CG 34, D. 17, n. 2).

31 “La Universidad es una realidad social y una fuerza social, marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que vive y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive y para la que debe vivir”. I. Ellacuría, l.c.



académicas o de investigación para dirigirse al mundo actual, tan instalado en la injusticia, y para ayudar a rehacerlo a la luz del Evangelio.

#### IV. Para concluir, una agenda

El veinticinco aniversario de la CG 32 es motivo de grande agradecimiento.

Damos gracias por la conciencia que tenemos, como universidad de la Compañía, del mundo en su totalidad y en su profundidad última: creado y sin embargo expoliado, pecador y sin embargo redimido. Asumimos nuestra responsabilidad de universidad de la Compañía para con una sociedad tan escandalosamente injusta, tan compleja de entender y tan resistente al cambio. Con la ayuda de otros, especialmente de los pobres, queremos desempeñar nuestro papel en la sociedad como estudiantes, como profesores e investigadores, como universidad de la Compañía.

En cuanto educación jesuita superior hacemos nuestras las nuevas maneras de aprender y de ser formados en la búsqueda de una solidaridad adulta, los nuevos métodos de investigación y de enseñanza dentro de una comunidad académica de diálogo, y una nueva manera universitaria de practicar la fe y la justicia en la sociedad.

Al asumir nuestras características de universidad de la Compañía en este nuevo siglo, lo hacemos con seriedad y esperanza. Porque esta misma misión ha producido mártires que muestran cómo “una institución de enseñanza superior y de investigación puede convertirse en un instrumento de justicia en nombre del Evangelio”<sup>32</sup>. Pero llevar a cabo el decreto 4 no es algo que una universidad de la Compañía pueda hacerlo de una vez por todas. Es más bien un ideal a mantener asumiéndolo y trabajándolo, un conjunto de características a mantener profundizándolas y llevándolas a la práctica, una conversión a mantener la oración.

El Papa Juan Pablo II en la Ex Corde Ecclesiae encomienda a las universidades católicas, con una agenda que nos reta en la enseñanza, en la investigación y en el servicio: “la dignidad de la vida humana, la promoción de justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento

32 Peter-Hans Kolvenbach, s.j., Discurso “*de statu Societatis*” a la Congregación de Provinciales (20 septiembre de 1990), Acta Romana XX, 452.

económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional”<sup>33</sup>. Todas estas son, al mismo tiempo, ideales muy altos y tareas concretas. Animo a nuestros centros universitarios jesuitas a que las asuman con una comprensión crítica y con un profundo convencimiento, con una fe ardiente y con mucha esperanza en estos primeros años del nuevo siglo.

Las bellas palabras de la CG 32 nos muestran un largo sendero a seguir: “el camino hacia la fe y hacia la justicia son inseparables. Y es por este camino único, por este camino empinado por el que la Iglesia peregrina” (la Compañía de Jesús, la Universidad y el Centro de Estudios Superiores de la Compañía) “tiene que marchar afanosamente. Fe y justicia son inseparables en el Evangelio que enseña que ‘la fe hace sentir su poder a través del amor’<sup>34</sup>. No pueden, pues, estar separadas en nuestro proyecto, en nuestra acción y en nuestra vida”<sup>35</sup>. Para la mayor gloria de Dios.

Muchísimas gracias.

6 octubre de 2000.

*Nota aclaratoria:* las veintiocho universidades y centros de estudios Superiores de la Compañía de Jesús en los Estados Unidos celebraron una Conferencia sobre “El compromiso por la justicia en la educación superior de la Compañía”, 5-8 octubre 2000, en la Universidad de Santa Clara (California) para conmemorar el 25º aniversario del Decreto 4 de la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús, y reflexionar sobre su impacto en el apostolado universitario de la Compañía en Estados Unidos.

Los 420 participantes, incluyendo muchos altos dirigentes, adoptaron el discurso del Padre General como la base sobre la que planificar la educación para la justicia en cada centro universitario. La expresión “Universidades y centros de estudios superiores de la compañía” se emplea para traducir el inglés “*Jesuit Colleges and Universities*”.

---

33 Ex Corde Ecclesiae, 15 agosto de 1990, n 32.

34 Gal 5,6.

35 CG 32, D. 2, n. 8



# **LA UNIVERSIDAD DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS A LA LUZ DEL CARISMA IGNACIANO (2001)**

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*

## *Introducción*

Tengo mucho gusto en saludarles a todos Uds., jesuitas, laicos y laicas responsables de la educación superior de la Compañía en todo el mundo, y darles la bienvenida a Roma. Les agradezco que, en medio de sus ocupaciones, hayan encontrado Uds. tiempo para acudir a este encuentro. Quiero expresarles mi aprecio por su compromiso y entrega, al servicio de la misión de la Compañía en el campo de la educación en sus diferentes países.

La última vez que me dirigí a una asamblea como ésta fue en Frascati, en 1985. En apenas dieciséis años, han ocurrido acontecimientos que han cambiado la faz del mundo. Las universidades de la Compañía han desarrollado durante este periodo una profunda reflexión y han emprendido acciones para responder a los desafíos de los tiempos nuevos. Esta reunión en Roma, es una nueva oportunidad de contacto entre el cuerpo y la cabeza de la Compañía, para discernir los signos de los tiempos y tratar de descubrir juntos lo que el Señor quiere de nosotros.

Quisiera en esta alocución glosar los temas que Uds. han escogido para este encuentro, desde la perspectiva del carisma fundacional de Ignacio de Loyola, y aportar algunos elementos que les puedan ayudar en su proceso de reflexión. Me doy cuenta que representan Uds. instituciones de muy diversas características. Por lo mismo, al referirme indistintamente a las universidades

o a la educación superior, cada cual verá de hacer las debidas aplicaciones a su situación particular.

## 1. Un ministerio instruido

### *La opción de la Compañía por la educación*

Los lazos que unen a la Compañía de Jesús con el mundo universitario datan del tiempo en que Ignacio y los primeros compañeros se encontraron en la Universidad de París. Allí fue donde Ignacio reclutó a sus primeros seguidores, estudiantes laicos en su inmensa mayoría. Sin embargo, inicialmente la universidad no fue considerada por los jesuitas como especial instrumento de apostolado. El compromiso activo con la educación en vida de Ignacio, en particular con la educación superior y con la educación de los externos, es mucho más tardío.

Es necesario remontarnos al carisma fundacional de Ignacio para entender cabalmente la evolución de la Compañía en su compromiso educativo, y para reencontrar el sentido de la educación jesuítica hoy. Pero en vano buscaríamos este carisma en la persona misma de Ignacio. Su educación se realiza fuera de la universidad. Es un noble de espada, no de pluma. Después de la derrota militar de Pamplona, el Señor entra en su existencia de enfermo “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño” –dirá Ignacio más tarde–, es decir, enseñándole<sup>1</sup>. Luego de esta experiencia mística, siguen tres años de anti-cultura humana, hasta una nueva derrota: su proyecto apostólico de seguir los pasos de Jesús en Palestina fracasa, a pesar de estar convencido de que el Señor lo quería en Tierra Santa. Sin saber qué hacer, en Barcelona se deja guiar por su inclinación a “estudiar algún tiempo”<sup>2</sup>. Mirando de qué lado se inclina la razón, se deja llevar por la moción más fuerte de la razón más que por una moción de los sentidos<sup>3</sup>, y comienza a frecuentar las universidades –Alcalá, Salamanca, París– para protegerse también de la Inquisición, que desconfiaba de los movimientos carismáticos pero reconocía la importancia social de un diploma universitario.

---

1 Autob. 27.

2 Autob. 50.

3 EE 182.

La Compañía nace en un medio universitario, pero no para fundar universidades y colegios. Las Constituciones de 1541 imponen todavía una prohibición: “no estudios ni lecciones en la Compañía”<sup>4</sup>. Para la formación y educación de los jesuitas, la Compañía al principio se contenta con aprovechar pasivamente las estructuras universitarias existentes, como en Coimbra y en Padua, en Lovaina y en Colonia. Sólo en 1548, ocho años antes de la muerte de Ignacio, el compromiso se convierte de pasivo en activo, más aún, ultra activo. Al ritmo a veces de cuatro o cinco colegios nuevos por año, con frecuencia sin la preparación académica, profesional y financiera indispensables, la Compañía funda instituciones educativas tanto para la formación de los estudiantes jesuitas como incluso para la educación de los “externos”.

Los “presbíteros de Cristo libremente pobres”, como son reconocidos los primeros compañeros<sup>5</sup>, habían optado por un ministerio “letrado”. La razón por que la Compañía abraza colegios y universidades es para “procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor”<sup>6</sup>. Ignacio intuyó el formidable potencial apostólico que encerraba la educación, y no vaciló en privilegiarlo de hecho sobre los otros “consuetos ministerios”. La Compañía de los últimos años de Ignacio había dado un nuevo cambio radical. A la muerte de Ignacio, pasan de 30 los “colegios” estables de la Compañía, mientras que las casas profesas, concebidas como el clásico domicilio de la Compañía itinerante, no son más que dos. Manifiestamente, la Compañía había tomado “otra vía”<sup>7</sup>.

Tantos cambios de rumbo en pocos años ¿no habían desfigurado la imagen inicial de una Compañía peregrina y pobre? Una vez más, es preciso remitirnos al carisma fundacional. Si Ignacio introdujo el nuevo ministerio de la enseñanza en su proyecto apostólico, fue “impulsado por el deseo de servir” a su Divina Majestad<sup>8</sup>, como una nueva “oblación de mayor estima y momento”<sup>9</sup>. El compromiso de la Compañía con lo que hoy llamamos el “apostolado intelectual” fue una consecuencia del MAGIS; el resultado de la búsqueda de un mayor servicio apostólico a través de la inserción en el mundo de la cultura.

---

4 MI Const. I, 47.

5 Cf. Bula de aprobación, 1540.

6 Const. [307].

7 Const. [308].

8 Const. [540].

9 EE 97.

La opción por un ministerio instruido y la incursión de la Compañía en el terreno de la educación, cambió de hecho la faz de la primitiva Compañía. La pobreza, la gratuidad de los ministerios, la movilidad apostólica, el destino del personal, el gobierno mismo de la Compañía se vieron afectados al entrar la Compañía en la educación, y al entrar la educación en la Compañía. Para algunos, la Compañía se aventuró en un terreno minado. Gioseffo Cortesono, Rector del Colegio Germánico en Roma de 1564 a 1569, escribía con toda franqueza: “tomar tantos colegios es la ruina de la Compañía”<sup>10</sup>. Pero lo que llevó a la Compañía a este terreno, y la mantiene en él, fue y sigue siendo puramente el deseo de la “mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor y bien universal, que es el solo fin que en ésta y todas las otras cosas se pretende”<sup>11</sup>. Para la Compañía no hay disyuntiva entre Dios o el mundo, por muy minado que éste parezca. El encuentro con Dios se realiza siempre *en* el mundo, para llevar al mundo a ser plenamente *en* Dios<sup>12</sup>.

### *Los objetivos de la educación superior*

Si nos preguntamos ahora por qué la Compañía entró en el terreno de la educación superior, la razón no la encontraremos directamente en la persona de Ignacio sino en su misión, en su disponibilidad apostólica para asumir cualquier ministerio que exija la misión. Habrá que esperar hasta fines del siglo XVI, para que, después de una prolija encuesta, el jesuita español Diego de Ledesma nos presente las cuatro razones por las que la Compañía se dedica a la educación superior<sup>13</sup>. Llama la atención encontrar hoy en las declaraciones de misión o en las cartas institucionales de muchas universidades de la Compañía, las mismas características enumeradas por Ledesma hace 400 años, actualizadas de acuerdo con la situación y el modo de pensar de nuestros tiempos, y traducidas a un lenguaje moderno. Tomemos las razones de Ledesma y comparémoslas con la declaración de un *college* de los EE.UU., publicada en noviembre de 1998.

El primer motivo de Ledesma es “facilitar a los estudiantes los medios que necesitan para desenvolverse en la vida”. Cuatro siglos más tarde, se expresa de la siguiente manera: “la educación jesuita es eminentemente práctica, y pretende proporcionar a los estudiantes el conocimiento y las destrezas necesarias para sobresalir en cualquier terreno que escojan”. Con otras

10 M Paed. II, 870. Cf. John W. O'Malley, *Los primeros jesuitas* (Mensajero-Sal Terrae, Ma\*/880\*/7, 1993), 281.

11 Const. [508].

12 CG 34, d.4, 7.

13 M Paed. II, 528-529.

palabras, la excelencia académica. La segunda razón que propone Ledesma es el “contribuir al recto gobierno de los asuntos públicos”. Esta breve frase se convierte en 1998 en lo siguiente: “la educación jesuita no es meramente práctica, sino que dice relación con la cuestión de los valores, educando hombres y mujeres para que lleguen a ser buenos ciudadanos y buenos dirigentes, preocupados por el bien común y capaces de poner su educación al servicio de la fe y la promoción de la justicia”.

Con un lenguaje barroco, Ledesma formula la tercera dimensión de la educación superior de la Compañía: “dar ornato, esplendor y perfección a la naturaleza racional del ser humano”. De manera más sobria, pero en la misma línea, el *College* americano declara: “la educación jesuita enaltece las enormes potencialidades y los logros del intelecto humano, y afirma su confianza en la razón, no como opuesta a la fe sino como su complemento necesario”. Por último, Ledesma subraya cómo toda la educación superior se encamina hacia Dios, como “baluarte de la religión que conduce al hombre con más facilidad y seguridad al cumplimiento de su último fin”. Con un lenguaje un poco más inclusivo y una actitud más dialogal, la versión moderna de esta declaración sostiene: “la educación jesuita enfoca claramente todo su quehacer en la perspectiva cristiana de la persona humana como criatura de Dios, cuyo último destino está más allá de lo humano”.

Ignacio y los primeros jesuitas vieron en las letras y en las ciencias un medio para servir a las almas. Con mentalidad moderna, en la que ciencia y fe parecen discurrir por vías paralelas, tal actitud puede parecernos hoy no respetar la esencia de una universidad y la metodología propia de la investigación académica. Lejos de nosotros el pretender convertir la universidad en un mero instrumento para la evangelización, o peor aún, para el proselitismo. La universidad tiene sus propias finalidades que no pueden ser subordinadas a otros objetivos. Es preciso respetar la autonomía institucional, la libertad académica, y salvaguardar los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común<sup>14</sup>. Pero una universidad de la Compañía persigue otros objetivos, más allá de los objetivos obvios de la misma institución. En una universidad católica, o de inspiración cristiana, bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús, no existe –no puede existir– incompatibilidad entre las finalidades propias de la universidad, y la inspiración cristiana e ignaciana que debe caracterizar a toda institución apostólica de la Compañía. Creer lo contrario, o actuar en la práctica como

14 Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (1990), 12.



si hubiera que optar entre o ser universidad, o ser de la Compañía, sería caer en un reduccionismo lamentable.

En un mundo en que en unas regiones la secularización y la descristianización ganan cada vez más terreno, mientras en otras el cristianismo es prácticamente irrelevante, el tema de la identidad de nuestras universidades y de la visibilidad de tal identidad ha saltado a primer plano. Puedo decir que nunca como en estos últimos años las universidades de la Compañía han mostrado tanta preocupación por profundizar y poner de manifiesto su identidad católica, cristiana, jesuítica o ignaciana, según los casos. De acuerdo con el propio contexto cultural y eclesial, esta preocupación se vive en algunos lugares sin especial dificultad, mientras en otras no han faltado tensiones y malentendidos. Con “fidelidad creativa” al carisma de Ignacio y a la misión de la Compañía, estoy seguro de que la educación superior de la Compañía sabrá encontrar caminos para superar las tensiones y continuar “señalándose” en su servicio a la Iglesia y al mundo.

Caeríamos en el anacronismo histórico si entendiéramos hoy el “estudio” y la “ayuda de las almas” literalmente como los entendieron Ignacio y los primeros compañeros. Sin embargo, en continuidad con el carisma ignaciano, es necesario preguntarse cómo hacer hoy realidad y mantener el equilibrio entre la dimensión académica y la dimensión apostólica de toda institución de educación superior de la Compañía. En una transposición moderna de la problemática de tiempos pasados, hoy nos cuestionamos cómo respetar el sustantivo “universidad” y el adjetivo “católico”, “cristiano” o “ignaciano” de nuestras instituciones; cómo reconocer la autonomía de las realidades terrestres y, a la vez, la referencia de todas las cosas al Creador; cómo compaginar el “servicio de la fe” con la “promoción de la justicia”; cómo volar en la búsqueda de la verdad con las dos alas de la fe y de la razón.

### *El compromiso de la Compañía con el trabajo intelectual*

Señalemos a continuación algunos rasgos específicos de la concepción de Ignacio sobre la educación superior. Ignacio cayó muy pronto en la cuenta de la necesidad de aprender y enseñar. Progresivamente, los jesuitas se sintieron llamados a un “ministerio letrado”, asumiendo la tensión creativa de depender totalmente de la gracia divina, y servirse al propio tiempo de todos los medios humanos posibles, como la ciencia, el arte, la investigación y la vida intelectual.

Con sus luces y sus sombras, la historia de la Compañía tiene una larga trayectoria en el trabajo intelectual, a través de la docencia y la investigación. Esta tradición parecería, según algunos, estar viniendo a menos. Varios de los documentos preparatorios a esta reunión reclaman una toma de posición más resuelta y la adopción de una política clara de parte de la Compañía con respecto al apostolado intelectual. La CG 34 resultó elusiva y decepcionante para muchos, que piensan que se escamoteó el tema del apostolado intelectual y que la CG se limitó a generalidades sobre la “dimensión intelectual del apostolado de la Compañía”<sup>15</sup>.

No son los documentos los que van a vigorizar el trabajo intelectual. Pero no estará de más recordar que ya la CG 31 (1965) subrayó la importancia de este apostolado, insistió en la necesidad de preparar personal competente y pidió que se dieran facilidades a quienes trabajan en instituciones de la Compañía, o en otras universidades e instituciones científicas ajenas a la Compañía<sup>16</sup>.

La CG 32 (1975), que para algunos pareció significar un cuestionamiento del apostolado universitario en aras del activismo social, en realidad insistió en el rigor científico de la investigación social, y en la necesidad de consagrarse al estudio austero y profundo requerido para la comprensión de los problemas contemporáneos<sup>17</sup>. La CG 33 (1983) volvió a recalcar la importancia del apostolado social y de la investigación, recomendando una mayor relación entre el campo intelectual, el pastoral y el social<sup>18</sup>. La tensión y el malestar duraron muchos años, agravado por una desafección de los jóvenes con respecto a la educación. Esta situación, en general, parece hoy haberse revertido, aunque la disminución del reclutamiento jesuítico y la edad de los jesuitas en algunos países plantean un serio problema a mediano plazo.

Después de mi alocución en la Universidad de Santa Clara en octubre pasado, espero haya quedado bien claro que no es legítimo hacer una lectura truncada, parcial o desequilibrada del decreto sobre la fe y la justicia. El tema debe enmarcarse en una visión comprensiva de la misión de la Compañía, como la que propone la CG 34 en sus decretos sobre la misión<sup>19</sup>. El carácter propio de una universidad de la Compañía viene dado por la misión: “la *diako-*

---

15 CG 34, d. 16.

16 CG 31, d. 29.

17 CG 32, d. 4, 35, 44.

18 CG 33, d. 1, 44.

19 CG 34, dd. 3, 4, 5.

nia *fidei* y la promoción de la justicia como el modo de proceder y de servir a la sociedad, característicos de una universidad de la Compañía<sup>20</sup>.

Oleadas de agudo intelectualismo o de acerbo anti-intelectualismo han invadido periódicamente a la Compañía desde sus primeros días, y siguen rebrotando en nuestros tiempos. Tal vez en nuestros días la tentación de la eficiencia a corto plazo, la búsqueda de resultados rápidos estén amenazando más que en otros tiempos al compromiso de la Compañía con un trabajo intelectual profundo.

La calidad del servicio apostólico que preste la Compañía dependerá en gran medida de su rigor académico y del nivel de su investigación intelectual. No todos los jesuitas estarán llamados a trabajar en el apostolado intelectual, pero sí están llamados a un trabajo competente y profundo en cualquier campo apostólico, incluido el pastoral y el social. La disponibilidad para rendir este tipo de servicio sigue siendo un criterio de vocación a la Compañía<sup>21</sup>. El trabajo, con frecuencia arduo y solitario, de un estudioso jesuita, es ya para Ignacio una forma de apostolado<sup>22</sup>. Es necesaria, sin ambages, una vigorosa formación espiritual e intelectual de nuestros jóvenes, como es necesaria la formación permanente de todo jesuita<sup>23</sup>.

La Compañía, por lo tanto, sigue considerando el apostolado intelectual en la línea de su misión como de capital importancia. En un mundo a la vez tan globalizado y diversificado, no hay que esperar que la Compañía dé normas universalmente válidas para todos los contextos. El criterio fundamental será siempre el del mayor servicio divino y bien de las almas, y el sabio principio ignaciano de “acomodarse a los lugares y tiempos y personas”<sup>24</sup>. A cada Provincia o Región corresponderá discernir cuál ha de ser su compromiso con el apostolado intelectual, y los medios para llevarlo seriamente a la práctica.

20 Peter-Hans Kolvenbach, s.j., El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos, Santa Clara, 6 oct. 2000.

21 Peter-Hans Kolvenbach, s.j., Alocución a la Congregación de Procuradores, 3 sept. 1987. En: *Selección de escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach* (Madrid, Prov. España, 1992), 198.

22 Const. [361].

23 CG 34, d.16, 3.

24 Const. [455].

## 2. Universidad y sociedad

### *Academia y sociedad*

Al referirnos a las cuatro razones de la primera Compañía para asumir activamente la responsabilidad de una universidad, hemos encontrado en segundo lugar el vínculo entre vida académica y sociedad humana. Es ya un estereotipo el repetir que la universidad no es una torre de marfil, y que no es para sí misma sino para la sociedad. Más allá de la teoría, el sentido profundo de esta afirmación lo dio el testimonio de Ignacio Ellacuría y sus compañeros, asesinados en la UCA de El Salvador, que con su vida demostraron la seriedad del compromiso de ellos y de su universidad con la sociedad. Pocos hechos como éste han causado tanto impacto y han prestado a tanta reflexión en nuestras universidades estos últimos años.

No creo que ninguna de nuestras universidades corra hoy el peligro de aislamiento académico en una torre. El peligro podría estar más bien en considerar que lo ocurrido en una lejana universidad de un pequeño país es ajeno a la propia realidad. Es cierto que la realidad circundante varía de un país a otro y de un Continente a otro. Sin embargo, cualquiera que sea el contexto, la universidad debe sentirse interpelada por la sociedad, y la universidad debe interpelar a la sociedad. En una interacción desigual de mutuas influencias, el contexto local y global influye en la universidad, y la universidad está llamada a incidir en la sociedad, local y globalmente.

La ciencia pura y la investigación siguen manteniendo su sentido, aunque aparentemente no siempre estén vinculadas al terreno de la práctica. Según John Henry Newman –tal vez más citado que leído por muchos, a los 200 años de su nacimiento– “el conocimiento tiene la capacidad de ser un fin en sí mismo, (...) un fin en el que se puede hallar reposo y que se persigue por sí mismo”<sup>25</sup>. No era éste exactamente el modo de pensar de Ignacio. El Cardenal Newman defendía el conocimiento por sí mismo, mientras que Ignacio apuntaba a la educación de futuros “doctores”, como el desemboque práctico de una universidad jesuita. Porque si bien la educación superior, como instrumento y como medio, tiene un valor intrínseco, cabe siempre preguntarse “para quién” y “para qué”<sup>26</sup>. La respuesta a estas preguntas estará siempre estrechamente ligada al bien común y al progreso de la sociedad humana.

25 John Henry Newman, *The Idea of an University*, Discours V, 2.

26 CG 34, d.17, 6.

No nos hagamos ilusiones: el conocimiento no es neutro, porque implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano. La docencia y la investigación no pueden dar la espalda a la sociedad que las rodea. La manera como la primera Compañía entró en interacción con el mundo de la cultura fue precisamente a través de los colegios. La universidad debe ser el lugar donde se airean cuestiones fundamentales que tocan a la persona y a la comunidad humana, en el plano de la economía, la política, la cultura, la ciencia, la teología, la búsqueda de sentido. La universidad debe ser portadora de valores humanos y éticos, debe ser conciencia crítica de la sociedad, debe iluminar con su reflexión a quienes se enfrentan a la problemática de la sociedad moderna o postmoderna, debe ser el crisol donde se debatan con profundidad las diversas tendencias del pensamiento humano y se propongan soluciones.

### *Universidad y globalización*

Hay que tener siempre presente que si Ignacio dio el paso de comprometerse con la educación superior, fue porque el bien que se podía alcanzar era más “universal”. Volviendo por un momento al Cardenal Newman, para él la universidad abarca la universalidad del conocimiento, mientras que para Ignacio una universidad cumple su función de educar y de investigar de manera más universal. La originalidad de la Compañía de Jesús al crear sus propias universidades en el siglo XVI, fue la de proponer un nuevo modelo de educación superior, en respuesta a las necesidades de la nueva cultura y la nueva sociedad que se estaba gestando. Las universidades jesuitas surgieron como una crítica frente a un modelo de universidad cerrada en sí misma, heredera de las “escuelas catedrales” e incapaz de encontrar respuestas a los nuevos tiempos. Aunque con reticencia al principio, los jesuitas hicieron una clara opción por el humanismo cristiano, y a través de la educación contribuyeron a la configuración de la nueva sociedad.

De manera parecida, la educación superior de la Compañía está llamada en nuestros días a dar respuestas creativas al radical cambio de época que estamos viviendo. Ignacio quedaría hoy fascinado ante el fenómeno de la globalización, con todas sus increíbles oportunidades y sus terribles amenazas, y no rehuiría los desafíos que ella entraña. A las universidades corresponde un papel insustituible en el análisis crítico de la globalización, con sus connotaciones positivas y negativas, para orientar el pensamiento y la acción de la sociedad. En lenguaje ignaciano, se trata de un auténtico

proceso de discernimiento, para descubrir lo que viene del buen espíritu y lo que viene del malo.

A simple vista descubrimos que no puede ser de Dios el convertir el mercado y el interés económico como motor único de la sociedad. Los espantosos resultados de la globalización económica tal como se está implantando, al margen de toda ética, saltan a la vista: deshumanización, individualismo, insolidaridad, fragmentación social, incremento de la brecha ya existente entre ricos y pobres, exclusión, falta de respeto a los derechos humanos, neo-colonialismo económico y cultural, explotación, deterioro del ambiente, violencia, frustración. Por no hablar de la “conexión perversa” con la globalización del crimen: tráfico de seres humanos y de armas, droga, explotación de la mujer y del sexo, trabajo infantil, manipulación de los medios, mafias de todo tipo, terrorismo, guerra y el envilecimiento del valor de la vida humana. ¿Cómo no pensar en este momento en África, paradigma de todos los rostros negativos que puede ofrecer la globalización del mercado?

La universidad en cuanto universidad tiene su palabra que decir en estos temas, que tocan a aspectos fundamentales de la persona y de la sociedad. Sé de los esfuerzos que están haciendo nuestras universidades, en función del propio contexto, para afrontar temas como las minorías étnicas, la pluralidad cultural, la diversidad, el diálogo interreligioso, los migrantes, los refugiados, la injusticia, la pobreza, la exclusión, el desempleo, la crisis de la democracia. No basta la denuncia: es necesario también el anuncio y la propuesta. Comprometerse en este terreno como universidades, es una consecuencia del servicio que la universidad debe prestar a la sociedad. Y para las universidades de la Compañía, es además una consecuencia de la *visión* de Ignacio en la contemplación del Reino y de la *misión* de la Compañía de procurar el servicio la fe y la promoción de la justicia.

Aunque estrechamente asociada a los procesos económicos, hay que reconocer que la globalización abarca también otras dimensiones que ofrecen posibilidades únicas para la construcción de un mundo más fraterno y solidario. Nunca como ahora se habían presentado tantas oportunidades de comunicación, de integración, de interdependencia y de unidad del género humano. La creciente toma de conciencia de las dimensiones del fenómeno de la globalización, la tensión entre lo global y lo local, la emergencia de la sociedad civil, las fuerzas de resistencia de distinto signo que han entrado en escena –como el “*Seattle people*”–, constituyen oportunidades y amenazas que la universidad no puede pasar por alto.

A las universidades les corresponde jugar un papel orientador, constituyéndose en puntos de convergencia y de encuentro entre las diversas corrientes, para aportar su pensamiento al estudio profundo y la búsqueda de soluciones a una problemática candente. En palabras de Juan Pablo II, es necesario contribuir a la “globalización de la solidaridad”<sup>27</sup>. La “persona completa”, ideal de la educación jesuítica durante más de cuatro siglos, será en el futuro una persona competente, consciente, capaz de compasión y “bien educada en la solidaridad”<sup>28</sup>.

Ignacio tenía una visión claramente global del mundo. Aunque quería que los jesuitas se adaptaran al lugar geográfico donde trabajaban, y que aprendieran la lengua y la cultura del lugar (“inculturación”, diríamos hoy), quería que estuvieran disponibles para “discurrir y hacer vida en cualquiera parte del mundo”<sup>29</sup>, abiertos siempre al MAGIS. De esta manera vivió él la tensión entre lo local y lo global, pensando a nivel global, pero actuando a nivel local.

### *Academia y mercado*

Una última palabra sobre la universidad y la economía de mercado. Lo queramos o no, la academia no puede sustraerse a las fuerzas del mercado. Las limitaciones financieras que experimentan las universidades no subsidiadas con fondos públicos, las lleva a depender de los crecientes aportes financieros de sus estudiantes, y a recurrir a diversos sistemas de recaudación de fondos para asegurar la dotación necesaria para operar. Algo de esto supo Ignacio, preocupado continuamente por las fundaciones, y siempre tan agradecido a los fundadores, que en 1551 abrió las puertas del Colegio Romano con el título de “gratis”. Pese a los esfuerzos por crear fondos que permitan la concesión de ayudas a quienes tengan menos recursos, el peligro de elitismo es una realidad.

No es simple ficción pensar en una universidad que tiene que rediseñar sus carreras y ofertar sus facultades de acuerdo a la demanda del mercado, y que acaba cediendo a las presiones de sus clientes, en un entorno cada vez más competitivo. No nos engañemos: cuántos de nuestros estudiantes acu-

27 Juan Pablo II, Discurso al Secretario General de Naciones Unidas y a los miembros del Comité Administrativo de Coordinación de la ONU, Roma, 7 de abril de 2000.

28 Peter-Hans Kolvenbach, S.j., El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos, Santa Clara, 6 de octubre de 2000.

29 Const. [304].

den a nuestras universidades simplemente en búsqueda de la excelencia que ofertamos, y de una capacitación que les permita conseguir un buen puesto de trabajo y mejorar sus ingresos. Algunos pueden pasar años en nuestras instituciones de educación superior, sin enterarse siquiera que se trata de una institución católica dirigida por la Compañía de Jesús.

Los costos crecientes de la educación y la tendencia a la privatización implican una progresiva dependencia de subsidios financieros, que puede llegar a convertirse en una pesada hipoteca social. Puede suceder que no todos los patronos o miembros de los consejos de gobierno sean siempre desinteresados, ni se identifiquen necesariamente con las declaraciones de misión y con la orientación de la universidad. La autonomía misma de la universidad y la libertad de investigación y docencia están en juego. La institución acabará por moderar el tono de su voz, o tendrá que renunciar a hablar en ciertos asuntos. Hay facultades que “se venden” y otras que “no se venden”, en función de las salidas económicas, o los intereses de la industria, el comercio, el turismo; hay carreras rentables y carreras que no lo son; hay dinero para unas escuelas, facultades, laboratorios, investigaciones, tesis, mientras no lo hay para otros. La calidad de los docentes que pueden ser contratados y su permanencia en la institución está condicionada también en gran parte por factores de tipo económico y por la concurrencia de instituciones pares.

El desafío no puede ser mayor. Es necesario mantener a toda costa la última razón de ser de la universidad, como centro de integración del saber que se propone la búsqueda no de la “verdad estrecha” sino de la “verdad total” de que hablaba Newman<sup>30</sup>, con una “exacta visión y comprensión de todas las cosas”<sup>31</sup>. Es necesario discernir y hacer una opción sobre el tipo de mayor servicio que pretendemos prestar a la Iglesia y a la sociedad con nuestras universidades. Más que el conocimiento y la ciencia, es la “sapiencia” lo que nuestras academias deben ofrecer. “No el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”<sup>32</sup>. El sello ignaciano es lo que puede y debe hacer la diferencia.

---

30 John Henry Newman, *op.cit.*, Discours IV, 12.

31 John Henry Newman, *op.cit.*, Discours VI, 6.

32 EE 2.



### 3. Colaboración jesuitas-laicos

#### *Un cambio de acento*

Las pocas referencias de las Constituciones a la participación de los laicos en el proceso educativo no son demasiado alentadoras para un lector moderno. El cargo especialmente confiado a los laicos es nada menos que el del corrector, es decir, la persona “que tenga en temor y castigo” a quienes merezcan sanción. Ignacio y los jesuitas tuvieron escrúpulo en aplicar con mano propia castigos físicos a los estudiantes, según la usanza de la época. La ingeniosa solución consistió en entregar a los culpables al brazo secular, contratando para ello a un laico especializado en propinar el correspondiente vapuleo. Se supone que “tendrán mucho que hacer”, por lo cual “serán bien salaridos”<sup>33</sup>. Parecidas prescripciones en la *Ratio Studiorum*. Los tiempos han cambiado, y hoy la Compañía cuenta con los laicos y laicas para otros menesteres más nobles.

Debemos reconocer que, en los hechos, ha sido la disminución del número de jesuitas la que nos ha llevado a volver nuestros ojos hacia el laicado y desarrollar una reflexión teológica y una práctica de la colaboración jesuitas-laicos. Las cifras cantan: se calcula que en la educación de la Compañía la proporción es de 95% de laicos por 5% de jesuitas. Por simple realismo y por el principio ignaciano de la acomodación a las personas y tiempos, la Compañía considera hoy el “compañerismo con otros” como una de las características de nuestro modo de proceder<sup>34</sup>.

El cambio de acento vino hace apenas seis años, con los dos decretos de la CG sobre “La colaboración con los laicos en la misión” y sobre “La Compañía y la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”<sup>35</sup>. Ambos documentos se consideraron en el momento de su aparición innovadores, aunque tal vez nuestra práctica no responda siempre y en todas partes al ideal que nos hemos propuesto.

#### *La práctica de la colaboración*

De parte de los jesuitas, se advierte a veces cierta vacilación y duda en la colaboración con el laicado, cuando no rechazo. De parte de los laicos, el deseo de mayor información y formación. Me complace saber de los esfuerzos

33 Const. [397, 488, 500].

34 CG 34, d. 26, 15.

35 CG 34, dd. 13 y 14.

que la educación superior de la Compañía está haciendo para explorar este nuevo terreno. En los últimos años se han producido innegables avances, pero en la aventura que jesuitas y laicos hemos emprendido juntos, todavía queda mucho camino por recorrer. Una reunión como la presente es una buena oportunidad para compartir los logros así como las deficiencias, y avanzar juntos en el camino.

No repetiré lo que ya figura en los documentos oficiales y lo que Uds. mismos han planteado en sus informes regionales. Quisiera solamente subrayar algunos aspectos que considero son retos mayores para nuestra educación superior. Nos guste o no nos guste, en este asunto está en juego la identidad de la educación superior de la Compañía a pocos años plazo, especialmente en Occidente y en los países industrializados. El problema de la “siguiente generación” no es imaginario. A medida que la presencia física de los jesuitas se va desvaneciendo, el “*ethos*” de la institución, su “cultura” ignaciana, católica, cristiana puede desaparecer también, si no se presta atención a la preparación de la generación de recambio. Esta responsabilidad recae ante todo sobre los mismos jesuitas. Preparar en la visión y la misión compartida entre jesuitas y colaboradores es una prioridad de primer orden en nuestra educación superior. (Soy consciente de las connotaciones negativas que en algunos países puede tener la palabra “misión”. En tal caso, habrá que hacer las adaptaciones necesarias).

Existen distintos niveles de colaboración, de acuerdo a la vocación y grado de compromiso de cada persona (humano, profesional, cristiano). Colaboración no significa siempre compromiso con la misión. Tenemos derecho a presuponer que los jesuitas se identifican con su misión, pero no podemos dar por sentado que todos los laicos se identifican con la misión propia de los jesuitas. Los laicos no están llamados a ser mini jesuitas, sino a vivir su propia vocación laical. Respetar el modo como el Señor conduce a cada persona es fundamental en la espiritualidad ignaciana. Esto no obstante, un colaborador de una institución de educación superior de la Compañía, de alguna manera debe identificarse con la misión institucional.

Por otra parte, sería odioso catalogar y discriminar al personal de acuerdo a su supuesto nivel de compromiso con la misión. En la misión de la Compañía, como en la casa del Señor, hay muchas moradas. Para Ignacio, no hay peor error en la vida espiritual que querer conducir a todos por el mismo camino. La misión de una institución de educación superior de la Compañía –igual que la fe– no se impone, sino que se propone. En una “interfaz” de

mutuo respeto y sinceridad, los colaboradores son invitados a compartir esta misión y hacerla propia, a distintos niveles.

46. El grado de compañerismo en la misión y en la identidad, dependerá de la dinámica de la institución y de las opciones que cada persona tome. Hay límites mínimos de compromiso que, por honestidad y coherencia, se deben respetar. El único límite por el extremo superior viene dado por la capacidad de respuesta de un ser humano a la llamada de Dios. Estamos tocando el *magis* ignaciano, el “todo” –otra palabra también muy ignaciana– que abarca a la totalidad de la persona humana. “En todo amar y servir”. Quisiera subrayar solamente algunas prácticas concretas que sin duda están ayudando a compartir la misión y profundizar la identidad:

- a) Los cursos de orientación o inducción para los nuevos profesores y directivos, con el fin de compartir el “modo de proceder” de nuestra educación. Puede suceder que no todos los laicos se comprometan de lleno con la misión de la Compañía en la obra. Pero la Compañía espera de todos, incluidas las personas de otras confesiones religiosas, que reconozcan y acepten los valores de la espiritualidad ignaciana y la misión apostólica que anima a la obra<sup>36</sup>.
- b) Los programas de formación permanente, tanto para laicos como para jesuitas. El objetivo es formar un equipo apostólico de jesuitas y colaboradores, con el fin de realizar la identidad jesuítica y la misión de la obra<sup>37</sup>. Esta sería la forma de ir creando la “masa crítica” –como suele decirse ahora– indispensable para asegurar la identidad de la institución.
- c) La prioridad dada a la identidad y a la misión en la contratación del personal. El tema de “contratación en función de la misión” es delicado, y puede convertirse en una velada forma de apartheid. Una universidad no puede discriminar a su personal, pero –siempre que todavía le sea posible– sí tiene el derecho de escoger hombres y mujeres capaces de compartir su identidad. Otras empresas no confesionales saben hacerlo muy bien para sus propios fines.

<sup>36</sup> *Orientaciones para las relaciones entre el Superior y el Director de Obra* (Roma, Curia s.j., 1998), n. 16.

<sup>37</sup> *Ibid.*, n. 16.

- d) La oferta de los *Ejercicios Espirituales* a nuestro personal, en sus diversas modalidades, particularmente a través de la práctica de los *Ejercicios* en la vida diaria.
- e) Por último, el papel determinante que corresponde a los jesuitas. A medida que las responsabilidades se comparten cada vez más, o se transfieren a colaboradores no jesuitas, los jesuitas, sea como comunidad sea como individuos, deben ver formas de seguir presentes ejerciendo ya no el poder pero sí su influencia en la institución. El tema de la colaboración jesuitas-laicos dista mucho de estar agotado.

#### 4. Cooperación internacional

Por definición, está dentro de la naturaleza de la universidad el carácter universal y la posibilidad de intercambios a todo nivel. Sin embargo, hay que admitir que las universidades, incluidas las de la Compañía, son sumamente celosas de su autonomía e independencia y se prestan más fácilmente a diversas formas de intercambio científico, que a formas concretas de cooperación conjunta entre iguales. No obstante, la elemental necesidad de coordinación, tal vez más que la preocupación por lo universal, ha llevado a la educación superior de la Compañía a asociarse de diversas maneras, como lo demuestran las asociaciones regionales aquí representadas. Me complace saber que Europa, la única región que hasta ahora no tenía una instancia de coordinación común, esté buscando también una forma de asociación, que incluya el Próximo Oriente y África. Estas asociaciones se limitan por regla general a prestar servicios a sus asociados, y no tienen más atribuciones que las que sus asociados les confieren. Pero son absolutamente indispensables si queremos que la Compañía actúe como cuerpo.

Existen varios otros grupos y plataformas de encuentro científico de quienes trabajan en educación superior de la Compañía, por disciplinas, especialidades o intereses: teología, filosofía, espiritualidad, ciencias sociales, ciencias positivas, comunicación, centros de investigación, revistas y sin duda otros más. Todos ellos cumplen su papel en el servicio apostólico universal de la Compañía. Por su vocación universal, y más en tiempos de mundialización, la Compañía apoya la creación de estas redes nacionales e internacionales. Esta es la forma como la educación superior de la Compañía podrá hacer frente a problemas globales comunes, a través de la mutua ayuda, la información, la planificación y evaluación compartidas, o la puesta en marcha de proyectos que superan la capacidad de cada institución individualmente. Obviamente, las

instituciones de educación superior participan en otras muchas redes distintas de las de la Compañía. Pero esto no suple la necesidad de una coordinación y cooperación de las instituciones de la Compañía entre sí.

Existen en curso exitosas experiencias de cooperación internacional dentro de la Compañía, que pueden servir de inspiración. Permítanme mencionar el Programa MBA en Beijing, a cargo de la AJCU, y el consorcio que ha permitido la creación de *The Beijing Center for Language and Culture*; la colaboración de varias universidades de la AJCU-EAO en la preparación de profesores en Camboya y en la reconstrucción de la Universidad de Timor Este; la coordinación entre AJCU y AUSJAL y los intercambios de universidades de América Latina con universidades de España y EE.UU.; los programas de educación a distancia, con sus enormes posibilidades de intercambio mutuo.

Aunque cada universidad tenga una responsabilidad particular en un lugar concreto y limitado de la viña del Señor, es el MAGIS ignaciano y el “más universal” lo que nos incita a no encerrarnos en esta particularidad sino a abrirnos a un mayor servicio en la viña del Señor.

Si consideramos a fondo la dimensión internacional de la Compañía, es evidente que podríamos hacer mucho más a través no de la competición sino de la cooperación, más allá de nuestras fronteras. Esto vale sobre todo para los países en desarrollo. Pienso en los esfuerzos conjuntos que a la larga se podrían emprender en Vietnam, Laos, Timor Este, Camboya. Pienso en África y en los países en desarrollo de todo el mundo. Pienso también en las muestras de colaboración fraterna y en los gestos concretos de solidaridad que pueden surgir de una reunión como ésta, entre jesuitas y laicos de diversos Continentes. Lo importante es colaborar juntos en bien de nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo, tratando de dar un rostro humano al proceso de globalización.

## Conclusión

En 1551, abría sus puertas el Colegio Romano, figura emblemática de lo que había de ser la aventura de la Compañía en el terreno universitario. Al cabo de cuatro siglos y medio, la Compañía sigue intensamente dedicada al trabajo de la educación superior, con un sinnúmero de universidades y otras instituciones por todo el mundo. Los tiempos que nos ha tocado vivir son radicalmente distintos de los que vivió Ignacio de Loyola. Pero la “ayuda

de las almas”, “la mayor gloria de Dios y el bien universal” siguen siendo el motivo fundamental del compromiso de la Compañía con la educación. El “porqué” y el “para qué” de nuestras universidades, el sentido profundo del trabajo que jesuitas y laicos cumplen en ellas, y la razón de la presencia de todos Uds. aquí, están anclados en esta visión de Ignacio.

Que la fidelidad creativa al carisma fundacional de Ignacio de Loyola les inspire a todos Uds. para hacer realidad en sus instituciones el mayor servicio divino y la ayuda a los hombres y mujeres de nuestro siglo.

Alocución del P. Peter-Hans Kolvenbach,  
Superior General de la Compañía de Jesús a  
la Reunión Internacional de la Educación Superior  
de la Compañía. Roma (Monte Cucco), 27 de mayo de 2001.



# **ANOTACIONES SOBRE LA PASTORAL EDUCATIVA UNIVERSITARIA**

*Alberto Parra s.j.\**

## **Ámbito para definir la pastoral universitaria**

El debate de las naciones, por ejemplo en la última Asamblea General de la ONU, gira en torno al cumplimiento o incumplimiento posible de las metas del milenio, señaladas para el año 2015. Los retos más apremiantes son la salida de los abismos de la pobreza y el cubrimiento cuantitativo y crecimiento cualitativo de la educación. La educación es un supuesto absoluto de la superación de los índices dramáticos de nuestra pobreza.

Avanzar hacia metas mejores no se posibilita sólo desde lo educativo, sin que puedan ser siquiera pensables naciones desarrolladas, cultas y políticamente adultas sin el crecimiento real del sector educativo. Deriva de ahí la importancia del propósito de AUSJAL de indagar por la cualidad del acompañamiento pastoral que las Universidades de la Compañía deben brindar a la educación, a lo educativo universitario, a la academia como lugar de la ciencia metódica y de la sabiduría humana y cristiana.

Las Universidades de la Compañía o inspiradas en los grandes valores del Evangelio hallan en el Evangelio mismo la exigencia de ser, antes que nada, excelentes en lo educativo: *la primera y fundamental exigencia de la Universidad católica es que sea Universidad*. Pero que en la Universidad, en

\* Profesor titular en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, Bogotá.



cuanto ella misma, debe estar vivo y operante el Evangelio, ese es precisamente el resultado de inspirarse de nuestras instituciones en el horizonte de comprensión que procede del Evangelio.

Pero puede comprobarse en nuestras Universidades que lo educativo y sus determinantes académicos proceden al margen de la evangelización, tanto como la evangelización y la pastoral proceden de espaldas a lo universitario y académico, con lo cual la denominada pastoral *universitaria* no logra definirse como tal. Bien pudiera tratarse de pastorales propias de otros ámbitos o de todos los ámbitos, si la pastoral no se especifica y se define por los elementos mismos definitorios, especificativos y propios de la Universidad. Por ahora es fácil verificar que la pastoral que ocurre hoy en el *topos* físico universitario conduce a que educación y evangelización describan líneas paralelas o simplemente yuxtapuestas, sin que se avance en términos de correlación y de articulación.

La correlación y articulación a que se aspira se nombra bajo los dos términos *pastoral* y *universitaria* y tiene por fundamento sólido la distinción de campos, sin mezcla, sin confusión y sin separación (como en aquello del método calcedónico). A la distinción y a la conjunción de planos en el aspecto que aquí interesa se refiere Vaticano II en texto memorable:

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que le hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología a particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender

bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado a veces entre los propios cristianos; actitudes que, en medio de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en semejante afirmación (Vaticano II, Constitución Gozo y Esperanza 36).

La aspiración a una alta educación científica y metódica *corresponde a la voluntad del Creador* y ahí la pastoral –que fuera en verdad universitaria– tendría que explicitar los implícitos de Evangelio presentes en la constitución y estructura del ordenamiento académico y científico, como para que resultase posible establecer que los grandes propósitos evangelizadores de creación, humanización y sociedad no son otros que los grandes *principios rectores del conocimiento* humano (cfr. Habermas Jürgen, 1986) y que, por esta razón, la ciencia desde ella misma verdaderamente educa y también evangeliza. Tal propósito, al mismo tiempo académico y evangelizador, tendría que ir por cuenta de toda una comunidad académica que asumiera de veras su alta responsabilidad de ser maestros de sentido de la vida y no sólo profesores escuetos de verdades académicas. Entrenar para la pastoral universitaria al cuerpo docente total de la Universidad sería el objetivo primero y el presupuesto fundamental de la pastoral universitaria.

De modo correspondiente, la evangelización en el ámbito de la academia y del conocimiento metódico tendría que inscribirse en el propósito de explicitar las aportaciones inocultables del misterio cristiano y de la gran tradición bíblico-cristiana al destino, misión y quehacer de las áreas de conocimiento científico, a las profesiones y a los oficios.

Una pastoral universitaria que continúe definida por fuera de estas dos correlaciones (de la ciencia hacia el Evangelio y del Evangelio hacia la ciencia) no es pastoral universitaria, por más que se ejerza en el lugar físico universitario; podría tratarse de pastorales sacramentales o familiares o juveniles o de programación de actividades que eventualmente podrían acaecer en la Universidad, como también no acaecer.

A deshacer el equívoco de ciertas pastorales universitarias acude la conciencia misma de la Iglesia cuando formula de modo autorizado aquello

que hoy quiere comprender bajo la denominación grave y señera de evangelización:

Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de inflexión, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que estén en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (Anuncio del Evangelio 19).

Así, la pastoral universitaria, tendiente sin rodeo alguno hacia esa forma de evangelización, operaría desde y por los elementos definitorios de la Universidad como plantel educativo en términos de las ciencias, los métodos, el saber, el uso de la razón, la producción y transmisión de la cultura. Es decir, que la pastoral universitaria, en el acto de construir las metas y horizontes de la educación, en ese acto construye al mismo tiempo los horizontes de la evangelización, así como en el acto de evangelizar construye al mismo tiempo los grandes horizontes y metas del Evangelio que la inspira. Una y otro, ciencia y Evangelio, tienden en la Universidad a un solo propósito: la construcción del sujeto que se educa y, por su intermediación, a la construcción de la sociedad.

El movimiento que parte del Evangelio y de la evangelización equivale a ofrecer al acto educativo toda esa forma pedagógica que contiene el acto revelatorio y amoroso de Dios que, que si algo se propone, es precisamente enseñar y educar en las grandes dimensiones humanas, sociales, políticas, económicas, culturales. Pablo entiende la tradición bíblica como una *pedagogía*, precisamente porque aquello que se ha desatado como proceso de manifestación del designio de Dios es una gran dinámica de educar (*e-ducere*) desde los caos primordiales naturales, personales y sociales para que hombres y mujeres de toda condición y cultura lleguemos a la estatura plena, al ser adulto, a la medida de la edad de Cristo. Tal pretexto pedagógico es correlativo con el acto educativo universitario.

De aquí en adelante, fundamentaremos este planteamiento inicial.

## Pastoral universitaria en la casa de la ciencia

El acto de educar en perspectiva cristiana en el ámbito universitario es, sin más, el elemento definitorio mismo de la pastoral universitaria. Tal pastoral o acompañamiento cristiano de adolescentes, jóvenes y adultos en estado de formación académica acontece desde los especificativos propios e irrenunciables de la academia.

En primer lugar, en términos de cultivo y de comunicación de la ciencia y del saber metódicos, que no sólo definen al acto educativo escolar en sí mismo –tanto como a la Universidad de las ciencias– sino que resulta ser el supremo interés y finalidad de las personas que acuden al plantel educativo universitario. Bien puede suceder que la Universidad comprenda también elementos integradores de su amplia vocación formativa (actividades para-académicas, deportivas, litúrgicas, asistenciales) sin que en ningún caso tales elementos, por importantes que se los considere, puedan definir la academia como academia, el plantel educativo como tal o la Universidad de las ciencias en su ser y en aquello irrenunciable de su misión propia.

Desde los días de Platón en su *academia* y de Aristóteles en su *liceo* aquello que compete a la academia es el cultivo y transmisión de la ciencia para la formación de la inteligencia y de la conciencia científica, crítica, analítica y sistemática, diferenciada de la conciencia ingenua o de las zonas aceptables pero insuficientes del simple sentido común. Y que *las ciencias se especifican por su método y por él se definen*, es comprobación cierta en la antigüedad, tanto como en la edad media y en nuestros días. Cuando la academia medieval surja como *universitas scientiarum*, entonces la Universidad será con entera propiedad *domus scientiarum*, casa de las ciencias, cultivadas (*collere, cultum*) y transmitidas por maestros y por discípulos.

La diversidad de los métodos que son especificativos de las ciencias hizo posible en la antigüedad griega establecer ciencias diferenciadas, precisamente por los métodos, como la física, la metafísica, la lógica, la ética y la política, todas ellas entretrejidas en el único propósito del conocimiento humano, en el que más resplandecen los rasgos de lo divino. Y si cada época de la humanidad ha construido su propia teoría del conocimiento científico y su propio estatuto de las ciencias, en nuestros días ha venido a ser de común aceptación la teoría científica que se establece a partir de los intereses en cuanto *principios rectores del conocimiento*, en términos de *adaptación* propio de las ciencias naturales, de *comunicación* propio de las ciencias humanas y de *emancipación* propio de las ciencias sociales (cfr. Habermas Jürgen 1986).

Estas ciencias y disciplinas fundamentan y conforman hoy el criterio de división del conocimiento en áreas y asignaturas y universitariamente en divisiones, escuelas y facultades, con lo que se muestra el grado de suma responsabilidad con que se asume el conocimiento científico, en forma tal que las especializaciones y súper-especializaciones hayan llegado a ser un imperativo ante el ingente desarrollo del conocimiento científico.

Ahora bien, en este marco científico se define la pastoral universitaria. Las ciencias metódicas y disciplinas académicas cuyo supremo interés es adaptativo y técnico responden a la vocación humana de acondicionar el planeta para casa de la especie mediante desarrollos físicos, químicos y biológicos –ciencias bióticas y abióticas– constituyendo tales ciencias el factor radicalmente determinante para la defensa y desarrollo del gran potencial ofrecido por la naturaleza. Se sigue de ahí la fascinante vocación humana –y cristiana– de aquellos que por idoneidad, capacitación y misión realizan el cometido propio de las disciplinas de orden natural, tales como la física y la química, la matemática en su amplia extensión, la biología y la agronomía, las ingenierías y arquitectura, la planificación urbana, las ciencias del mar y la geología. Se trata de vocaciones humanas de tal entidad y significación, que quienes las cultivan y ejercen ponen sus existencias al servicio de las más altas metas de la humanidad desde los días de la civilización de la piedra, de la rueda y del bronce, hasta la civilización de la informática, de la cibernética y de la telemática.

La pastoral universitaria explícita, cultiva y acompaña tales valores y tales sentidos y, más allá de inmediateces litúrgicos o sacramentales, propende por la construcción de los sentidos, reclamados con máxima urgencia por toda una humanidad mundial encorvada bajo el peso de las verdades científicas, pero carente del sentido de lo que es y de lo que hace. Así la pastoral universitaria, es decir, el acompañamiento cristiano de las generaciones que se hallan en estado de formación científica y profesional, ofrecerían a la verdad académica todo su sentido y asegurarían al sentido humano y cristiano toda su fascinante verdad. La dramática situación universitaria de verdades sin sentido y de sentidos sin verdad es resultado directo de la desarticulación o apenas periférica yuxtaposición entre una zona académica que sólo cultiva y trasmite verdades y otra instancia pastoral que sólo construye supuestos sentidos “*religiosos*” inconexos de las verdades y realidades a partir de cuyo inquirir y preguntar pueden ser levantados los genuinos sentidos.

El extrinsecismo pastoral que por ahora padecemos en la Universidad tiene sus raíces en la inveterada concepción que funda el acto revelatorio

de Dios en términos de verdades nocionales que deben ser captadas por el entendimiento humano, más allá de lo cual apenas si sigue consecuencia alguna. Para transmitir esos conocimientos, la usual pastoral universitaria diseña oferta de contenidos catequísticos o dogmáticos que, como es obvio, pueden operar con prescindencia de vínculos conectores y articuladores con la verdad científica académica y universitaria. La estimación que el mundo universitario asigna a esos cuerpos de doctrina corresponde de modo directo a la pertinencia respecto a las carreras y a la no percepción de sentido personal, comunitario, vital.

La pastoral universitaria está solicitada, en cambio, a reclamarse a la gran tradición bíblico cristiana, para la cual el acto expresivo y comunicativo de Dios opera en el suceder del mundo creado y en el suceder de la historia (Vaticano II, Constitución Gozo y Esperanza, 2), posiblemente en modo muy cercano a la captación y expresión de Ignacio de Loyola: “Mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando y dándome a entender; así mismo haciendo templo de mí, seyendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad” (Ejercicios, 235).

Así, en la hondura de la tradición bíblica el acto fundante del proceso adaptativo desemboca en la lectura creyente del origen del ser a partir del caos primordial en términos de creación de la vida, del mundo, del ser abiótico y del ente biótico y noético en una teología de la creación que constituye el fondo del símbolo de la fe con que confesamos a *Dios Padre creador del cielo y de la tierra*. La tradición cristiana, a su vez, relee la obra adaptativa de Dios y del ser humano sobre la tierra en términos de creación en Cristo, por Cristo y para Cristo, si es verdad que el mundo fue hecho por la Palabra, por el Verbo creador y para gloria y esplendor suyo. Entrar, por eso, en la creación continuada y en el proceso adaptativo desde las ciencias naturales ofrece todo el sentido cristiano a los procedimientos científicos de quienes se educan en estos propósitos del conocer para adaptar.

Otro tanto puede decirse desde el ámbito de la comunicación, que es el otro principio rector del conocimiento que define el horizonte y los intereses propios de las ciencias humanas. El gran propósito de esta esfera del conocimiento es la construcción y dignificación de las personas a partir de su individualidad subjetiva hasta las esferas de la intersubjetividad comunicativa. El medio es el símbolo en su amplio espectro y la cultura en su amplia significación. Tienen ahí puesto todas las artes pictóricas y escultóricas, la

música, la literatura, la historia y la antropología, la filosofía y la teología, las lenguas y todos los sistemas de representación, de significación y de simbolización con que los humanos avanzamos hacia la comunicación desde los días de las primeras representaciones rupestres hasta los más altas cimas culturales a las que estamos convocados.

Quienes en la Universidad de la ciencia transitan semejantes caminos construyen el ser identitario de los pueblos y el ser de las personas, creadas a imagen y semejanza de Dios que es comunicación de sí, palabra de sí y expresión de sí por intermediación del fenómeno comunicativo humano. Servir a la comunicación entre humanos es levantar el ser personal y social a imagen y semejanza del Dios palabra y comunicación, y la pastoral educativa debe trabajar para ofrecer esos sentidos de convergencia entre los actos disciplinares académicos y el propósito comunicativo expresado en los lenguajes cristianos de salvación.

De no ser así, no podría explicarse la correlación indisoluble alcanzada en Occidente entre la fe cristiana y las ciencias humanas en todas sus manifestaciones. Porque ha sido el sentido de la fe el que ha posibilitado el desarrollo y la historia luminosa de la arquitectura, de la música, de la escultura, de la pintura, de la literatura, de la filosofía y de la historia, de la religión y de su expresión teológica. Esas visiones y esos sentidos son los que se explicitan y se construyen desde la auténtica pastoral universitaria, no para bautizar las artes y las ciencias ni para ensombrecer su entidad secular, sino para explicitar la razón de su consistencia autónoma y el horizonte de su convergencia con el propósito salvador comunicativo entre humanos.

En la tercera vertiente de la teoría general de las ciencias desde los intereses rectores del conocimiento se sitúan las ciencias sociales que propenden, desde el interés emancipador, por la construcción de una sociedad que se vea libre, en lo posible, de la dominación, de la explotación y de la subyugación que ejercen de modo permanente los déspotas en el orden político, los explotadores en el económico y los neocolonizadores que subyugan en el orden cultural. Las ciencias sociales son liberadoras de todo poder abusivo.

Así, la política en su más noble sentido es el nuevo nombre de la caridad. El derecho y la construcción de los instrumentales jurídicos que puedan garantizar el respeto de los derechos humanos, de la justicia y de la paz social se yerguen como la más noble y urgente tarea. Los nuevos diseños de economía y sociedad que ofrezcan mayor posibilidad de vida buena, digna y justa para todos es un clamor universal. Por eso, una pastoral inscrita en

el corazón de la academia propende por enlazar semejante propósito de lo social con la hondura social del Evangelio y de las corrientes proféticas, cuya médula espinal es la proclamación del derecho y de la justicia para todos, en especial para el débil, el huérfano y la viuda. Nunca como hoy fue más necesaria la dimensión política y social de la fe y la dimensión de fe cristiana de lo político, de lo económico y de lo social.

## Pastoral universitaria en el templo de la sabiduría

La era postmoderna de la humanidad se ha inaugurado con la crítica de la razón moderna, sea en la vertiente de la *Crítica de la Razón Instrumental* de Horkheimer (1973), sea en la vertiente de la *Crítica de la Razón Funcionalista* de Habermas (1987), pero sobretudo en la vertiente del Informe sobre el Saber, que es el segundo título de *La Condición Postmoderna* de Lyotard (1994). El informe lyotardiano muestra con incisión que la razón moderna entronizó de tal modo los lenguajes y métodos de la ciencia, que se sustrajo con desdén a los lenguajes de sabiduría, a la tradición, a la cultura, a la lógica de la razón simbólica. Y ello con un balance universal deficitario de sabiduría en sociedades ilustradas, altamente tecnificadas y desarrolladas. Aquello que no fue razón ilustrada fue tenido como mito, ensoñación y quimera.

Es que la ciencia exige del conocimiento explicación e intelección de los objetos (*erklären*); en tanto que los discursos de sabiduría son espacio vital para la comprensión de los sujetos (*verstehen*) en situación, abiertos y referidos en su preguntar a textos de tradición y ello para animar de modo constante los grandes pretextos éticos de liberación y de justicia, de fraternidad y de consensos, de progreso sostenible y de la paz estable.

Por eso, si la ciencia se legitima desde la eficacia productora o reproductora del mundo del objeto, el saber se legitima desde la construcción del mundo del sujeto. Más todavía es la sabiduría constructora de sujetos la que, en realidad, legitima cuanto los sujetos debemos conocer y practicar en los ámbitos científicos. La no legitimación de la ciencia por la sabiduría deja a la ciencia en el callejón sin salida de legitimar la ciencia por la ciencia, la economía por la economía, la política por sí misma o por principios de auto-ridad que se arrogan la determinación de aquello que los sujetos debemos ser, pensar y hacer. De ahí que la hegemonía de los grandes relatos que pretendan legitimarse por sí mismos toque a su fin.



En efecto, la diferencia que va entre la verdad y el sentido es, en modo proporcional, la diferencia que va entre los lenguajes de la ciencia y los lenguajes de sabiduría. Pero lejos de contraponerse a la verdad, el sentido es el que puede hacer razonable y legítima la verdad. Y lejos de contraponerse al sentido, la verdad tiene urgencia de él para que el mundo técnico y científico no perezca en el sin-sentido, en los tecnicismos y cientismos que no auguran una humanidad sostenible. Pero sin ser contradictorios, verdad no es sentido ni ciencia es saber:

El saber no se reduce a la ciencia, ni siquiera al conocimiento. El conocimiento sería el conjunto de los enunciados que denotan o describen objetos. La ciencia sería un subconjunto de conocimiento. Pero con el término saber no comprende solamente, ni mucho menos, un conjunto de enunciados denotativos, se mezclan en él las ideas de saber-hacer, de saber-vivir, de saber-oír, etc (Lyotard, 1994, 95).

El juego del lenguaje científico se dirige a la observación y manipulación de los objetos para establecer la verdad de los mismos por medios probativos, comprobativos, enunciativos, denotativos, argumentativos, demostrativos que impidan la irracionalidad y el error. A ese juego de lenguaje debe la humanidad la salida de la ignorancia y de la quimera hacia el reino de la filosofía, de la ciencia, de la verdad probada y comprobada, sin que ningún intento de postmodernidad mal entendida vaya a significar borrar semejante avance de la humanidad hacia su mayoría de edad y hacia la consolidación de su civilidad y de su progreso.

Pero el juego de los lenguajes de sabiduría se dirige, en cambio, a la construcción de los sujetos y a la dación de sentido de los sujetos mismos y de sus mismas producciones científicas y técnicas por medios parabólicos y mitológicos, evocativos y comparativos, poéticos y prolépticos, aproximativos e inspiradores que impidan el sin-sentido y la inhumanidad. A ese juego de lenguaje debe la humanidad la salida de los cientismos y de los tecnicismos, de los pruritos eternos de verdad objetiva, de certeza racional y demostración apodíctica, sin que en adelante pueda volver a suceder que un intento de modernidad mal entendida vaya a significar borrar de nuestras vidas el arte y la cultura, la expresión y la simbolización, la trascendencia y la inspiración, el rito, el mito y la religión. La ensoñación y aun la mística en los estadios deportivos universales, la gran industria cinematográfica al servicio de lo apenas posible o de lo imaginario, los medios de comunicación como intercambio de signos y de símbolos son todos comprobación fehaciente de la

capacidad espiritual de la humanidad que pervive imborrable en los imperios de la razón moderna.

Nunca necesitamos tanto la distinción irreducible de los juegos de lenguaje y actos de habla que viene poniéndose tan de presente desde el último Wittgestein hasta Habermas y Lyotard. Y nunca fue tan clara la conciencia de las imprescindibles aportaciones de la sabiduría y de los lenguajes metafóricos, prolépticos, rituales y religiosos a la genuina liberación de los sujetos y de los pueblos hacia su plena mayoría de edad. Lejos de ser propios de sujetos y de conciencias primitivas, los lenguajes de sabiduría son la gran reserva de humanidad de este planeta, no sólo allí en el Asia mística o en el África misteriosa, sino también aquí en la América mitológica y sapiencial y, sobre todo en el gran Occidente, encorvado bajo el yugo de la ciencia y de la técnica, acaso víctima primera de su propio invento.

Así la pastoral universitaria, anclada a profundidad en los fundamentos mismos de la ciencia, exige hoy estar presente como factor indispensable de sabiduría, de modo que los profesores y enseñantes, más allá del estrecho horizonte de una asignatura académica, sean maestros de vida y dadores de sentido en los términos que ejemplifica Lyotard y que constituyen, en verdad, esos que Edgar Morin llama los *saberes indispensables para la educación del futuro*.

*Saber-ser*, por ejemplo, equivale a determinar en la academia y en la casa de la sabiduría el modelo antropológico al que se quiere estar referido y en el que se propone todo el acto y el proceso educativo universitario. *Saber-leer* remite a la capacidad inducida de sensibilidad lectora del gran símbolo social y de la compleja realidad en que desarrollamos nuestras vidas. *Saber-ser-en-comunidad* indica la superación de todos los solipsismos, individualismos y masificaciones a que es proclive la misma universidad. Y esos saberes constituyen, sin duda, el nervio mismo de la tradición sapiencial hebrea y cristiana en la que se inspiran nuestras universidades. La pastoral educativa sirve, explícita y anima desde la academia misma los altos valores y sentidos en que se fundamentan los idearios y proyectos educativos de nuestros planteles de inspiración cristiana.

## Conclusión

El estatuto actual de ciencia y de sabiduría exige redefinir para reconstruir aquello que hemos venido entendiendo de modo tradicional (tradicionalista) por pastoral universitaria. No todo lo pastoral que ocurra en

la universidad es pastoral universitaria. Se impone, en verdad un cambio de mentalidad.

Con este cambio de mentalidad, del que podrían citarse buenos ejemplos y que ha tenido una amplia eficacia, surge la imagen de un compromiso religioso que rompe la convencionalidad e interioridad de una religiosidad puramente privada. Con una comprensión no dogmática de la trascendencia y de la fe, este compromiso toma en serio metas intramundanas de emancipación social y dignidad humana y en un espacio de múltiples voces se asocia con otras fuerzas que aspiran a una democratización de tipo radical. Sobre el trasfondo de una praxis a la que nadie negará su respeto, nos encontramos con una teología crítica que explica la autocomprensión de esa praxis de una manera que ayuda a expresarse a nuestras mejores intuiciones morales, sin romper los puentes con el lenguaje secular y con la cultura secular.

Hoy las comunidades eclesiales de interpretación compiten con otras comunidades de interpretación que tienen sus raíces en tradiciones sólo seculares. También, vistas las cosas desde fuera, podría resultar que las tradiciones monoteístas dispusiesen de un lenguaje con un potencial semántico todavía no amortizado que, en lo que respecta a fuerza abridora de mundo y a fuerza formadora de identidad, a capacidad de renovación, a capacidad de diferenciaciones y alcance, pudiera revelarse superior” (Habermas, 2001, 90-92).

## Bibliografía

Concilio Vaticano II, *Constituciones, decretos, declaraciones*. Ediciones BAC, Madrid, 1968.

Habermas Jürgen, “Conocimiento e interés” en *Ciencia y técnica como ideología*, Editorial Tecnos, Madrid, 1986.

Habermas Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa I y II*, Ediciones Taurus, Madrid, 1987.

Habermas Jürgen, *Israel o Atenas*, Editorial Trotta, Madrid, 2001.

Horkheimer Max, *Crítica de la razón instrumental*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1973.

Loyola Ignacio de, *Ejercicios Espirituales*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1968.

Liotard Jean-Francois, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994.

Morin Edgar, *Los siete saberes indispensables para la educación del futuro*, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1996.

Pablo VI, *Anuncio del Evangelio*, Ediciones Paulinas, Bogotá, 1976.

Nota: El texto corresponde a una ponencia realizada por el P. Alberto Parra s.j., en la VIII Reunión del Sector de Pastoral - AUSJAL, en la Pontificia Universidad Javeriana - Cali. Del Julio 20 a 23 de 2005.



# **ORIENTACIONES DE LA IGLESIA Y DE LA COMPAÑÍA PARA LA PASTORAL UNIVERSITARIA DE AUSJAL**

*P. Valentín Menéndez, s.j.*

## **Introducción**

### *1.1. Esta exposición tendrá dos partes*

La primera más teórica consistirá en recordar las enseñanzas fundamentales de la Iglesia y de la Compañía de Jesús en relación con el apostolado universitario. Es el tema que se me ha pedido.

La segunda tiene por objeto sintetizar las consecuencias prácticas de estos hermosos ideales cristianos. Aunque decía Ignacio Ellacuría “que no hay nada tan práctico como una buena teoría”, sin embargo siempre ayuda dar tiempo a desentrañar la teoría en sus consecuencias para la acción.

### *1.2. Pero antes de comenzar el desarrollo de nuestro tema es importante escoger el marco que pueda encuadrar nuestras reflexiones*

Cuando hablamos de la pastoral universitaria (y sé que algunos de ustedes están intentando encontrar una mejor expresión para este trabajo), ¿a qué problema de la realidad estamos respondiendo? ¿Trabajamos en un campo marginal para la fe y para la Universidad? ¿Estamos escapando a las urgencias y necesidades prioritarias de nuestro mundo? En otras palabras, ¿cuál es la

importancia de nuestro trabajo? Nadie puede entregarse a algo con pasión si no está convencido de su incidencia y significatividad histórica.

En la “Carta Magna” de las universidades católicas o de inspiración cristiana, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, Juan Pablo II se cita a sí mismo en una frase que pronunció al comienzo de su pontificado ante el pleno del Colegio Cardenalicio: el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es ese campo vital en el que “se está jugando al final del siglo XX el futuro de la Iglesia y del mundo (ECE. 3).

Con esta frase se está situando la misión de la Universidad y su pastoral precisamente en el campo de lo cultural, que es el campo en el que se juega el futuro de la fe y el futuro del mundo. La razón de ello ya la expresó su predecesor Pablo VI en su quizá mejor documento, la *Evangelii Nuntiandi*, que tanta influencia ha tenido en América Latina a través del Documento de Puebla: “la rotura entre evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época (E. N. 20). (Por eso causó tanta consternación una breve noticia que salió en los periódicos italianos a fines del año pasado hablando de un país centroeuropeo. El titular rezaba así: “Se vende parroquia para convertirla en mezquita”. Todo un símbolo de esta rotura entre evangelio y cultura en el continente que durante siglos fue la sede y casi “propiedad” del Cristianismo).

### 1.3. ¿Pero por qué en nuestros días está llegando a ser tan importante la dimensión cultural de la realidad?

Existe el peligro de entender cultura meramente como acopio de conocimientos. Así un hombre culto, una persona que tiene una gran cultura, es aquel que posee una gran erudición. Quedaría por tanto fuera del campo cultural la mayoría de la humanidad. Entender así lo cultural impediría comprender en su amplitud que la rotura entre evangelio y cultura es “el” drama de nuestro tiempo.

Pero no es éste el sentido en que se entiende cultura en las citas usadas por Juan Pablo II o Pablo VI. Cultura hay que entenderla en sentido más profundo y global. En el sentido que ya el Concilio la entendió en la *Gaudium et Spes*, y más tarde se desarrolló en profundidad en el Documento de Puebla (N. 387) y en la CG 34 de los Jesuitas en su decreto sobre Misión y Cultura<sup>1</sup>.

1 Dec. IV “Nuestra Misión y la cultura”, N.1, nota 3: “cultura significa la manera en la que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida”. Como se puede observar es una densa definición. Creemos que esto mismo está más clara

En este sentido la cultura constituye una de las dimensiones más profundas y abarcadoras de la realidad humana. Veámoslo.

La realidad de la cultura es una dimensión social que nos envuelve a todos desde nuestro nacimiento y que, de alguna manera, nos va constituyendo como seres humanos. Tiene tres niveles fundamentales.

El nivel más externo es el más visible y el que se expresa en las estructuras e instituciones de la sociedad, sean estas políticas, sociales, económicas, culturales. Este nivel más externo es el que aparece todos los días en los periódicos y noticias al hablarnos de los sindicatos, de los partidos, de los ejércitos, de las universidades, de la renta per cápita, del fondo monetario y de los bancos. Todas estas instituciones pertenecen también a la cultura de un pueblo.

Pero debajo de este nivel más externo está otro nivel también visible, pero sobre el que normalmente no nos preguntamos su porqué pues lo damos por supuesto: es la dimensión de las costumbres, expresiones artísticas y simbólicas, ritos festivos, celebraciones y lenguas características de un pueblo. También este segundo nivel pertenece a la dimensión cultural de la realidad que nos abraza a todos. Pero no es todavía la dimensión más profunda.

Pues existe por fin un tercer nivel en toda cultura. Es la dimensión más subterránea y que supone el cimiento de las otras dos: es el sistema de valores y modos de sentir que caracteriza a un pueblo, sus convicciones últimas que dan sentido a su ser. Es como la “conciencia colectiva” que tiene un pueblo, que aunque es colectiva y recibida, cada una la siente como propia y como objeto de su opción libre. Por eso la dimensión cultural es la dimensión que “legitima” todas las otras dimensiones humanas porque si están aceptadas por ella ya se consideran “propias” y no impuestas. Como podemos entender es este un campo íntimamente ligado –ciertamente en América Latina– a las convicciones religiosas.

Es a este nivel donde se sitúa el gran drama de nuestro tiempo: ya el evangelio –al menos en algunas partes antiguamente cristianas– no inspira el sistema de valores, la conciencia colectiva, la forma de ser de un pueblo. El Evangelio entonces resulta extraño, deja de interesar, de cuestionar, de dar sentido a la vida.



En este nivel de profundidad podemos entender por qué al final de la *Ex Corde Ecclesiae*, a modo de síntesis de todo el documento, se cite de nuevo la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI con unas palabras tan significativas como las siguientes: Evangelización significa “llevar la buena noticia a todos los estratos de la humanidad y, con su influjo, transformándola desde dentro, hacerla nueva... No se trata de predicar el evangelio en capas geográficas más bastas y en poblaciones más numerosas, sino que se trata también de alcanzar y transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes de inspiración y los modelos de vida de la humanidad” (E. N 18. 19). Es decir, evangelizar significa inspirar el nivel más hondo de la cultura de un pueblo, lo que le hace ser él mismo.

Esta es precisamente, según la *Ex Corde Ecclesiae*, “la misión fundamental de la Iglesia” (n. 48) y a la que la Universidad de inspiración cristiana, “por su misma naturaleza hace una contribución importante... pues las actividades básicas de una universidad católica se encuentran en sintonía con la misión evangelizadora de la Iglesia”(n. 49).

Este es el marco y tarea de la pastoral universitaria: costurar la rotura que constituye el drama de nuestro tiempo: la dimensión más honda de la vida humana que se aleja del Evangelio. En esta gigantesca empresa el rol de la Universidad puede ser clave.

En este sentido llamó la atención una intervención en el Sínodo de América que tuvo lugar en Roma el año 1997, que incluso ha citado el P. General Peter Hans Kolvenbach hablando a los universitarios en Venezuela. Refiriéndose a América Latina se expresaba así un conocido académico latinoamericano: “el mundo de los no-creyentes está más cerca hoy de la fe explícita y de la Iglesia de lo que estaba hace cien años, entre otras cosas debido a la existencia de numerosas universidades católicas”. Por tanto aunque el reto es inmenso hay que enfrentarlo con esperanza. Hay razones también para ser optimistas.

Y esto es así porque la Universidad, como hermosamente expresaba Juan Pablo II en Guatemala el año 1983, inspirándose seguramente en el famoso Documento de Buga de 1967, debe ser “la conciencia viva de la sociedad” y por ello la anticipación de su futuro. Es decir, la parte más sensible y que mejor expresa lo que siente y vive una sociedad. Y al mismo tiempo la parte más preparada y crítica que más pronto se rebela contra todo lo que no responde a la verdad y al bien de un pueblo. Pues esta es precisamente la

esencia de la Universidad: la búsqueda y comunicación de la verdad para el bien común.

#### ***1.4. Y ya desde la introducción podemos empezar a sacar las primeras aplicaciones prácticas para nuestra pastoral universitaria.***

La primera sería intentar medir la conciencia que tenemos de la importancia del apostolado universitario que practicamos. Nadie trabaja con entusiasmo si no está convencido de la trascendencia de lo que hace. La pastoral universitaria se juega en el campo de lo cultural, del que depende la evangelización en su sentido más profundo, y en su centro más sensible, la Universidad. ¿Vivimos así nuestro trabajo? ¿Estamos a la altura de la preparación y entrega que exige?

La segunda reflexión práctica se refiere a la amplitud de la tarea encomendada. La pastoral es sólo una parte de la misión de la Universidad. No es meramente una parroquia, aunque pueda realizar labores pastorales y sacramentales. No es meramente pastoral juvenil, aunque se dedique con frecuencia a un público de jóvenes. Es un trabajo de evangelización explícita al servicio de esa misión que pretende unir fe y vida, fe y razón, evangelio y cultura, experiencia de fe y compromiso social y profesional. Es verdad que no puede abarcar toda la misión de la Universidad, pero tampoco puede salirse de ella ni empequeñecerse en multiplicidad de pequeñas actividades. Tiene que enmarcarse en esa gran misión de “unir existencialmente dos órdenes de la realidad que demasiado frecuentemente tienden a colocarse antitéticamente: la búsqueda de la verdad y la certeza de haber conocido ya la fuente de la verdad” (Juan Pablo II, discurso al Inst. Católico de París, 1 de junio 1980).

Para lograr mejor esa tarea esencial de “a la luz de la fe acompañar los itinerarios personales y comunitarios de integración de la existencia humana” (Const. Org. del Sect. Pasto. Ausj. 2.1), se debe evaluar:

- Por una parte, la presencia o la coordinación de la pastoral universitaria con el Departamento o Centro de integración de la Universidad que debe estar presente en cada uno de los currícula (Ausjal 1 18b), transmitiendo con “equipos especializados” la dimensión antropológica, ética y de realidad nacional (Ausjal 119).
- Por otra parte sería el momento de ver la coordinación existente entre la pastoral universitaria y las otras actividades universitarias (¿a través

de su representación en los órganos de gobierno universitario?) para ver cómo juntos vamos realizando esa misión universitaria y poder “contribuir a la necesaria tarea crítico-profética de confrontar la Universidad con su vocación y misión” (Constitución y Organización del Sect. Past. de Ausjal 2.4).

## I. El Concilio como respuesta al reto de la ruptura entre Evangelio y Cultura, de la lejanía entre Iglesia y Mundo

El acontecimiento que constituye la encrucijada de la Iglesia en estos últimos siglos es el Concilio. Si queremos situar bien nuestra pastoral tenemos que hacer referencia a él. Difícilmente se puede entender la Iglesia hoy sin la realidad desencadenada por el Concilio Vaticano II (1962-1965). Ustedes saben que generalmente los historiadores ponen en el siglo XVI la etapa de la historia de la Iglesia anterior al Vaticano II. En ese siglo tuvo lugar el Concilio de Trento (1546) como respuesta a la Reforma Protestante iniciada por Martín Lutero pocos años después de la llegada de los españoles y portugueses a América. El Vat. II es un hito histórico en la marcha de la Iglesia que inicia el fin de la época de la contrarreforma católica.

Cuando Juan XXIII convoca el concilio en 1959, tenía en ese momento dos objetivos fundamentales: por una parte el ecumenismo, el esfuerzo por unir a los cristianos. Y por otra el “*aggiornamento*”. Con esta última palabra Juan XXIII quería responder de alguna manera al problema de la creciente distancia entre la Iglesia y el mundo. El Papa Juan quería que la Iglesia se pusiera al día para con una vida y un lenguaje nuevo llevar con fuerza el mensaje del evangelio al mundo moderno. Él presentía también la ruptura, al menos en el primer mundo, entre evangelio y cultura contemporánea que está constituyendo el marco de nuestra reflexión.

Y el Concilio para esta grandiosa tarea de poner al día la Iglesia, hizo fundamentalmente dos cosas: redefinir su identidad y reformular su misión.

Para redefinir su identidad elabora una nueva eclesiología en la Constitución *Lumen Gentium*: se pasa de una Iglesia concebida como “sociedad perfecta” que se defiende de un mundo hostil, a una Iglesia entendida como expresión de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (LG 1), como fermento y alma de la sociedad humana (GS 40), como Pueblo

de Dios (LG 9) que camina en medio de la historia de los hombres. En esta reformulación se expresa claramente el tránsito de una concepción cerrada a otra concepción más abierta de la Iglesia. Ratzinger expresa muy bien este cambio de época: la Iglesia pasa la página de “subsistir en sí misma como suprema posibilidad del ser, a la más significativa de abrirse, de darse, de ser sacramento del mundo”. Un famoso libro de aquellos años resumía también muy bien el cambio práctico de actitud surgido de esta nueva concepción: “del anatema al diálogo”.

Esta nueva identidad de la Iglesia implica también una nueva manera de entender su misión: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de la Iglesia (GS 1). Con esta cercanía al hombre de hoy le será más fácil a la Iglesia testimoniar al ser humano que Cristo es quien manifiesta “el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”, que es una “vocación única” para todos los seres humanos, la vocación divina” de llegar a ser hijos de Dios. (GS 20).

Pasemos ahora a sacar las conclusiones prácticas de esta apretadísima síntesis conciliar en relación con nuestra pastoral universitaria.

El cambio operado por esta nueva visión del Concilio en la Iglesia fue inmenso. De tal forma que en algunos sectores se perdió el sentido de la realidad y se dio lugar a excesos y radicalismos que provocaron en unos pánico y desconcierto, en otros la reacción contraria de tipo tradicionalista y fundamentalista, y en otros la postura neoconservadora.

A nivel del laico profesional católico estas tendencias de tono más tradicional se han fortalecido en la Iglesia y se sigue proponiendo hoy con fuerza un modelo de cristiano que, temeroso de la identidad de su fe, busca seguridad y claridad ante el serio reto que propone al cristianismo el mundo de hoy. Le cuesta aceptar los aportes, muchas veces ambiguos de la modernidad, como son el pluralismo, la secularización (no el secularismo), el estudio crítico-histórico de la escritura... Esta postura tiende a absolutizar realidades que son relativas prescindiendo de la necesaria y correcta jerarquía de las verdades de la fe, queriendo someter toda otra postura eclesial a su limitada forma de pensar, incluso buscando el poder para imponer sus ideales espirituales.

Pero la Iglesia necesita también otro tipo de cristiano ilustrado. Como muy bien dice la *Ex Corde Ecclesiae* (n. 41) le toca también a la Universidad

católica preparar personas que tengan “una activa participación en la Iglesia” y que al mismo tiempo tengan un serio “compromiso en el mundo”. No se debe negar el rol que en la Iglesia también tiene que tener otros cristianos de carácter más conservador. Pero es necesario que las universidades recomendadas a la Compañía de Jesús hagan su aporte con otro tipo de cristiano de profunda experiencia espiritual, de lograda integración entre fe y cultura moderna, con capacidad de diálogo, tolerancia y discernimiento, y que al mismo tiempo tenga un coherente empeño en su compromiso social. Si todavía hoy no tenemos muchos de esos cristianos podemos esperar que el trabajo serio de la pastoral de nuestras universidades puedan formar esos cristianos que tanto necesitará el futuro de la Iglesia.

La pregunta que aquí brota es si esa labor la estamos haciendo con la suficiente seriedad y amplitud. O si todavía el futuro de la Iglesia y de su presencia en el mundo seguirá en manos de un solo tipo de cristiano, y no precisamente el soñado por la renovación del Vaticano II.

## II. El Concilio como tránsito de la Iglesia Occidental a la Iglesia mundial

Pero podemos hacer todavía otra reflexión sobre el Concilio que nos ayude a evaluar nuestro trabajo pastoral y al mismo tiempo nos abra a las reflexiones posteriores que aun tenemos que hacer.

Todos sabemos que en los grandes acontecimientos de la Iglesia los hombres podemos planear una cosa pero que el Espíritu puede tener planes y metas inesperados para nosotros. Por eso para poder interpretar con menos riesgo de error estos grandes acontecimientos es importante dejar pasar un poco de tiempo.

El gran teólogo Karl Rahner, después de unos quince años de haber terminado el concilio hace una interpretación de él que nos puede ayudar en nuestras reflexiones. Para Karl Rahner el gran fruto del Concilio no es tanto la abertura ecuménica postconciliar, ni siquiera el *aggiornamento* eclesial conseguido. Para Rahner el gran fruto inesperado y exuberante del Concilio, aquel que estaba empujando misteriosamente el Espíritu en su Iglesia, lo constituye el tránsito de una Iglesia occidental que deja paso al nacimiento de una Iglesia mundial. ¿Qué se quiere decir con eso?

Después del Concilio, sin negar la fundamental unidad con la tradición de la Iglesia, sí se produce un corte profundo con el pasado y comienza una actitud nueva más universal no solo en relación con la concepción de la libertad religiosa, con la actitud hacia las otras religiones e iglesias, con la postura ante la colegialidad de los obispos. Sino que se produce un hecho histórico mayor: el tránsito de una Iglesia culturalmente occidental a otra de rostro mundial en la que la misma fe católica se puede expresar según la sensibilidad y los problemas de las diversas culturas que se dan en nuestro mundo.

Apenas a los dos años y medio de clausurado el Concilio, agosto de 1968, inauguran esta nueva etapa los obispos latinoamericanos con un documento sorprendente: el famoso documento de Medellín. Uno de los teólogos de confianza de Pablo VI, José Colombo, al hacer evaluación de los 20 años del Concilio, reconocía que ya “en la *Evangelii Nuntiandi* de 1975 el problema fundamental de la evangelización se refiere a las nuevas culturas del tercer mundo y a la nueva problemática” de la justicia y de la paz exigida por una iglesia mundial.

Para captar un poco lo inusitado de este cambio es importante conocer la división de la historia de la Iglesia que a esta luz presenta Rahner en su interpretación del Concilio. Para él, culturalmente, la historia de la Iglesia sólo tiene tres períodos. El primero, brevísimo, abarca los pocos años de la Iglesia primitiva en el que el mensaje cristiano se transmitió en la cultura hebrea.

Enseguida, ya con San Pablo, comienza el largo y profundo proceso de traducción y transmisión de la fe a través de la cultura grecolatina occidental. A través de esta cultura llegó la fe a los diversos continentes, también a América. Es una larga etapa que abarca casi veinte siglos y llega hasta nuestros días.

Y finalmente el tercer período que con el Vaticano II abre la Iglesia a una comunidad verdaderamente mundial, con el ideal de expresar la misma fe católica universal en las diversas culturas. (Permítanme una anécdota que es al mismo tiempo una imagen epocal: la inauguración del Sínodo de África se inauguró con filas de mujeres de color danzando al sonido de ritmos africanos y avanzando en los preciosos mármoles de la nave central en la solemne liturgia de la Basílica de San Pedro en el Vaticano ante los ojos atónitos de algunos monseñores romanos. Como que con esas danzantes religiosas estaba entrando en la Iglesia una nueva cultura diversa a la expresada en la liturgia romana tan occidental).

¿Por qué hemos hecho alusión a esta interpretación del Concilio en esta reflexión sobre la pastoral universitaria de AUSJAL? La Iglesia católica ya no es sólo la iglesia occidental europea, sino también la Iglesia en proceso de encarnación en las diversas culturas. La Iglesia católica es también la Iglesia de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Las Universidades católicas son también las universidades de AUSJAL con unas características propias. No existe la cultura sino culturas. No existe la Universidad sino las universidades concretas. No existe la pastoral universitaria sino la pastoral concreta, inculturada en América Latina, de estas universidades concretas que sin dejar de ser plenamente fieles a la fe católica de la Iglesia una y universal al mismo tiempo responden a problemática y formas de ser muy específicas.

Por ello tenemos que fundar nuestra pastoral tanto en las indicaciones universales de *Ex Corde Ecclesiae* y *Ecclesia in America*, como en las más inculturadas de Medellín y Puebla, y en las más particulares de cuño ignaciano típicas de la Compañía de Jesús. No podemos romper la tensión entre universalidad e inculturación: ni universalidad abstracta ni inculturación cerrada. De otra forma no podríamos responder al drama de nuestro tiempo de la ruptura entre evangelio y cultura que en cada región geográfica se vive de diverso modo e intensidad (no tendríamos por ello que hablar mejor de culturas).

### III. La *Ex Corde Ecclesiae* y la Pastoral Universitaria. (1990)

#### 3.1. Introducción

Todos ustedes saben que en 1990 Juan Pablo II escribió la “carta magna” (ECE 8) de las Universidades católicas. Incluso se tuvo en la AUSJAL un importante encuentro en Bogotá para estudiar este documento: *Ex Corde Ecclesiae*. Por ello mis reflexiones serán esquemáticas, reduciéndome a lo fundamental.

La ruptura entre evangelio y cultura es una realidad presente hoy en algunos países o una amenaza futura para otros. Pocos instrumentos tan aptos para enfrentar a mediano y largo plazo este reto como la misma universidad católica o de inspiración cristiana que, como dice Juan Pablo II, pone a la Iglesia “en el corazón de cada cultura” (n. 2).

Todos sabemos que la Universidad es uno de los laboratorios humanos más formidables de creación de cultura: el avance o el retroceso de la humanidad parte muchas veces de ella. No sólo muchos premios nóveles, sino también con frecuencia los gabinetes de gobierno y las publicaciones más significativas salen de hombres y mujeres que pertenecen a las comunidades universitarias. La presencia o ausencia de Dios en una sociedad parten no pocas veces de la Universidad, lo mismo que la correcta o incorrecta visión del ser humano y del orden internacional. Por no poner más que un ejemplo reciente, podemos recordar que a los padres del neoliberalismo se les llamaba los “*Chicago boys*” precisamente por la Universidad en la que enseñaban y se formaban.

### 3.2. Contenido de la misión de la universidad

#### Primero Universidad

Como pastoralistas que participamos en lo más específico de la misión de la Iglesia tenemos que estar claros sobre lo que constituye la esencia de la misión de la Universidad católica.

Esta tiene que ser en primer lugar universidad: comunidad de alumnos y profesores que investiga la verdad, que la trasmite y sirve al bien común de la sociedad en la que vive. Y todo ello con la debida autonomía administrativa y libertad académica. En lenguaje más conocido para nosotros se habla de la triple misión de investigación, docencia y proyección social esenciales a toda universidad.

En la última congregación general de los jesuitas el decreto sobre las universidades se afirma que el sustantivo es “universidad” y el adjetivo “católica” o “de inspiración cristiana” o “jesuítica”. Aunque a algunos esta formulación de sustantivo y adjetivo no les parece muy lograda, el mensaje fundamental es claro: una universidad católica o jesuítica tiene que ser una buena universidad, tiene que cumplir a satisfacción y dentro de sus posibilidades las exigencias de investigación y docencia que hacen de una institución una universidad prestigiada y respetada. Poco sentido tendría una institución “muy católica” pero poca o mala universidad.

Pero no basta que sea universidad sino que tiene que ser católica o de inspiración cristiana o jesuítica. ¿En qué consiste esta especificidad? ¿Por qué están tan interesadas la Iglesia y la Compañía de Jesús en estar presente en la Universidad. ¿Por qué se multiplican (¿en exceso?) en nuestros días las



Universidades católicas? ¿Aportamos algo especial a la investigación, a la docencia, a la proyección social típica de toda universidad?

En una universidad católica o de inspiración cristiana no sólo se quiere buscar la verdad investigando, enseñando, sirviendo al bien común de una sociedad, sino que esto se quiere y se debe de hacer de tal forma que ayude a conseguir en profesores y alumnos, y ojala en la misma sociedad, una lograda síntesis de fe y ciencia, de fe y vida, de fe-cultura-justicia, de profesionalismo y ética, de experiencia cristiana y vivencia social y profesional. El ideal es que la búsqueda y aprendizaje de las verdades con minúscula nos acerquen cada vez más a la Verdad con mayúscula que es Dios. Esta es la misión de la Universidad que se dice y quiere ser católica, de inspiración cristiana. Por ello debería de jugar un importante papel en la urgente empresa de superar el drama de nuestro tiempo: la ruptura entre evangelio y cultura.

La universidad católica por su misma naturaleza hace (idealmente) una contribución importante a la labor de evangelización de la Iglesia, pues “lleva a cabo una investigación iluminada por el mensaje evangélico que pone los nuevos descubrimientos humanos al servicio de los individuos y de la comunidad; que ofrece una enseñanza en un contexto de fe que forma hombres y mujeres capaces de juicio crítico y consciente de la trascendencia de la dignidad de la persona humana; que entrena profesionales capaces de incorporar valores éticos y auténtico espíritu de servicio; que dialoga con las culturas para que la fe pueda inculturarse mejor; que elabora una teología plenamente actualizada que responda a las aspiraciones de las generaciones de hoy” (ECE 49).

### ***3.3.- La pastoral dentro de la misión de la universidad***

Dentro de esta ambiciosa misión debe situarse la pastoral universitaria. Es el trabajo explícito, que implícitamente debe realizar la universidad como un todo, no sólo en sus investigaciones y enseñanza sino en todas sus actividades y hasta en su modo de organizarse.

No les extrañe que entonces la Iglesia señale lo típico de la pastoral universitaria como “el ofrecimiento a todos los miembros de la comunidad universitaria de poder integrar principios religiosos y morales con todas sus actividades, académicas o extra académicas. Es decir ayudar a la síntesis ideal cristiana: integrar la fe con la vida” (ECE 38).

Ustedes señalan, en su documento de Bogotá de mayo del año pasado, de forma muy completa y con formulaciones muy logradas siete medios concretos con los que la pastoral puede ayudar a lograr “a la luz de la fe la integración de la existencia humana. En síntesis esbozan ustedes ahí todo un proyecto de pastoral universitaria.

Pero sí me gustaría destacar una actividad concreta que el mismo documento pontificio resalta en el n. 40 y que no podemos dejar pasar por alto: una de las prioridades de la pastoral universitaria será transmitir a alumnos y profesores el sentido social de su vida, es decir “la responsabilidad hacia quienes sufren... atenta particularmente a los más pobres y que soportan las consecuencias de la injusticia económica, social, cultural o religiosa”. Si ustedes comprueban que este documento pontificio dedica cuatro párrafos al ministerio pastoral en las universidades, no deja de ser oxigenante que uno de ellos esté dedicado exclusivamente a la formación del sentido social de los miembros de la comunidad universitaria.

### *3.4.- Aplicaciones prácticas*

Les invito ahora a reflexionar sobre algunas consecuencias prácticas para nuestro trabajo. La primera sería la necesidad de una estrecha coordinación con las estructuras y autoridades universitarias en orden a participar plenamente de la misión de la universidad y de recordarle su finalidad última y característica. No debería ser la pastoral universitaria un reducto aislado que atiende las necesidades religiosas de algunas personas devotas que asisten a la universidad. Ya hemos hecho alusión a esto en la misma introducción, y ustedes, el año pasado, aludían a ello cuando hablaban del fortalecimiento de la dimensión pastoral en la estructura de AUSJAL. Me pregunto si eso no tendría que evaluarse también primero en cada una de las universidades (Const. Past. Ausjal 3.1 y 3.2).

Por otra parte, se impone la necesidad de tampoco contentarse con actividades sacramentales y espirituales, esenciales por cierto para toda pastoral pero que pueden quedar aisladas de la misión universitaria. Quizá tendríamos que preguntarnos si basta con la buena voluntad para hacer pastoral universitaria, o si más bien tienen que llenarse unas condiciones mínimas de preparación y sensibilidad para emprender esta tarea con un mínimo de éxito. Por ello podríamos preguntarnos hasta qué punto el pastoralista de AUSJAL puede prescindir totalmente de alguna presencia en el aula, especialmente en el área de integración.

Como la empresa es tan ambiciosa hay que ser conscientes que no puede ser obra de un individuo aislado. Debe ser obra de un equipo. La ECE habla de “suficiente número de gente calificada para este ministerio” (Normas gen. 6,2). Y de un equipo que requerirá tiempo y años para ir constituyendo una presencia a la altura del reto que se le impone. Equipo y estabilidad parecen requisitos indispensables.

Al mismo tiempo una pastoral como la que se propone idealmente –ya hemos dicho que requiere tiempo– supone una seria planificación, partiendo de metas realistas pero que aspiran a metas de largo alcance. Puede darse frustración si no se concretan las metas posibles y, sin fundamentos reales, se proclaman sólo las metas ideales. En este sentido es interesante la ponencia de Monseñor Terán tenida en Guadalajara en 1993 al hablar de las dos posibles maneras de entender la pastoral universitaria, sea a partir del ambicioso tema de la evangelización de la cultura sea a partir de la presencia sacramental y de formación espiritual en la vida de todos los días de la Universidad.

Pero lo dicho hasta aquí se refiere a todos los continentes. Son los ideales de la Iglesia en todas las universidades católicas del mundo. ¿Qué es lo específico de la pastoral universitaria en América Latina? ¿Cómo se unen las exigencias universales de la pastoral universitaria con las exigencias particulares de nuestro continente?

#### IV. *Ecclesia in America* (1999)

El primer tramo del descenso de lo universal a lo particular lo podemos recorrer estudiando el mensaje de la exhortación apostólica pos-sinodal recientísima de Juan Pablo II, que fue entregada a los obispos del continente en el santuario de la Virgen de Guadalupe de la ciudad de México en enero de este mismo año.

Es el momento de exponer nuestra interpretación de esta exhortación apostólica y de sacar las consecuencias para la pastoral universitaria en el continente americano. Veremos cómo se va concretando esa meta ideal y universal de unir fe y vida, fe y ciencia, fe y cultura, que es la meta de la misión universitaria cristiana.

El primer punto a considerar en la exhortación apostólica postsinodal es el mismo subtítulo: “encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad”. Tenemos con ello ya esbozadas las cuatro primeras partes del mensaje. Primera: encuentro con Cristo. Segunda: con-

versión. Tercera: comunión eclesial. Cuarta: solidaridad con los demás. No se puede negar que es difícil proponer un programa más completo con menos palabras.

En este contexto conviene desde el principio destacar el centro que recorre todo el documento: la centralidad del encuentro personal con Cristo y del aliento evangelizador que ese encuentro, si es verdadero, tiene que despertar en un continente cristiano pero con tantos problemas. No cabe duda que con ello se toca la raíz de la fe cristiana: encuentro con el Cristo vivo y misión apostólica universal. Y yo me pregunto si no hay aquí un reencuentro con nuestra esencia cristiana exigido en parte por el reto de la evangelización protestante en el continente.

Y no cabe duda que para la pastoral universitaria que busca el ideal de fe y vida, primero tiene que preguntarse si el joven universitario o el maduro profesor tiene fe, es decir, ha tenido ese encuentro personal con Cristo que es la condición necesaria para una verdadera fe cristiana. Es sumamente importante la afirmación de Juan Pablo II de que a pesar del reconocimiento de la piedad popular como algo característico del continente americano, que incluso llega a considerarla como “lugar de encuentro con Cristo” y “expresión de inculturación de la fe” (EIA 16), sin embargo se abre paso de forma significativa la afirmación de que hoy día en el continente americano “la fe ya no puede ser presupuesta” (EIA 69).

Pero en la estructura del documento hay un dato curioso. El documento no tiene cuatro partes –según los grandes acápites antes mencionados–, sino cinco partes. La última está dedicada precisamente a la “misión de la Iglesia hoy en América Latina: la nueva evangelización”. Y es como una síntesis de todo el documento. Como si viniera a decir: después de este largo documento que intenta resumir toda la problemática del continente, quiero decirles cuáles son las cosas más importantes que lo resumen todo, los puntos que deben concentrar nuestro empeño y que constituyen la esencia de la nueva evangelización del continente. Me atrevería a decir que aquí está el mensaje del Papa, después de haber escuchado y comunicado el mensaje del episcopado de todo el continente.

¿Y en qué consiste la nueva evangelización del continente? Evidentemente en el anuncio de Cristo (EIA 67-68), su asimilación en la catequesis (EIA 69) y el empuje misionero (EIA 66) que brota del encuentro con el Señor. Pero inmediatamente se pasa como contenido de esa misión a la “evangelización de la cultura” (EIA 70) encabezada por la cita de la *Evangelii Nuntiandi*

de “la rotura de evangelio y cultura”. Y esta evangelización de la cultura tiene dos nervaturas: la educación y los Medios de Comunicación Social (MCS). El número dedicado a la educación (secundaria y universitaria) es el número más largo del documento. Creo que en pocos documentos del Papa se acentúa tanto el rol de la educación en la evangelización de la Iglesia, que llegar a ser designado como “campo privilegiado para la inculturación del evangelio” (EIA 71). Y dentro de él se asigna a la pastoral universitaria una “particular solicitud” para que “los estudiantes lleguen a ser ellos mismos evangelizadores del medio universitario”(EIA 71). Es claro para Juan Pablo II, expresando el resumen del Sínodo de América que “en el proyecto de la nueva evangelización del continente americano el sector de la educación ocupa un puesto privilegiado”.

Pero esta última parte que describe la nueva evangelización del continente americano no solo se refiere a los sectores prioritarios de actividad, sino que también señala dos destinatarios privilegiados.

El primero naturalmente son los pobres (EIA 67b) que ya en el evangelio de Lucas explícitamente son señalados como los privilegiados de la misión del Mesías. El segundo destinatario lo constituyen “los dirigentes de la sociedad” (EIA 67c). Y nosotros añadimos que en un porcentaje altísimo, estos dirigentes pasan o han pasado por la universidad. Por eso no nos parece exagerado poder resumir los destinatarios de la nueva evangelización en el continente americano si utilizamos dos palabras: pobres y universitarios. Y de estos últimos se repite la importancia que tiene formarlos en su conciencia social, en la doctrina social de la Iglesia (EIA 18, 54-56, 67C).

Las conclusiones que aquí se desprenden para la pastoral universitaria son evidentes: conciencia creciente de la importancia del trabajo universitario no sólo a nivel de sector de actividad sino también como destinatario privilegiado de la actividad de la Iglesia en la nueva evangelización. Como podremos ver en otro contexto, desde la crisis de Medellín que expresaba un profundo cuestionamiento a las instituciones educativas, no cesa de crecer en estos treinta años la valoración que hace la Iglesia de la importancia apostólica de la educación.

### *Aplicaciones prácticas para nuestra pastoral*

La pastoral universitaria tiene que partir de una fe que brota del encuentro personal con Cristo y que ofrece una seria formación, particularmente en la Doctrina social que capacita al laico a ejercer su misión de fermento del

mundo secular. ¿No se debería entonces multiplicar las ocasiones de anunciar el *kerigma* cristiano para posibilitar el encuentro personal con Cristo, base de todo proceso de formación cristiana? Esto naturalmente dentro de un profundo respeto a los diversos caminos y grados a los que Dios llama a cada persona. Pero no podemos suponer la fe: la pertenencia a la Iglesia de las personas va a depender cada día menos del bautismo y cada vez más de la comunidad que haya anunciado y comunicado un Cristo vivo. ¿No debería ofrecer la Universidad una plataforma importante para ello?

## V.- Medellín, Puebla y Santo Domingo

### 5.1. Medellín

Pero todavía podemos descender más en el proceso de encarnación de la pastoral universitaria. Del mensaje universal de la *Ex Corde Ecclesiae* pasamos a lo continental de la Exhortación pos-sinodal *Ecclesia in America*. Y de lo continental bajamos ahora a lo latinoamericano. La Iglesia mundial que nació en el concilio es mundial porque siendo universal al mismo tiempo está plenamente inculturada en cada pueblo. Nos toca ahora, después de señalar los rasgos que pueden ayudar a la pastoral universitaria católica y americana, encontrar los rasgos que la constituyen latinoamericana. Porque la pastoral tiene que responder a una realidad determinada y concreta. ¿Cómo conocer y determinar la realidad latinoamericana en la que tiene que vivirse la unidad de fe y vida?

Los dos grandes aportes de la Iglesia Latinoamericana a la identidad cristiana del continente están sintetizados en las grandes reuniones de la Iglesia Latinoamericana: las reuniones de Medellín (1968) y Puebla (1979). Creemos que el aporte de Santo Domingo (1992), por razones que sería prolijo enumerar aquí, no es tan significativo y está fundamentalmente incluido en las dos reuniones anteriores.

Medellín es la primera prueba de la realidad de una “iglesia mundial” como fruto del Concilio Vaticano II. Es la respuesta creativa y propia de la Iglesia Latinoamericana cuando, con la nueva actitud de servicio y apertura al hombre en nombre del Evangelio aprendida en el Concilio Vaticano II, la Iglesia descubre su propia realidad: la de las mayorías pobres y creyentes. Ante esa realidad se propone como misión la de asumir, desde el espíritu del Evangelio, el cambio hacia una mayor justicia en el Continente como la forma más eficaz de asegurar la paz tan amenazada por las estructuras de pecado:

“No tendremos continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras. Pero sobre todo no tendremos continente nuevo sin hombres y mujeres nuevas que a la luz del evangelio sepan ser libres y responsables” (Just. 3b).

Desde Medellín no se puede concebir en América Latina una integración de fe y vida sin un compromiso serio por la construcción de sociedades más justas y dignas. Como dicen los Obispos en su Mensaje introductorio: “debe terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es la “fe que obra por medio del amor” (Gal. 5,6) Mensaje: compromisos.

No es extraño por ello que las consignas de Medellín vayan en esta dirección: “la enseñanza teológica debe estar en todos los sectores de la Universidad en armónica integración... y en íntima comunión con las exigencias más profundas del hombre” (Educ. IV, 21). Pero no basta este mensaje al interior de la Universidad: ella “debe estar integrada en la vida nacional y responder con espíritu creador y valentía a las exigencias del propio país” (IV. 23), y ojala “que todos los sectores sociales tengan acceso sin discriminación” (IV.18) a la universidad católica.

Con estas metas el juicio que se hacía la Iglesia de aquel tiempo de las universidades católicas hay que reconocer que no era muy halagüeño: “el esfuerzo que han significado la creación de Universidades católicas en América Latina no ha respondido a las expensas que se cifraban en ellas” decían sinceramente los obispos reunidos en Buga (n. 1) en 1967 preparando la reunión de Medellín. Por esta razón no pocos religiosos dejaron las instituciones educativas para empeñarse en actividades que se creían con mayor sentido social en beneficio de las mayorías pobres. El cuestionamiento de las instituciones educativas y de la labor cristiana realizada en ellas fue en estos años muy fuerte. Pero, no podemos olvidarlo, también se promovió el esfuerzo de las universidades y de las instituciones educativas para ponerse a la altura de las nuevas exigencias cristianas.

Una prueba de ello son las palabras de Ignacio Ellacuría al conceder, *post mortem*, el doctorado a Monseñor Romero en la UCA del Salvador en el año 1985:

La universidad no sin el influjo de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín en 1968, sostuvo que en América Latina y, más particularmente en el Salvador, la paz tenía un nombre preciso: liberación (...) Sostuvo (...) que las palabras

justicia, libertad y paz no fueran ya mentiras políticas sino realidades puestas en marcha y disfrutadas realmente por más y más hermanos salvadoreños.

Para nuestra reflexión pastoral quedan siempre como un reto los interrogantes lanzados por Medellín a las Universidades:

- La integración del mensaje de la fe en todos los currícula.
- La integración de la universidad en la vida nacional y en sus problemas.
- La integración en la Universidad de todas las clases sociales.

## 5.2. *Puebla y Santo Domingo.*

Si Medellín supuso para la fe cristiana de los latinoamericanos el compromiso con un mundo más justo y pacífico (los primeros y más conocidos documentos de Medellín fueron precisamente los documentos de “Justicia” y “Paz”), la reunión de los obispos de Puebla no sólo confirmó esta opción sino que la completó y profundizó diez años más tarde, en 1979, ya con la presencia de Juan Pablo II, introduciendo el tema de la cultura.

La preparación de Puebla dio ocasión al debate teológico más amplio e intenso de la historia de la Iglesia Latinoamericana. Las posturas se polarizaron: los defensores de la justicia contra los promotores de la cultura. ¿Cuál era el reto de la Iglesia latinoamericana después de Medellín? ¿Seguir insistiendo en un continente más justo ante una creciente brecha social, o promover la identidad cultural cristiana del pueblo latinoamericano en el que comenzaban a sentirse los embates secularizantes de la cultura moderna?

Con el tiempo y una mayor serenidad se empezó a captar que la respuesta de Puebla no era una respuesta de exclusión sino de integración. La Iglesia latinoamericana lanzaba no sólo la opción preferencial por los pobres como exigencia de todo cristiano que se preciara de serlo, sino que hacía ver que esta opción no era diversa de la evangelización en profundidad de la cultura cristiana que el pueblo latinoamericano había recibido de sus mayores. Defender, purificar y promover esta fe que formaba parte del modo de ser latinoamericano era una tarea que no podía menospreciarse sino que se debería profundizar como herramienta esencial de evangelización de la cultura moderna y como motor de liberación integral.



Por eso desde Puebla no sólo es importante el empeño de justicia por mejorar las estructuras sociales para que se viabilicen sociedades más dignas para todos, sino que también hay que conocer las estructuras culturales que están al fondo de nuestra compleja realidad latinoamericana y que, durante siglos, han empapado de valores cristianos nuestras sociedades y que hoy hay que purificar y actualizar para que puedan seguir siendo motor de liberación integral y modelo de integración cultural en una época de cambios sin precedentes.

Puebla por tanto plantea a la fe cristiana una doble tarea: la evangelización de la religiosidad popular para hacer crecer la identidad cristiana del continente y a la vez promover el potencial liberador de nuestro pueblo. Se trata al mismo tiempo de la meta de estimular sociedades cada vez más justas y dignas pero que no pierdan sus valores cristianos profundos.

Por ello el clima de Puebla ya es distinto del de Medellín en relación con la Universidad y su misión en la sociedad. Puebla señala la enorme demanda de enseñanza superior” (DP 1051) y la labor clave de “formar líderes constructores de una nueva sociedad” (DP 1054), que sólo logrará si la Universidad logra transmitir con la fuerza del evangelio “una cultura integral (...) en la que lo nacional, humano y cristiano logren la mejor armonización” posible (DP 1060). Y aunque exige un “continuo autoanálisis” de su misión, Puebla es consciente que hay que ser muy cuidadoso con hacer juicios demasiado radicales sobre la Universidad pues “los resultados universitarios no pueden medirse a corto plazo”.

Santo Domingo prosigue en la misma línea e incluso avanza más. Hace un llamado “a los religiosos que han abandonado el importante campo de la educación católica para que se reincorporen a su tarea recordando que la opción por los pobres incluye la opción por los medios para que la gente salga de su miseria, y uno de esos medios privilegiados es la educación” (S. Domingo n. 275).

¿Cómo se puede traducir el aporte de Puebla en la pastoral universitaria?

América Latina no se transformará si los universitarios, que cuentan con las herramientas técnicas y organizativas de la modernidad y los poderes y haberes de la sociedad, no hacen como miembros de la Iglesia Latinoamericana la opción preferencial por los pobres. Y esta difícilmente se podrá hacer sin

una profunda conversión y una visión de fe que solo una seria pastoral puede transmitir en libertad.

Unas frases del P. Kolvenbach el año 1990 en la Universidad Iberoamericana de México expresan muy bien esta exigencia:

nuestra opción educativa es englobante y exigente porque nos pide educar a todos –ricos, clase media y pobres– pero desde una perspectiva de justicia, desde las necesidades y esperanzas de los pobres (...) La opción por los pobres ha de ser para toda la comunidad educativa un criterio tan evidente y claro que nunca tomemos una decisión importante en la vida universitaria y profesional sin pensar antes en el impacto que producirá en las mayorías desvalidas del país.

En la formación continua de docentes, investigadores y administradores (Línea de Acción 2 de AUSJAL) sería interesante estudiar qué rol tiene esta opción preferencial por los pobres, punto tan esencial para un cristiano latinoamericano.

Otro cuestionamiento práctico se refiere al estudio y/o valoración de la cultura cristiana de la gente. Y al mismo tiempo un intento por conocer más profundamente la compleja realidad cultural de América Latina en la que simultáneamente están presentes la cultura posmoderna, la cultura popular emergente de los inmensos barrios de nuestras ciudades, y las culturas indígenas y afroamericanas. Cuando en las clases de integración tratamos los temas de la realidad nacional y de la visión antropológica del ser humano (Línea de Acción 1 de AUSJAL) deberíamos reflexionar en qué medida está presente el tema tan actual y candente de la cultura.

## VI. Especificidad jesuítica de AUSJAL

Hemos enmarcado la pastoral universitaria en el nuevo movimiento eclesial impulsado por el concilio. En este marco el distintivo cristiano universal tiene que estar unido a las particularidades locales de cada región pero también a los diversos carismas con los que se vive la fe cristiana. La Compañía de Jesús ha aportado a la Iglesia su carisma y tiene su forma propia de vivir la fe cristiana y de enfocar su trabajo y pastoral universitaria. Modestamente creemos con ello poder potenciar su identidad cristiana y latinoamericana.

Llegamos por tanto, después de lo eclesial y latinoamericano a lo jesuítico. Pero para poder introducirnos en el tema necesitamos mencionar un elemento clave que fue una de las características principales del último congreso mundial de los Jesuitas: la CG 34 del año 1995. En esta última Congregación General se destacó el hecho de que los jesuitas ni trabajan, ni deben trabajar, ni pueden trabajar solos. Ya el Concilio Vaticano II había destacado que a los laicos por fuerza de su bautismo les compete esencialmente también participar en la misión de la Iglesia. No es una concesión, ni una oportunidad en tiempos difíciles, sino un derecho de su ser eclesial y cristiano.

Los jesuitas quieren por tanto, no sólo ofrecer colaboración en su trabajo a laicos, sino que están convencidos que Dios llama a algunos de ellos a participar en la misión de la Compañía de Jesús. Participar en la misión es algo mucho más grande y ambicioso que meramente trabajar e incluso colaborar en una obra de la Compañía de Jesús. Misión significa, en este contexto, participación en la obra de Cristo y por lo mismo incluye vocación a la que Él invita y que capacita para esa misión y que exige entrega entusiasmada de la propia vida.

Y si esto es así en los diversos trabajos de una obra de la Compañía, ¡cuánto más en el trabajo explícitamente cristiano de la pastoral universitaria! Estamos afirmando por tanto que a la pastoral universitaria no pueden ni deben llevarla solo los jesuitas, que necesitan no solo compañeros de equipo de trabajo sino también apóstoles laicos, personas vocacionadas por Dios para la misión de la pastoral universitaria de la Compañía de Jesús.

Ya sólo este punto de la vocación para la misión común de jesuitas y laicos requeriría de parte de todos una seria evaluación.

### **6.1. Los Ejercicios Espirituales**

Y normalmente ¿dónde se verifica esa llamada y donde se forma para esa experiencia espiritual de misión según el carisma concreto de Compañía de Jesús?

Hoy día, gracias a Dios, estamos todos claros que difícilmente se podrá llevar con plenitud el trabajo de equipo de la misión de la pastoral universitaria si los Jesuitas y laicos que se embarcan en ella no participan del mismo espíritu y misión. Es decir si no han hecho en profundidad la experiencia de los ejercicios de San Ignacio (de al menos ocho días y ojalá de los ejercicios completos, sea en retiro sea en la vida ordinaria).

En los *Ejercicios* se hace la experiencia cristiana que hay que transmitir a los demás en la Universidad. Experiencia cristiana que tiene dos elementos fundamentales: la experiencia de sentirse pecador, amado, perdonado y transformado por Dios, y la experiencia de sentirse personalmente llamado a compartir con y como Cristo la misión de llevar adelante el Reino de Dios en este mundo. Sin esa experiencia de conversión y de llamada al seguimiento de Cristo hoy en nuestro mundo difícilmente vamos a compartir un equipo de trabajo universitario, y difícilmente vamos a transmitir una impronta ignaciana y jesuítica a la universidad y a la pastoral que realizamos.

Los *Ejercicios Espirituales*, con sus modos propios de orar, de incorporar el Evangelio, examinarse, discernir, sentir con la Iglesia y comenzar a encontrar a Dios en todas las cosas, no solo son entrenamiento personal de cada uno de los agentes de pastoral sino también medio privilegiado para transmitir una mística cristiana en la Universidad. A través de ellos lograremos, en nuestra diversidad y pluralidad, hablar un mismo lenguaje y transmitir la esencia de un mensaje coherente en la diversidad y fracturación cultural de nuestro medio.

Esta experiencia nos capacitará también para esa sensibilidad discernidora que dentro de tantas cosas a realizar nos permitirá acertar con los medios concretos que requiere hoy un proyecto pastoral eficaz y actual en el mundo universitario de hoy.

Esta es la aplicación práctica más importante para una pastoral universitaria que además de eclesial y latinoamericana quiera ser jesuítica-ignaciana: ¿hasta donde ha llegado la experiencia espiritual de los ejercicios en los miembros de nuestro equipo? ¿hasta donde ha llegado la experiencia de los ejercicios (en sus diversos modos) en nuestra pastoral universitaria a nivel de profesores, estudiantes, trabajadores? Ya la segunda línea de acción de AUSJAL decía que debemos fomentar en todas nuestras universidades una oferta creciente de retiros espirituales y Ejercicios de San Ignacio para el personal académica y administrativo que pueda y quiera hacerlos libremente. Nuestras universidades dedicarán personal y recursos para desarrollar esta actividad con calidad: ella no debe ser dejada a la improvisación o vista como algo excepcional sino algo lógico que se deriva de su específica identidad.

## **6.2. La actualización de la Misión de la Compañía de Jesús: CG 34**

Pero no basta haber hecho la experiencia de los ejercicios. Hace falta que esa capacidad de discernir aprendida en los ejercicios se ejerza continua-

mente para actualizar la misión de Cristo hoy en nuestro mundo. Quienes en el siglo XVI o XVIII o en los años cincuenta de este siglo hicieron ejercicios veían de distinta manera la instauración del Reino de Dios de como la vemos y sentimos hoy.

Incluso, hoy día dentro de la Iglesia existen maneras y estilos muy diversos de concebir su misión. La Compañía de Jesús—dentro de la misión de la Iglesia— tiene una forma propia de concebirla. Considera que no se trasmite una verdadera fe hoy si al mismo tiempo no se trasmite la exigencia de esa fe de realizar obras de fraternidad y justicia en este mundo. Consiguientemente las universidades encomendadas a la Compañía son “lugares de serena y abierta investigación de la verdad” (CG 34, 17.6) como no podía ser menos. Pero nuestras universidades deben también descubrir en su propia estructura como institución y en sus objetivos un campo específico para el encuentro con la fe que hace justicia” (CG 34, 7). Esto mismo lo expresaba el P. Kolvenbach años antes en la universidad de Georgetown (1989): “en vez de considerar la justicia en nombre del evangelio como una amenaza la debemos de considerar como un compromiso que nos fuerza a reevaluar nuestras Universidades, nuestras prioridades en la docencia, nuestros programas, nuestros esfuerzos de investigación” (introducción al discurso).

Esto hoy día ha llegado a ser algo tan evidente también en la Iglesia—y quizá algo se ha debido al influjo de la Compañía— que la propia *Ex Corde Ecclesiae* entre los puntos que concretan la misión de la Universidad católica en el mundo está “la promoción de la justicia social” (ECE 34.40), y entre los puntos a investigar hoy en una universidad católica destacan entre otros “la promoción de la justicia para todos... una más justa distribución de las riquezas... un nuevo orden económico y político mundial” (ECE 32).

Esto ya era un antiguo aporte de la Compañía que todos conocemos y que en el último cuarto de siglo cambió incluso la imagen de los jesuitas. Lo que sí es un acento nuevo en la CG 34 es haber precisado explícitamente la fuente de ese empeño por la justicia: brota de la fe cristiana y no meramente de justificaciones o identificaciones con “ideologías o movimientos políticos particulares” (D 3.4).

También en el empeño por la justicia de las décadas pasadas había un acento casi exclusivo en el cambio de las estructuras de la sociedad. Sigue siendo una meta ideal pero no pueden descuidarse programas y personas concretas a las que podemos proporcionar una vida mejor según las urgencias de los signos de los tiempos: refugiados, indígenas, problemas ecológicos,

gente sin tierra, niños de la calle, drogadictos... y tantas otras víctimas de este mundo fracturado y cruel.

Los programas de voluntariado o servicio social de nuestras universidades, y que tan cerca deben estar de nuestro esfuerzo pastoral, son realizaciones concretas de esta orientación de la Compañía.

Pero la gran novedad de la CG 34 es hacernos caer en la cuenta de la complejidad del mundo en el que vivimos y que confirma el marco en el que hemos colocado todas nuestras reflexiones.

Ayer creíamos que con un análisis socio-político-económico podíamos llegar a las últimas causas de la realidad. No habíamos descubierto todavía la trascendencia de su dimensión cultural. La CG 34 nos dice que uno de los grandes aportes que podríamos hacer en una universidad de inspiración jesuítica es “mostrar que la injusticia del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una poderosa cultura moderna que está teniendo impacto mundial” (D 4,24). Incluso nos llega a aconsejar que quizá como miembros de una red de instituciones que participan de la misma manera de concebir la misión deberíamos concentrar nuestros esfuerzos “en la transformación de los valores culturales que mantienen y justifican un orden social injusto” (D 4,28.3).

A más de uno de ustedes no les habrá pasado desapercibido el hecho de que estamos repitiendo, o más precisamente, de que estamos concretando la misma tarea encomendada por Medellín y por Puebla. Evidentemente que sí: seguimos batallando contra esa rotura entre evangelio y cultura, entre fe y vida que ha sido el centro de nuestras reflexiones. Pero en vez de aburrirnos con la repetición nos reconfirmamos en ella porque desde ángulos tan diversos se nos impulsa y se nos concretan las mismas metas.

El último aporte de la CG34 a nuestra pastoral universitaria todavía no ha sido mencionado anteriormente y creemos corresponde muy bien a los desarrollos más recientes de nuestra sociedad y este sí rebasa un poco el mensaje de las reuniones eclesiales latinoamericanas.

¿Se dan cuenta que hoy nuestros países son países cada vez más pluralistas, con cantidad de concepciones y ofertas religiosas? ¿Dónde queda ya el Brasil exclusivamente católico, la Latinoamérica únicamente católica? Hoy encontramos iglesias y religiones en cada uno de los rincones de nuestras ciudades y quizá ya en algunos de los miembros de nuestras familias. (La hermosa película brasileña “Estación Central” nos lo hace vivir claramente).

¿Qué hacer ante esa situación? ¿Iniciamos una nueva cruzada, instituímos de nuevo la Inquisición? ¿Cómo se comporta una institución educativa que tiene el espíritu de la Compañía de Jesús? ¿Qué actitudes debe transmitir la pastoral universitaria de AUSJAL?

La nueva actitud podemos resumirla en tres rasgos fundamentales. El primero consiste en ver este pluralismo religioso con una visión de fe, con los ojos de Dios: estamos presenciando “el diálogo profundo de Dios en su larga historia de autorevelación con la humanidad” (D 5.5) y así podremos ir comprendiendo más profundamente el significado de Cristo en relación con esa historia de revelación de Dios (D 5.7). Podrán haber tenido una escasa formación quienes abrazan distinta fe a la católica, pero normalmente no se les puede achacar mala voluntad y sí una búsqueda sincera de Dios y una liberación del mal que desgraciadamente nosotros en la Iglesia católica no hemos sabido llenar ni transmitir.

Esta actitud de respeto es la que se expresa en la segunda actitud propuesta por la Compañía para un mundo pluralista: la del diálogo como arma fundamental de convivencia. En América Latina y en el mundo no son pocas las universidades encomendadas a la Compañía entre las que se encuentran a gusto gente de otra profesión de fe –judíos, musulmanes, protestantes– precisamente por la tolerancia y respeto con el que se sienten tratados y que augura un mundo diverso del que actualmente presenciemos en el que la fe pareciera ser un arma arrojadiza propiciadora de mayor violencia.

Finalmente esta presencia en un mundo plural, presencia de fe y tolerancia, nos ofrece un horizonte inmenso de colaboración que tenemos que saber aprovechar: hay que “desencadenar el potencial liberador y pacificador de las religiones de este mundo para construir un mundo nuevo” (D 5.2,3), pues el compromiso en pro de la liberación integral humana, especialmente de los más pobres, “resulta punto de encuentro de las religiones” (D 5.8). Hay por delante una inmensa empresa por la justicia y por la paz en el mundo.

Esta nueva actitud, si no la vivimos con convicción y coherencia, no está exenta de riesgos ni de acusaciones interesadas: hace unos años se acusó a los Jesuitas y a sus instituciones –y también desde dentro de la Iglesia– de marxistas por haberse entregado con pasión a la causa de la justicia y a la defensa de los más débiles. No sería extraño que en el tercer milenio se les comience a acusar de “relativistas” al comportarse con tolerancia y respeto con los hermanos de otras creencias religiosas. No debe extrañarnos: estar

en la frontera no es una moda para la Compañía de Jesús sino parte de su identidad y de su misión en la Iglesia.

## VII. Una autodefinition de AUSJAL

Queremos terminar nuestra ya larga exposición. Y no queremos dar ideas nuevas sino apropiarnos de las palabras con las que los mismos representantes de AUSJAL autodefinen la misión de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina. Ellas, creemos, son el mejor resumen de todo lo que hemos estado diciendo a lo largo de nuestra exposición. Y eso tanto en sus grandes metas como en los puntos concretos tan apropiados para una evaluación del trabajo de pastoral universitaria y que hemos también aprovechado ya en nuestra exposición.

El primer punto es el “desde donde” enfocamos todo el trabajo Universitario. ¿Cuál es el “interés de nuestro conocimiento” cuando emprendemos la empresa universitaria? Esa intención profunda condiciona todos nuestros esfuerzos y los hace o los despoja de su dignidad cristiana. Esto lo expresan muy bien dos preguntas fundamentales que inauguran el documento de AUSJAL: “Los poderes, saberes y haberes predominantes en el continente están ordenados a producir vida y a crear sociedades más dignas y más justas? ¿Vivimos y somos protagonistas de una cultura abierta a Dios y abierta al hermano o va prevaleciendo con eficacia una cultura cerrada en la que hay poco lugar para la solidaridad y la trascendencia?” (AUSJAL 1).

Los dos grandes retos: el de la justicia y el de la cultura.

¿Qué realidad tenemos en América Latina?

A pesar de algunos logros innegables, (pues no vamos a decir que todo es negativo), sin embargo América Latina no vive su mejor momento histórico: un grupo de sociedades, absorbidas por el remolino de la globalización, que van retrocediendo en su aporte y significación mundial y profundizando el abismo entre ricos y pobres. Las ventajas que tenía América Latina en el pasado –recursos naturales, materias primas y mano de obra barata van desapareciendo con los nuevos materiales sintéticos y la creciente automatización (AUSJAL 20-22).

Ante esta situación de retroceso histórico el reto es inmenso, pues se trata de construir un continente nuevo: estable políticamente (para atraer inversiones), unido socialmente (distribuyendo equitativamente beneficios y



cargas), y con mayor capacidad de producción y organización. ¿Quién va a producir este milagro en el continente?

El elemento clave para construir el futuro es la educación. Ella es capaz de potenciar el elemento humano que pone el valor agregado a todas las cosas creando la riqueza y el progreso. El ser humano es el factor clave del desarrollo. En América Latina necesitamos incrementar radicalmente la capacidad humana productiva y organizativa de nuestras sociedades pero eso sí orientada y animada por nuevos valores de solidaridad (AUSJAL 15) y de apertura a la trascendencia. La auténtica pobreza de América Latina es el talento desperdiciado o no bien formado (AUSJAL 25). El engaño es buscar la Universidad como acceso a la riqueza existente y no tanto como la capacitación para crear la riqueza inexistente: no oro ni plata sino sociedades dignas y medios de existencia suficientes para todos (AUSJAL 16).

Este es el reto que la justicia lanza a quienes con espíritu de fe trabajan y estudian en una universidad de la Compañía de Jesús en América Latina. Las Universidades de inspiración cristiana no pueden seguir preparando “profesionales exitosos para sociedades fracasadas” (AUSJAL 69), ni tampoco seguir enriqueciendo a Estados Unidos con un permanente éxodo de los mejores talentos. Tienen que formar profesionales exitosos para sociedades que pueden y deben salir de su fracaso. En esta grandiosa empresa ¿dónde está el fallo fundamental, en la calidad académica que exigimos o en la consecuencia ética que debemos de transmitir? Con otras palabras, ¿dónde fallamos más: en ser “universidades” o en ser “católicas, de inspiración cristiana, jesuíticas”? Se trata ni más ni menos de llevar a la universidad la mística de fe y justicia de la misión de la Compañía de Jesús. Sí, queremos universidades excelentes pero para convertir nuestras sociedades en comunidades dignas para todos y no para seguir enriqueciendo a unos pocos. Y esto difícilmente será posible sin el fermento de la fe cristiana.

AUSJAL ha propuesto con fuerza el reto de la justicia al que se tiene que enfrentar la Universidad y la pastoral universitaria. Pero ¿y el reto de la cultura? ¿En qué consiste? ¿Cómo se puede formular? ¿Cómo podemos comprender con claridad este nuevo reto para poder enfrentarlo mejor en nuestra pastoral universitaria?

La universidad latinoamericana se precia de ser heredera de la modernidad occidental que tantos adelantos ha proporcionado a la humanidad en estos últimos siglos. Es innegable. Pero si nuestra universidad es muy consciente de estos avances (sobre todo en el campo de las ciencias y las tecnologías) lo

es menos de los engaños y callejones sin salida de la modernidad. Podemos sintetizarlos hablando de consumismo, darwinismo social, desierto ecológico, agnosticismo.

Por si fuera poco lo dicho, tenemos que ser conscientes que ya no estamos en época de cambio sino en cambio de época: pierden relevancia las instituciones que fundaban el antiguo orden: estados nacionales, Iglesia, familia, partido político, sindicato (AUSJAL 54.56).

En este inmenso cambio una de las labores más importantes de la Universidad de inspiración cristiana es una labor de discernimiento cultural: cómo asimilar los valores de la modernidad sin hacer peligrar los valores cristianos de la solidaridad humana y la apertura a Dios.

Podíamos terminar nuestra exposición con una frase de AUSJAL que puede ser buena formulación en América Latina del ideal de una verdadera pastoral universitaria no separa fe y vida sino que las une íntimamente: Poner en nuestros países la riqueza, el saber y el poder al servicio de la persona humana, de toda persona humana, “sólo puede lograrse si la realidad del Dios amor es una fuerte vivencia personal y al mismo tiempo está equipada de los saberes científicos, técnicos y organizativos propios del mundo universitario” (AUSJAL 94).

Recife, mayo de 1999.

Nota: Esta ponencia fue realizada en el marco del V Encuentro del Sector de Pastoral – AUSJAL, en Recife-Brasil, en mayo de 1999. Posteriormente, se publicó en la revista Cuadernos de Reflexión Universitaria. N° 28, de la Universidad Iberoamericana de México.



---

Este ejemplar se terminó de  
imprimir en Caracas en  
febrero del año 2010  
en los talleres de  
EDITORIAL TEXTO C.A.

---



Presentación

*Oscar E. Buroz Echenagucia, s.j.*

La pastoral en el ámbito universitario  
Reflexiones y propuestas para  
una inculturación del Evangelio

*Claudia Mora Motta - Gabriel J. Pérez Montoya, s.j.*

El servicio de la fe y la promoción de la justicia  
en la educación universitaria de la  
Compañía de Jesús de Estados Unidos (2000)

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*

La Universidad de la  
Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano (2001)

*Peter-Hans Kolvenbach, s.j.*

Anotaciones sobre la pastoral educativa universitaria

*Alberto Parra s.j.*

Orientaciones de la Iglesia y de la Compañía para la pastoral  
universitaria de AUSJAL

*Valentín Menéndez, s.j.*

ignacianos ∞



Caracas - Venezuela

cuadernos